



VNiVERSIDAD
D SALAMANCA

CAMPUS DE EXCELENCIA INTERNACIONAL

INSTITUTO DE IBEROAMÉRICA
MÁSTER EN ESTUDIOS LATINOAMERICANOS
TRABAJO FIN DE MÁSTER

*Radiografía del poder en Colombia: élites y vínculos
de parentesco. Cambios y continuidades desde la
teoría de redes.*

Por

David Martín de la Fuente

Dirigida por

Dr. Guillermo Mira Delli-Zotti

Salamanca, 2018



instituto de iberoamérica
universidad de salamanca

Agradecimientos

A mis padres, por haberme dado la oportunidad de estudiar con su trabajo, esfuerzo y empeño.

A Grecia, por el apoyo y el amor que me brinda cada día.

A Guillermo Mira Delli-Zotti, por aceptar el reto de esta investigación y demostrarme su profesionalidad.

A Cristina Rivas Pérez y Juliette Dumont por haberme guiado a través de sus acertados comentarios.

Al Instituto de Iberoamérica, al Institut des hautes études de l'Amérique latine, y en general, a mis compañeros de clase, porque con ellos aprendí y disfruté de esta experiencia.

Índice

INTRODUCCIÓN.....	7
I. DEFINICIÓN DE HIPÓTESIS Y DISCUSIÓN CONCEPTUAL.....	11
II. MARCO TEÓRICO Y ESTADO DE LA CUESTIÓN	17
II.1. Los orígenes de la estructura social en América Latina y Colombia	17
II.2. Los cambios en la estructura social en Colombia durante el siglo XX (1900-1980).27	
II.3. La adaptación de las élites familiares desde los años ochenta hasta la actualidad	36
III. DISEÑO DE INVESTIGACIÓN Y METODOLOGÍA	47
IV. ANÁLISIS DE LAS ÉLITES FAMILIARES A TRAVÉS DE LA PROSOPOGRAFÍA Y EL ESTUDIO DE REDES.....	53
IV.1. Análisis prosopográfico por familias	53
1. Los Ospina.....	54
2. Los Lleras	55
3. Los López.....	57
4. Los Pastrana.....	59
5. Los Gaviria.....	60
6. Los Uribe.....	62
7. Los Santos	64
IV.2. Análisis de redes familiares.....	65
V. RESULTADOS DE LA INVESTIGACIÓN	69
CONCLUSIONES	75
Anexos.....	76
Bibliografía	93
Referencias web	97

INTRODUCCIÓN

En 1953 Alfonso López Michelsen, hijo del expresidente Alfonso López Pumarejo, publicaba *Los elegidos*, novela en la cual proyectaba hábilmente una radiografía de la aristocracia bogotana de su época, mostrándonos cómo los intereses de una reducida oligarquía se habían logrado anteponer a los asuntos públicos de la sociedad capitalina. Curiosamente, dos décadas más tarde el propio autor asumiría la presidencia de Colombia, continuando así con el legado de una de las familias con mayor peso en la vida política, económica y social del país andino: los López.

Un breve repaso por la literatura académica (Colmenares, 1977; Pécaut, 2006; Dávila, 2015), algunos artículos de prensa (Alarcón, 2015a; Cosoy, 2017; Alvarado, 2018) —por citar algunos—, e incluso la opinión pública¹, nos incita a pensar que en Colombia existe un relativo consenso acerca de que han sido las mismas familias las que han controlado el poder político, económico y social del país casi desde sus orígenes hasta la actualidad, y que la representación de la vida en sociedad que López Michelsen plasmó en su novela se ha conservado hasta nuestros días.

Ciertamente, al margen de algunas evidencias que *a priori* podrían servir para defender esta hipótesis —por ejemplo, el acceso por parte de ciertos miembros de la misma familia a importantes cargos públicos a lo largo de la historia— no conocemos ningún trabajo empírico que demuestre que a día de hoy exista un número significativo de miembros de estas familias que ocupen posiciones relevantes de poder y, mucho menos, que estos hayan determinado con sus acciones el devenir del país. Además, nos encontramos con una importante ausencia de trabajos que hayan investigado acerca de la estructura social y las relaciones de poder dentro del país andino desde principios del siglo XX hasta la actualidad: la mayoría de los estudios se han ocupado de describir cómo era la sociedad durante la Colonia (Jaramillo, 1995; Lasso, 2010; Serrano, 2016) y tras los primeros años de la

¹ Existen algunos ejemplos que demuestran cómo esta controversia ha sido objeto de debate entre la ciudadanía. Uno de ellos podría ser el del movimiento social “Actuemos” —más tarde constituido para las elecciones legislativas de 2018 bajo la coalición partidista “Lista de la Decencia”—, que llevó a cabo durante los últimos meses una campaña educativa través de distintos puntos del país defendiendo que son las mismas familias las que han controlado Colombia a lo largo de los años. Respaldados por un trabajo de investigación acerca del tema, recompusieron varios árboles genealógicos en los que se demuestra la presencia de algunas redes familiares emparentadas entre sí por relaciones de consanguinidad, afiliación política o de negocio. Este proyecto obtuvo un importante apoyo a través de las redes sociales e Internet y, además, tras los resultados que obtuvieron en las elecciones legislativas, parece haber influido verdaderamente en la opinión pública colombiana. Más información en: <https://davidracerom.wordpress.com/>

Independencia (Palacios, 1980; Rojas, 2001; Castro Carvajal, 2012); existen también algunos trabajos a nivel regional (Fernández Villa, 2005; Solano, Flórez Bolívar y Malkún, 2010; Sáenz, 2010; Fracapani Ríos, 2016), pero escasean las descripciones globales sobre la historia del país.

En este caso, sería interesante analizar si esta premisa es cierta, es decir, si realmente podemos afirmar que actualmente en Colombia existe un número significativo de grupos sociales — que, como explicaremos después, vamos a identificar con las grandes familias del país— que siguen ocupando los puestos de poder más importantes, en especial, aquellos relacionados con la vida política y económica, o si por el contrario, las relaciones entre estos grupos han cambiado, se han diversificado o han perdido fuerza frente a la emergencia de otros factores contextuales.

A partir de esta idea, pretendemos identificar cuáles son las dinastías familiares más importantes de Colombia en la actualidad, qué características comparten, cómo han evolucionado a lo largo de los años, y concretamente, cómo se han ido adaptando a los cambios que han sobrevenido a partir de la década de los ochenta del siglo pasado, pues como viene señalando la literatura (Garcés, 2005; Leal Buitrago, 2007; Peña Contreras, 2007; Cárdenas, 2011), diversos sucesos acontecidos en la historia reciente del país —tales como una mayor apertura económica, la entrada de nuevos actores sociales o la aparición de ciertos grupos que van a rivalizar con las estructuras estatales (guerrilla, narcotráfico, etcétera)— parecen haber marcado un punto de quiebre importante en la evolución y adaptación de estas redes, así como en su relación con el Estado.

De este modo, nos gustaría intentar responder al siguiente interrogante: ¿qué características comparten y cómo se han adaptado las élites familiares² en Colombia dentro del ámbito político y económico a partir de la década de los ochenta?

Considero que este trabajo puede servir para ocupar un vacío importante en la literatura que concierne sobre todo al estudio de las élites y la estructura social del país, pues como mencionamos previamente, el material que existe en torno a estos temas es incompleto a la par de escaso. Por otro lado, creemos que éste también podría servir como base para abrir una veta de estudios posteriores en torno a la materia: si realmente se puede demostrar que existe un núcleo central de familias que sigue ejerciendo una influencia importante en

² En el capítulo I discutiremos acerca de los términos que mejor se aproximan a nuestro objeto de estudio y porqué hemos decidido escoger éste para definir a los casos seleccionados.

Colombia, esto podría explicar la existencia de otras variables tales como la desigualdad, el nivel de democracia o la violencia política que ha mostrado el país en los últimos años.

El motivo que me ha llevado a interesarme por este tema de investigación parte de al menos de dos puntos concretos. El primero, guarda relación con mi preparación académica, pues mi formación como politólogo, fascinado por el estudio de América Latina me hizo toparme con este tema durante mis clases en el Máster de Estudios Latinoamericanos de la Universidad de Salamanca; después, tras indagar y estudiar mejor acerca del objeto de estudio, decidí que finalmente dedicaría mi investigación a esta área. Por otro lado, la elección del tema responde del mismo modo a mi interés personal acerca del comportamiento de las relaciones humanas y de las relaciones de poder que se producen entre éstas, lo cual me ha llevado a buscar respuestas frente a estas inquietudes a través de la literatura, el cine, la investigación personal, o, sencillamente, mediante las conversaciones y debates que mantengo a menudo con amigos y familiares.

A continuación, presentaré el esquema de la investigación, el cual está dividido en cinco capítulos claramente diferenciados entre sí. En el primer capítulo, vamos a desarrollar nuestras hipótesis de trabajo respecto a la pregunta de investigación planteada al inicio y discutiremos en torno al significado y uso de los conceptos que más se han empleado en la literatura para definir a los casos de estudio con los que después trataremos: en este caso, nos interesa explicar qué entendemos por familias de notables, familias primarias y grandes familias, así como la relación de estos conceptos con el de “élite” y por qué es pertinente o no utilizarlo.

El segundo capítulo se ocupará de la revisión teórica de la bibliografía que haya estudiado la conformación de la estructura social en América Latina, y más concretamente, en Colombia, ayudándonos a comprender de manera más cercana la problemática que aquí planteamos. Este capítulo se organizará en tres periodos, los cuales corresponderían a tres puntos de inflexión dentro de la historia de Colombia en los que creemos que las redes familiares y su relación con el poder han sufrido una mayor modificación y adaptación de acuerdo a la situación política, económica y social del momento.

El primer periodo se ocupa del nacimiento y surgimiento de las redes familiares, que se extiende desde los primeros años de la Colonia (principios del siglo XVIII), pasando por la Independencia hasta los primeros años del siglo XX. El segundo periodo irá desde los inicios del siglo XX hasta aproximadamente finales de los años 70. Por último, el tercer periodo,

que es el que más nos interesa, abarca desde los inicios de los años 80 hasta la actualidad. La literatura apunta a que, desde sus inicios, estas familias adquirieron la apariencia de una aristocracia y ocuparon los puestos más relevantes de poder, aseguraron su posición social a través de instituciones formales e informales (creación de partidos políticos, pertenencia a clubes, institucionalización de bancos, etcétera), afincándose en las principales actividades políticas y económicas del país. Las referencias bibliográficas indican que hasta el día de hoy estas familias promueven a ciertos miembros a posiciones relevantes de poder y que, aunque no funcionan como una red unida, existe todavía un número importante de familias que ocupan puestos de poder y cuentan con algunas de las mayores fortunas de su país.

El tercer capítulo se ocupará del diseño de investigación y la metodología. Primero, definiremos cuáles van a ser nuestros casos de estudio (por qué escogemos unas familias y no otras) y cuáles son las características de sus miembros (ocupación, nivel de estudios, lugar de residencia, etcétera) para ver qué puntos guardan en común y cómo se han adaptado a los cambios que ha vivido el país en las últimas décadas.

Para ello —como se desarrollará después en el cuarto capítulo—, vamos a utilizar en primer lugar el método prosopográfico, que se encargará de recopilar la información biográfica pertinente de nuestras unidades de análisis. En segundo lugar, emplearemos como el análisis de redes para comprobar cómo se producen las conexiones entre estas familias y ver qué vínculos guardan entre sí: especialmente, analizaremos los vínculos de parentesco y las relaciones entre cargos políticos. Ambos métodos nos ayudan a entender mejor cómo estas familias prominentes han constituido una estructura de poder sobre la que se ha asentado el Estado colombiano, hasta por lo menos, la década de los ochenta.

Por último, el quinto capítulo abordará el análisis de resultados y la contrastación de hipótesis, para después cerrar finalmente el trabajo con un breve resumen a modo de conclusión que recoja los aspectos más importantes, así como los retos que se nos plantean para poder continuar y mejorar esta investigación en el futuro.

I. DEFINICIÓN DE HIPÓTESIS Y DISCUSIÓN CONCEPTUAL

Una breve exploración previa de la bibliografía que ha venido señalando la importancia de las familias tradicionales en el ejercicio del poder (Jaramillo, 1995; Pécaut 2006; Gechem, 2009; Dávila, 2015, Serrano, 2016), nos permite plantear una serie de hipótesis que pretenden dar respuesta a nuestra pregunta de investigación y hacer frente a los objetivos que esbozamos al inicio del trabajo. Como decíamos, nuestra intención es conocer cuáles son las características que comparten las élites familiares colombianas y cómo se han adaptado al ámbito político y económico del país desde la década de los ochenta hasta nuestros días. Así mismo, nos gustaría completar este trabajo analizando cómo se producen las relaciones entre las élites familiares a través de redes clientelares y redes de parentesco.

- Hipótesis I: Las élites familiares comparten rasgos comunes en cuanto al tipo de ocupación, nivel de estudios, lugar de residencia y relación con el aparato estatal y el mundo empresarial, lo cual permite su identificación y diferenciación respecto a otros grupos sociales.

La bibliografía consultada apunta a que los diseños generacionales se vienen repitiendo desde hace décadas y que, a pesar de la adaptabilidad de estas familias de abolengo a los cambios externos, siguen compartiendo algunas pautas comunes relativas al tipo de trabajo que desempeñan, la formación académica y el tipo de institución en que se formaron, así como el estilo de vida, que les hace diferenciarse del resto de grupos sociales.

- Hipótesis II: Desde los años ochenta, diversos factores han incidido en las élites familiares, debilitado su ejercicio del poder en el ámbito político y económico y haciendo que pierdan influencia respecto a las etapas anteriores.

Estos factores serían la progresiva apertura del país, fruto del proceso de globalización, el surgimiento de grupos guerrilleros, el auge del narcotráfico y los cambios en las normas legales y en el sistema de partidos. Aunque a priori no podemos concretar qué peso han tenido éstos en el cambio de la estructura social y la adaptación de las élites familiares —pues esto conllevaría un trabajo más minucioso—, y tampoco sabemos si existen otros factores que hayan incidido en el proceso de forma relevante, consideramos que existen indicios suficientes para afirmar que en los últimos años se han producido cambios en la estructura social del país, y, por ende, un cambio en el poder que han ejercido las redes familiares respecto a décadas anteriores.

- Hipótesis III: A pesar de los cambios acontecidos en el país a partir de la década de los años ochenta, las élites familiares continúan ocupando algunos de los principales cargos de poder gracias a una compleja estructura de redes familiares.

Entendemos por cargos de poder aquellas posiciones que hacen referencia a cargos políticos (Presidencia de la República, cargos ministeriales, diputados y senadores); cargos económicos (posesión de los grandes grupos empresariales, medios de comunicación); e incluso otros cargos de representación como embajadores, cónsules, o puestos militares de alto rango. La literatura apunta a que algunos miembros de las familias prominentes elevan a otros miembros —ya sean de la misma familia o de otra que pertenezca a la red—, así como a algunas amistades cercanas, a posiciones ventajosas en la vida política y económica del país; es decir, que aunque éstos no aúpen a sus descendientes de manera directa, la devolución de favores entre familias al otorgarse estos cargos entre sí, permite que la preservación del modelo oligarca no sea tan paladino ante el resto de la población.

Ahora bien, una vez expuestas nuestras hipótesis, nos parece conveniente tratar de definir algunos de los conceptos más importantes que se emplean a lo largo de este trabajo. Primero, nos interesa explicar por qué hemos denominado a nuestro objeto de estudio como “élites familiares”, lo cual entronca con el debate entre los términos “familias notables”, “familias principales” y “grandes familias” y cómo se concibe el estudio de estos grupos que operan en una estructura de red de larga duración.

En primer lugar, resulta interesante la discusión conceptual entre el trabajo de Balmori, Voss y Wortman (1990), quienes hablan de “familias notables” y, por otro lado, la distinción entre “familias primarias” y “familias secundarias” expuestas en el trabajo de Casaús (1994).

Para Balmori, Voss y Wortman, el término “notabilidad” sirve para identificar a un grupo concreto de familias y diferenciarlas de otras con distintas características sociales: concretamente, emplean este término para definir a aquellas familias ligadas a la riqueza, el éxito o el puesto político en un momento determinado de la historia —como ya mencionamos, su estudio abarca desde mediados del siglo XVIII hasta finales del siglo XIX—, pero también el término “notable” estaba ligado al hecho de ser un individuo que operaba dentro de un sistema de redes familiares oligarcas, pues por el contrario, “para las familias que no eran notables, la familia era simplemente menos importante y menos visible” (1990, p.18).

Por su parte, Casaús (1994) analiza el concepto expuesto por Balmori, Voss y Wortman y considera que sería necesario distinguir al menos entre dos tipos de familias:

1. Familias primarias: son aquellas que, por sus características, se identificarían con las que Balmori, Voss y Wortman habían denominado previamente como “familias notables”. En palabras de la autora, serían aquellas que por una serie de características (acumulación de capital, establecimiento de alianzas matrimoniales y de negocios, manejo patrimonial de las redes, etcétera) “han podido vertebrar la estructura social y política durante tres o más generaciones, logrando que su estirpe haya sobrevivido a los avatares de la historia [...]” (p.975).
2. Familias secundarias: serían “aquellas que van a formar constelaciones o que emparentan con las familias primarias para conseguir formar parte del bloque de poder, reforzando con ello el dominio y legitimación de la red principal” (p.975).

Consideramos que el enfoque de Casaús es más apropiado, ya que trata de exponer la existencia de al menos dos niveles de núcleos familiares, lo que podría ayudarnos a concretar aún mejor nuestro objeto de estudio. Este esquema ya había sido planteado por otros autores como Cruz (1990) al distinguir entre la presencia de un conjunto de familias que se sitúan en la cúspide del poder (“élite”) —según él, entre dos y tres familias con influencia a nivel estatal— y otras que gravitan en torno a ellas (“sub-élite”) y que establecen lazos de unión con las mismas, —generalmente, varias élites regionales y provinciales.

En otro estudio de este tipo, Kicza (1982) estableció el concepto de “grandes familias” para definir a aquellas élites poseedoras de importantes fortunas durante el periodo colonial en México (especialmente, las grandes familias de Ciudad de México). En este caso, la característica determinante para incluir a estos grupos era, como decimos, el factor económico; sin embargo, lo relevante es que el autor considera que dicho factor era a su vez el punto esencial para diferenciar a estas grandes familias de otras, a las que el mismo denominaba “familias secundarias”, apoyando igualmente la existencia de al menos dos niveles de estudio.

Ahora bien, a pesar de que defendemos la existencia de al menos dos niveles o grados —en Colombia, sería clara la distinción entre las familias con poder regional y las que tienen influencia a nivel estatal, e incluso entre estas últimas, creemos que pueden apuntarse algunas diferencias— consideramos que sería necesario reflexionar acerca del uso de estos conceptos

en nuestro trabajo, ya que, si bien tratan de aludir a fenómenos similares, éstos son cambiantes en el espacio-tiempo: el estudio de las redes familiares de larga duración según como lo expone Casaús en su trabajo (1994), nos demuestra que éstas no son estáticas en el tiempo, sino que cambian y se amoldan a las circunstancias del entorno; conceptos como “familias notables”, “familias primarias” o “grandes familias” definen, a nuestro parecer, a un conjunto de redes familiares que se desarrollaron en un periodo muy distinto en el que nosotros nos queremos centrar —el cual abarcaría desde los años 80 hasta la actualidad— y por tanto, creemos necesario dar pie a una nueva definición que se adapte mejor a nuestro objeto de estudio.

En esta línea, debemos recordar que existe una amplia literatura que debate acerca del concepto de “élite”, un término que, como algunos autores señalan (Blacha, 2005), ha generado una amplia discusión teórica, pero que a nuestro juicio se identifica mejor con lo que queremos estudiar. Los principales focos de discusión sobre este término se han situado en torno a la definición e identificación del objeto de estudio; sin embargo, a pesar de la reticencia a aceptar las teorías de los llamados elitistas clásicos (Mosca, Pareto, Michels), se ha terminado por admitir la utilidad del término, y al margen de las discusiones, existe un consenso generalizado sobre algunas ideas básicas (Uriarte, 1997).

En cuanto a la definición del concepto de élite, uno de los autores clásicos que mejor lo ha estudiado ha sido Mosca, quien señaló que la élite sería “esa minoría de personas influyentes en la dirección de la cosa pública, a la que la mayoría le entrega, de buen o mal grado, la dirección” (1984, p.106). Lo trascendental del trabajo de Mosca es que consideraba que estas minorías no lograban mantenerse igual en el tiempo, sino que surgían y desaparecía, o se veían obligadas a adaptarse y renovarse ante los cambios del entorno.

Igualmente, otro de los autores clásicos que difundió el concepto de élite es Pareto (1979), al considerar que se trata de un grupo reducido, no homogéneo que ejerce funciones políticas o socialmente dirigentes. En su obra, el autor apunta a la degeneración progresiva de las élites, pues cree que, si éstas no logran defender su posición, tienden a decaer, dando lugar a una nueva circulación de las élites en el poder.

Ahora bien, a pesar de que existen algunas ideas comunes en la definición de élite, el segundo gran problema ha sido la identificación de sus componentes. En su famoso libro *La élite del poder* (1957), Mills incluye dentro de las posiciones más elevadas a la élite política, económica y militar, mientras que otras élites como las intelectuales estarían en un plano secundario

respecto a ese núcleo central. Sin embargo, los estudiosos de las élites de años posteriores no incluyen al sector militar, alegando que éste está sometido al poder político y no identifican una élite militar como tal; a su vez, se prefiere incluir a la élite intelectual o cultural dentro de este núcleo central (Uriarte, 1997)³.

Debemos señalar que el estudio de las élites ha dado un mayor peso a las élites políticas y económicas por encima del resto, las cuales son más fácilmente identificables por que las posiciones de poder que ocupan son más visibles. Generalmente, las élites políticas se han buscado en el poder legislativo ya que es más sencillo conseguir entrevistas a diputados y senadores que a miembros del ejecutivo. Por su parte, las élites económicas se suelen identificar con aquellas que son poseedoras de los grandes negocios empresariales del país y que en muchas ocasiones controlan los medios de comunicación.

Dicho esto, hemos optado por definir a nuestro objeto de estudio como “élites familiares”, ya que creemos que sería la definición que mejor se adapta a nuestra investigación. La definición de élite como grupo minoritario que controla el poder sobre la mayoría y que además sufre adaptaciones a lo largo del tiempo encajaría mejor en nuestro estudio que los términos que se utilizaron para definir a las familias de abolengo de la etapa colonial y la post-independencia.

Además, si bien las élites coloniales se podían identificar como aquellos grupos que detentaban la riqueza y el poder, las élites familiares que nosotros tratamos destacan también por otras cuestiones tales como el estatus, el reconocimiento social, o el intento por constituirse como un grupo intelectual y culturalmente superior. A pesar de que desde la época colonial ya se había empezado a perseguir precisamente dicho reconocimiento a través de la búsqueda de pureza de sangre, y más tarde se vería determinado por la pertenencia a instituciones particulares tales como los clubes sociales o las instituciones académicas privadas de renombre, las élites familiares destacan por la ocupación de posiciones privilegiadas que son evidentes para el resto de la sociedad, pero además, tratan de desmarcarse de otras clases a través de cuestiones como las relativas al estilo de vida.

En resumen, estas élites familiares que nosotros vamos a estudiar se insertan en un sistema de redes entendidas como una estructura de larga duración, a través del cual las mismas

³ Uriarte (1997) señala que el motivo por el cual se suelen incluir a las élites intelectuales en el conjunto de las élites sociales de la sociedad es porque éstas son identificadas a su vez con los medios de comunicación, universidades y otros organismos culturales, que tienen gran poder en la sociedad y una buena posición económica.

desaparecen, se renuevan o son sustituidas por nuevas familias que entran a competir en la escena política y económica. Por supuesto, nos centraremos en aquellas familias que tienen incidencia a nivel estatal, sin olvidar la existencia de otras que, aunque puedan estar relacionadas con las primeras por vínculos de consanguinidad, amistad, o negocios, su alcance no llega a ser tal como para considerarlas en la cúspide de la estructura social.

II. MARCO TEÓRICO Y ESTADO DE LA CUESTIÓN

II.1. Los orígenes de la estructura social en América Latina y Colombia

La literatura que ha tratado de cerca la conformación de la estructura social y su evolución en América Latina tiende a remontarse con asiduidad a los primeros años de la Colonia, señalando con ahínco cómo desde los inicios ya existieron ciertos grupos predominantes que comenzaron a adquirir posiciones de poder, privilegios económicos y, en definitiva, un cierto estatus que los desmarcaba y diferenciaba de otros grupos sociales coetáneos.

El estudio acerca de las características de algunos de estos grupos —los cuales se conformaron desde sus inicios en familias prominentes, como veremos a continuación—, así como el papel que desempeñaron durante el surgimiento y la consolidación de los nuevos Estados en América Latina, puede llegar a proporcionarnos la información necesaria para explicar parte del devenir de la historia en estos países, revelando a su vez una discreta pero efectiva continuidad en la reproducción de la estructura social que se ha mantenido con ciertos matices a lo largo de los años.

De este modo, el estudio de las redes familiares se ha convertido en uno de los pilares básicos para entender mejor la estructura de estas sociedades. Así, en su estudio acerca del papel de las redes familiares en Centroamérica, Casaús ya había señalado que “la familia como red o constelación familiar, y sobre todo como estructura de larga duración, continúa desempeñando un rol decisivo en el análisis del conjunto de la estructura social y sobre todo como élite de poder” (1994, p.42). Por su parte, Fracapani Ríos (2016) señala que estas redes familiares basadas en estructuras de parentesco han funcionado —y funcionan aún— como un elemento de identificación del individuo, de modo que la trayectoria histórica de un grupo de individuos unidos entre sí por lazos de consanguineidad a lo largo de los años ha permitido que estos gocen de cierto reconocimiento entre la sociedad⁴.

En esta línea, un trabajo muy reconocido en el área de este tipo de estudios y que nos ha servido como base para nuestra investigación es el de Balmori, Voss y Wortman (1990), en el cual se analiza el surgimiento, desarrollo y cénit de estas redes familiares en América Latina desde mediados del siglo XVIII hasta finales del siglo XIX (1750-1880), abarcando el estudio de tres generaciones. Lo relevante del trabajo es que no analiza familias aisladas, sino sus

⁴ En esta misma línea, para el caso colombiano, Serrano valora tanto la idea de reunión familiar como la importancia del apellido, indicando que “el apellido sirvió como una forma de control social persecutora de legitimidad al nacimiento y durante mucho tiempo, siglos incluso (...), fue una de las bases del reconocimiento” (2016, p.47).

interconexiones, así como el proceso a través del cual éstas mismas logran armar sus redes. El trabajo pone de manifiesto cómo estas asociaciones de familias han compartido ciertos rasgos comunes en distintos países —por ejemplo, en cuanto a ocupaciones, negocios o lugares de residencia—, reproduciéndose así los diseños generacionales a lo largo de los años en América Latina a pesar de pequeñas variaciones según la región⁵.

En opinión de los autores, los motivos del surgimiento y desarrollo de estas redes se basan en “la relativa ausencia de estructuras sociopolíticas en el siglo XIX y mediante sus propias adaptaciones creativas a esta situación” (1990, p.13)⁶, de modo que estas redes familiares se constituyeron como organizaciones sociales que actuaban y se desarrollaban tanto en la vida privada como en el orden público. Según esto, en América Latina, durante el periodo colonial, los grupos de familias que ganaron más poder e influencia fueron aquellas localizadas en los espacios más pobres y alejados, ya que las estructuras del gobierno de la Península eran más débiles en estas zonas.

Por otro lado, el estudio de Balmori, Voss y Wortman (1990) también señala que desde los inicios estos grupos compartían una idea común: aspirar a un mayor poder y estatus social. Por ello, desde el comienzo trataron de establecer lazos de parentesco con españoles recién llegados al continente, puesto que si bien habían logrado alcanzar ciertos privilegios (posesión de tierras rurales, cabildos y otros lotes urbanos), no contaban con un verdadero título nobiliario debido a la reticencia de la Corona a concederlo. Esta búsqueda de la “pureza de sangre”, que se llevaría a cabo a través de estrategias matrimoniales, va a convertirse en la base de la expansión de las redes familiares.

En el caso colombiano, la progresiva desaparición de la población indígena tras la Colonización, sumada al acelerado proceso de mestizaje, explican que la huella hispánica en el país sea tan importante y haya influido tanto en la conformación de la estructura social del país (Jaramillo, 1995). Durante la Colonia, la población blanca fue la que dominó el sistema colonial de castas —ya fuesen blancos peninsulares o sus descendientes nacidos en

⁵ Los autores indican que dichas variaciones responden sobre todo al tipo de producto con el que se comerciaba, por lo que las actividades podían variar levemente en función de criterios geográficos; sin embargo, a pesar de la adaptación de estas redes familiares a las circunstancias específicas de la región en la que se encontrasen, el modo de operar fue similar en cada país.

⁶ Esta idea coincide con la ya expuesta por el historiador francés André Burguière (1976), quien defendió que el poder de la familia se relaciona inversamente con el del Estado: cuando las estructuras estatales están demasiado distantes o son demasiado débiles el papel de la familia se acentúa, puesto que asume el control de aquello que se le escapa al Estado y se convierte en una fuente de estabilidad social e institucional; por el contrario, Estados cohesionados y con una estructura de gobierno fuerte merman el poder de las redes familiares, quienes estarán más dispuestas a integrarse en la sociedad global.

América— y fueron estos grupos quienes a la larga acabarían conformando el grueso de la élite política y económica del país (Lasso, 2010).

Otra característica propia de estos grupos familiares fue que se apropiaron de los recursos económicos y políticos. En el plano económico, la literatura señala cómo estos grupos se apoderaron hábilmente de las principales fuentes de riqueza a través de los sistemas de encomienda, mita y repartimiento, además de asegurarse la tenencia de la tierra. En el plano político su poder proviene de la ocupación y el control de los cargos locales, principalmente el Cabildo, las Alcaldías menores y los Corregimientos (Casaús, p.42).

En Colombia, si bien en un primer momento el acopio de dinero gracias a la tenencia de la tierra fue el factor determinante que supuso una mayor acumulación de riqueza para estos grupos —y, por ende, también de poder—, las redes familiares van a verse obligadas a ir diversificando poco a poco sus actividades comerciales —gracias en parte al apoyo del Estado— cuando su poder económico se vio superado por la aparición de otros grupos prominentes en el país (Cruz, 1989).

Ahora bien, como venimos mencionando, durante estos años la familia se va a convertir en el vehículo fundamental para conservar la autoridad y el estatus social. Las estrategias llevadas a través de los casamientos fueron el motor para asegurar la jerarquía colonial, por lo que el matrimonio supuso durante los primeros años de la Colonia un mecanismo estratégico fundamental a través del cual las familias se iban fusionando a través de la red, asegurando así una asociación de poder, negocios y dinero de larga duración.

Esta estrategia familiar a través de los “matrimonios arreglados” es otra de las herencias recibidas tras la Colonización, e incluso algunos autores señalan que estas prácticas son tan antiguas que ya habían sido cultivadas durante siglos en el marco del islam o judaísmo (Serrano, 2016).

Si observamos las características de la estructura social en Colombia en el siglo XIX, la literatura apunta a que la tipología familiar en los estratos medios y altos, tanto urbanos como rurales, continuó siendo de tipo patriarcal, caracterizada por dos factores fundamentales: el influjo español —que ya mencionamos antes— y los valores de la religión católica. Como indica Pachón, la figura del padre en la familia era la que ejercía la autoridad, pues “sus funciones se encontraban bien definidas, su espacio era el extradoméstico, el mundo de la política, el de los negocios y del trabajo, pero era dentro de la familia donde desplegaba y ejercía su indiscutible autoridad” (2007, p.147). Igualmente, Serrano (2016) señala que, en

sociedades conservadoras la colombiana, los valores y pautas de crianza eran inculcados desde temprana infancia y los hijos imitaban a los padres “o al menos, los respetaban con un temor reverencial” (2016, p.186).

Una vez vistas las características de las redes familiares durante la Colonia, vamos qué fue lo que sucedió con ellas durante la época de la Independencia. En líneas generales, los estudios tienden a coincidir en que la etapa independentista en Colombia (1810-1824) no supuso ningún cambio sustancial en la estructura social, ya que ésta derivó en la prolongación de los modos de producción y de las formas sociales coloniales, así que se podría afirmar que el “colonialismo interno” que venían ejerciendo las clases dominantes sobre el resto se vio reforzado (Palacios, 1980).

De este modo, todo apunta a que, a pesar de algunos matices, la Independencia del país muestra más continuidades que rupturas en la dinámica social de las redes familiares, ya que éstas consiguieron adaptarse al aparato jurídico-administrativo tras el surgimiento del nuevo Estado-nacional (Melo, 1991; Rojas, 2001). Como veremos a continuación, existen diversas razones por las que se argumenta que estos grupos consiguieron conservar su privilegiada posición dentro de la estructura social del país sin sufrir prácticamente alteraciones.

En primer lugar, autores como Saether (2005) defienden que la pervivencia de los grandes grupos hegemónicos en el país durante esta etapa se debe en parte a que los levantamientos y guerras acontecidos entre 1810 hasta 1824 no fueron el resultado de una manifestación revolucionaria gestada “desde abajo”, sino que más bien fueron impulsados por la cúspide de la jerarquía política.

Según el autor, fueron las élites quienes se encargaron de darle forma a este proceso y más tarde, de maniobrar entre el aparato gubernamental para asegurar sus posiciones. En este caso, la desigualdad entre los grupos sociales era tal que apenas había una clase media claramente desarrollada en el país que incidiese en el proceso de Independencia, por lo que éste fue, en líneas generales, impulsado por y para las élites.

En segundo lugar, como ya apuntábamos al inicio del trabajo, otra de las razones que encontramos en la literatura es que Colombia se constituyó desde sus inicios como un Estado débil institucionalmente, lo cual provocó que la familia como estructura organizativa fuese durante estos años la única fuente de estabilidad social e incluso institucional.

La debilidad del Estado va de la mano con la dificultad que Colombia ha tenido desde los inicios para conseguir poblar ciertas zonas del país. Serrano (2016) señala que las selvas han sido por excelencia los obstáculos naturales que han limitado el contacto del país con sus vecinos de Venezuela, Brasil, Ecuador, Perú y Panamá. Así, la compleja orografía, caracterizada por las tres cordilleras que lo atraviesan, parece ser una de las razones que explican la dificultad que Colombia ha tenido para construir un verdadero imaginario nacional en contraposición a una marcada regionalización alimentada gracias al poder de las élites locales.

Un tercer argumento señala que Colombia no contó con una verdadera revolución social que se opusiese a la relación de clases y al entramado de relaciones económico-familiares ni durante, ni después del movimiento independentista, al margen de ciertas rebeliones a nivel local que fueron aplacadas con éxito cuando estas familias tomaron rápidamente los principales cargos políticos e hicieron frente a los problemas de fragmentación regional heredados de la Colonia, gracias en parte a una extensa red de caciques locales que permitía a la oligarquía conectar con las bases populares (Cruz, 1989).

Durante estos años, las provincias estaban tan fragmentadas internamente que las rivalidades locales tenían más fuerza que los conflictos regionales (pugna de poderes entre caciques y familias en los municipios), lo que evitó que hubiese movimientos separatistas y revueltas durante los años de conformación de la república.

También cabe mencionar que, en Colombia, a diferencia de otros países en los que la población indígena era mucho más diversa y estaba más presente en la estructura social — dos ejemplos claros podrían ser México o Perú—, se contaba con un porcentaje de indígenas muy inferior respecto a una aventajada mayoría mestiza que se había interpuesto en el dominio del país. Según Lasso (2010, p.202) en 1800 los “libres de todos los colores” (mestizos, zambos, mulatos y negros) eran el grupo más numeroso de la población (45%), compuesto por hombres y mujeres de ascendencia mixta que ocupaban las posiciones laborales intermedias: campesinos, artesanos y pequeños comerciantes.

Además, en el caso colombiano, el miedo a una “guerra de razas” llevó a los líderes de la Independencia a un mayor patrocinio de la igualdad social que hizo que gran parte de estos grupos se comprometiesen a favor de la causa independentista, alentados a su vez porque “la presencia de negros, mulatos, mestizos y zambos en el alto mando del ejército, en el recién

formado Congreso —incluido el Senado— y en los gobiernos locales parecía indicar la llegada de una nueva era, más democrática e igualitaria” (Lasso, 2010, p.211).

Al mismo tiempo, las élites republicanas pactaron con las comunidades indígenas el dominio y la protección de sus tierras comunales, tratando así de evitar levantamientos. A pesar de que en la práctica la estructura social siguió dificultando la movilidad entre clases —pues los blancos seguían controlando la mayoría de las posiciones de prestigio político y detentaban el poder económico—, estos hechos acallaron los posibles conflictos de clase que podrían haberse manifestado durante este periodo, y los resultados por tanto fueron menos agudos en comparación a otros países.

Una última cuestión hace referencia a la constitución de los principales partidos políticos⁷. Las clases sociales dominantes que emergieron de la Colonia tendieron a convertirse más tarde en la clase dirigente del país y ocuparon los cargos públicos más importantes, insertándose en la vida política a través de los partidos. En un primer momento, cuando estos partidos se institucionalizan a mediados del siglo XIX no tenían ninguna intención de representar intereses de clase homogéneos (Palacios, 1980).

Un ejemplo muy evidente de cómo estas familias oligarcas se han ido perpetuando en el poder a lo largo de los años gracias a los partidos políticos lo encontramos en el raíces del Partido Conservador, puesto que uno de sus fundadores y miembro más reconocido, Mariano Ospina Rodríguez, terminaría ocupando la Presidencia del país entre 1857 y 1861, gobernando con firmeza frente a la oposición liberal, y convirtiéndose en el germen de una de las familias políticas y económicas más importantes de Colombia: los Ospina.

Ahora bien, la estructura social del país y las relaciones de poder van a modificarse a partir de la segunda mitad del siglo XIX, cuando el funcionamiento de las redes familiares comienza a sufrir una serie de modificaciones. Si bien las familias oligarcas van a continuar acaparando su ventajosa posición social, la apertura del país y la aceptación del sistema librecambista, sumado a la aparición de una nueva oligarquía mercantil, serán algunos de los factores que van a cambiar la relación de las redes familiares entre sí, así como los vínculos que mantenía

⁷ Hablamos de, por un lado, el Partido Liberal, compuesto por un importante grupo de comerciantes y artesanos pertenecientes a la clase burguesa que defendían la separación entre Iglesia y el Estado; por el lado contrario, el Partido Conservador se compuso por la vieja clase terrateniente, el clero y las familias de abolengo, favorables a la unión entre la Iglesia y el Estado. Como señala Gechem (2009), no existe un consenso claro acerca de los orígenes de los partidos políticos colombianos, aunque para algunos el partido Liberal y el Conservador tienen su raíz en las luchas ideológicas entre Bolívar y Santander, siendo ésta es la posición más aceptada en Colombia.

con el Estado. En este caso, el papel de la familia como punto de apoyo para el ascenso social también va a sufrir ciertos cambios.

Durante estos años, los gobiernos nacionales comenzaron a otorgar mayores ventajas a empresas extranjeras, ya que percibieron que éstas traían consigo tanto capital como especialización tecnológica. Esto favoreció a los grandes grupos familiares puesto que empezaron a tender lazos a nivel empresarial, yendo más allá del nivel local: comienzan a crearse nuevas sociedades mercantiles, se apuesta más por el control y la tenencia de acciones y las familias empiezan a orientarse hacia el desempeño de servicios más profesionales — sobre todo, aquellos relacionados con la burocracia estatal y la tenencia de cargos públicos. Sin embargo, por otro lado, también es cierto que esta apertura del Estado va a suponer que los lazos clientelares tejidos entre familias de notables empiecen a descuidarse, ya que éstas se empezarán a enfocar más en las relaciones comerciales.

En su trabajo, Barragán, León y Torres demuestran cómo las redes familiares comenzaron a apoyarse en la contabilidad por partida doble “como herramienta para establecer interdependencias, empresas y miembros en un entorno inestable, conflictivo y complejo” (2011, p.587). La necesidad de mantener un registro y un control de las actividades en un entorno tan cambiante hizo que la formación de algunos de los jóvenes miembros de estas familias se inclinase hacia el estudio de la contabilidad, la teneduría de libros y la proyección en los negocios en aras de que la familia pudiese ejercer un mayor control sobre su patrimonio. En este caso, la formación académica de alguno de los miembros de estas familias en instituciones de Europa y Estados Unidos se volvió muy habitual.

En relación a este punto, un segundo factor muy importante que va a influir tanto en la estructura social como en las redes de familias es el nivel educativo. El trabajo de Solano, Flórez Bolívar y Malkún (2010) sobre la consolidación del poder en el Estado Soberano de Bolívar entre 1857 y 1886 demuestra cómo los gobernadores de las provincias y municipios de Bolívar mantenían tales lazos que los apellidos familiares llegan a repetirse en los cargos políticos en numerosas ocasiones a lo largo de los años. El estudio señala la existencia de un conjunto de redes familiares que se perpetúan en los cargos políticos gracias al casamiento, las relaciones comerciales y privadas entre autoridades locales⁸. Sin embargo, lo más relevante

⁸ Los autores afirman que una de las actividades más conocidas era la devolución de favores entre distintos miembros de la red: la concesión de licencias, licitaciones y obras públicas solía recaer en alguien que mantenía relaciones privadas con el gobernante de turno y que, más tarde, cuando el primero llegaba al poder, le devolvía el favor incluyendo a algún miembro de su familia en un cargo público u otorgándole contratos de la misma índole. Solano, Flórez Bolívar y Malkún (2010) encuentran indicios de que en el Estado de Bolívar miembros

de este trabajo es que pone de manifiesto cómo el alto grado de analfabetismo y el nivel de pobreza de la población contrastan con la formación de las élites locales, pues fueron los letrados quienes consiguieron concentrar el poder político al ocupar los principales puestos públicos y organizar el reparto de impuestos.

La proliferación de instituciones de educación superior y universidades para la formación y el reclutamiento de élites en Colombia va a ser un punto esencial en la diferenciación entre clases, ya que reforzará la estratificación social gracias al acceso o limitación de distintos grupos a estas instituciones. Durante estos años, el sistema educativo en Colombia sólo permitió que llegasen a la universidad “aquellos individuos cuyas familias hubiesen tenido desde la iniciación de los estudios escolares un proyecto definido sobre el futuro de los hijos y hayan comenzado desde temprana edad de éstos a instrumentar ese proyecto” (Rama, 1970, p.864); además, el sistema ofrecía un número muy limitado de cupos, siempre por debajo de la demanda, y el país no adoptó en estos años ninguna política de expansión del número de matrículas, lo que permitía el acceso al ámbito superior a grupos muy limitados que a su vez competían entre ellos por ocupar esas plazas.

El alcance de la condición universitaria suponía para muchas familias una forma de acceder a un estatus social superior y por ello veían en la formación académica la manera de que sus hijos obtuviesen una mejor posición social en el futuro. Así, Rama (1970) señala que la educación estaba limitada a la élite tradicional, que durante estos años mantenía una pugna ideológica entre sus facciones (lucha entre liberales y conservadores). De este modo, el autor demuestra a través de su estudio como la mayor parte del alumnado que llegaba a las universidades privadas de alto prestigio social en el país había cursado anteriormente su educación primaria y secundaria en escuelas privadas.

Otro de los cambios que va a producirse desde estos años de la segunda mitad del siglo XIX va a ser la relación de las redes familiares con el Estado. Algunos factores como la progresiva movilización de algunos de estos grupos hacia las ciudades, así como la mejora en la movilidad y las comunicaciones va a suponer un cambio de estrategia de la red familiar, que comenzará a adoptar un carácter extra-local y algunas familias van a empezar a controlar provincias y regiones enteras e incluso van a incidir en gran medida en la toma de decisiones a nivel nacional.

de estas familias nombraban a hermanos, primos y cuñados en cargos a pesar de que la ley impedía nombrar familiares para ejercer empleos públicos.

A su vez, la colaboración de estas familias con el gobierno les va a beneficiar: “a cambio de colaborar con el gobierno nacional [...] aquellos que dominaban estados y regiones encontraron que recibían apoyo para la consolidación de su poder político y la promoción de sus asuntos públicos a través de la red familiar local” (Balmori, Voss y Wortman, 1990, p.67). Las políticas liberales de estos años van a permitir que, si bien no intervenía en el mercado, “el Estado le daba legitimidad y cohesión a un sistema clasista opresivo” (Palacios, 1980, p.1984).

También debemos mencionar que, al mismo tiempo, durante estos años va a empezar a surgir una nueva oligarquía compuesta de nuevos ricos (“*parvenus*”) que, a través de la política, los negocios mercantiles y su asociación con el Estado (tierras baldías, bonos de deuda, financiamiento, etcétera) comienza a ascender en la estructura social. Lo más relevante de este hecho es que esta nueva oligarquía —cuya base son principalmente inmigrantes europeos adinerados— va a mezclarse con las viejas familias ya no sólo a través de uniones matrimoniales, sino también comerciales, lo cual va a permitir que se siga excluyendo a los sectores medios y a las clases populares de la entrada a nuevos tipos de negocio⁹ (Palacios, 1980).

Además, van a surgir otros grupos con un gran poder económico dentro del propio país. Sin embargo, en opinión de Sevilla Soler (1995), las nuevas élites urbanas que ascendieron a través de numerosas actividades económicas llevadas en parte en los principales centros urbanos no consiguieron imponerse sobre las oligarquías tradicionales, quienes basaban su poder económico en el control de tierras y haciendas en el medio rural, lo que a su vez les otorgaba el control sobre grandes recursos humanos.

A finales del siglo XIX también va a ocurrir otro hecho importante: la aparición de clubes ayudó a afianzar las alianzas entre grupos prominentes modificando el funcionamiento de la red familiar, pues estos sirvieron para “poner coto” alrededor de dichas familias y facilitar la asociación entre sus miembros de forma mucho más individual; o dicho de otro modo, “mediante el club se logra un status social que institucionaliza las alianzas familiares y las separa del resto de familias” (Balmori, Voss, Wortman, 1990, p.35).

⁹ Frente a ello, grupos de artesanos se van a empezar a agrupar en gremios para defender sus negocios locales. Un ejemplo muy concreto es el de la sociedad conocida como “La Culebra Pico de Oro”, conformada en el departamento de Santander y cuya intención era hacer frente a los inmigrantes alemanes adinerados que habían afincado sus negocios en la zona, pues éstos pretendían desplazar el negocio local y monopolizar el comercio.

Un ejemplo claro es el Club Cartagena, fundado en el año 1891 como una institución que agrupó desde sus inicios a conocidos empresarios provenientes de las familias más notables de Cartagena y que ofrecía a sus socios un espacio común en el que tenían la oportunidad de estrechar lazos y cerrar todo tipo de negocios, tratando a su vez demostrar una diferenciación social y un mayor estatus respecto de aquellos que no pertenecían al grupo (Fernández Villa, 2005).

Por último, también debemos señalar que junto a la emergencia de este tipo de instituciones (colegios privados, clubs, etcétera) otro de los cambios que se producirían en estas familias y que va a servir como una forma de diferenciación y búsqueda de estatus fue la modificación del estilo de vida¹⁰.

Como indica Castro Carvajal (2012), el censo de Colombia de 1870 demuestra cómo, a pesar de que tras la Independencia el país aspiraba a un orden social moderno en el que la sociedad colombiana trataba de convertirse en una sociedad de individuos jurídicamente iguales, la estratificación social seguía estando patente en el tipo de oficio que desempeñaba por cada grupo social. Este censo muestra cómo la mayoría de la población activa (69,12%) — asentada generalmente en las zonas más rurales— se dedicaba a actividades extractivas relacionadas en parte con la agricultura, seguidos de otros oficios como los artesanos (9,65%) o los sirvientes (8,28%). Sin embargo, durante estos años venía siendo común que los miembros de las familias más notables desempeñasen ocupaciones como las de abogado, médico e ingeniero, que sólo suponían el 0,11% de la población económicamente activa.

Las familias oligarcas comenzaron a construir casas de estilo europeo muy llamativas, concentradas en zonas específicas de la ciudad (Uribe Urán, 2010). Asimismo, el mobiliario y las pertenencias de algunos notables ciudadanos eran importados de países como Francia, Inglaterra o Estados Unidos, ya que suponía cierta exclusividad y admiración. La ropa, los muebles, utensilios de cocina y labranza, e incluso el tipo de alimentación contrastaban con las formas de vida de la gente del común.

Uribe Urán (2010) también señala que se podía apreciar una cierta diferencia en las celebraciones y entretenimientos de los que disfrutaban los miembros de estos grupos, pues las clases más pudientes eran más asiduas a eventos como el teatro o las tertulias literarias, ya que suponían espacios de comunicación restringidos a una selecta élite cultural.

¹⁰ En cuanto a estilo de vida nos referimos a la ocupación laboral, la estética y la ubicación de la vivienda y el tiempo de ocio.

En definitiva y para cerrar este epígrafe, debemos recordar que, si en un primer momento la familia se utilizó como base para la formación de alianzas de poder y de negocio, más tarde vendría a ser sustituida por nuevas instituciones tales como los partidos políticos, las organizaciones comerciales o sociedades y los clubes. Desde finales de siglo XIX se aprecia un cambio en las relaciones de familias oligarcas, puesto que comenzaron a descuidar los lazos clientelares y apostaron más por las relaciones de comercio. Por su parte, las viejas familias que no se supieron adaptar al surgimiento de la nueva estructura político-social ni se aliaron con las nuevas familias terminaron pereciendo.

Al mismo tiempo, los cambios externos van a suponer que, si bien dichos grupos no perderán su posición característica, empezará a distinguirse una mayor movilidad social —ya no va a ser tan rígida como lo fue durante la Colonia—, así como la aparición de nuevas familias y grupos sociales intermedios: por un lado, la entrada de inmigrantes europeos que establecieron sus negocios y alcanzaron una buena posición; por otro lado, la participación exitosa de algunos hombres en las guerras civiles, quienes a pesar de no provenir de grupos tradicionales con privilegios, fueron recompensados con tierras y pronto adquirieron cierto reconocimiento social.

Por otro lado, no podemos olvidarnos de que la profesionalización de algunas actividades supuso leves indicios de cambios en la sociedad colombiana, lo cual se demuestra en el fortalecimiento de una clase media naciente, el crecimiento demográfico y las migraciones internas de algunas familias hacia las ciudades, que empezarían a modernizarse presentando cambios en el estilo de vida y los usos sociales.

II.2. Los cambios en la estructura social en Colombia durante el siglo XX (1900-1980)

El siglo XX comienza para Colombia de manera traumática tras la devastadora Guerra de los Mil Días (1899-1902) y la consiguiente pérdida de Panamá (1903). Esto va a generar numerosas tensiones entre la oligarquía por la pugna de poder y la toma de decisiones; sin embargo, no supondrá una ruptura total en el complejo modelo clasista, ya que las principales desavenencias entre estos grupos serán patentes en estos primeros años de siglo sólo a nivel regional y local, debido a cuestiones puntuales (Uribe de Hincapié, 2001).

Al mismo tiempo, los comienzos del siglo XX darán pie al ascenso de una incipiente burguesía de carácter nacional, que, aunque seguía siendo una oligarquía comerciante y

terratiente, va a cambiar su visión acerca de la construcción del Estado, abogando por la modernización, la centralización del poder y la creación de un mercado externo. De este modo, Mesa (1980) alega que, desde las primeras décadas del nuevo siglo, Colombia va a experimentar un profundo cambio en la estructura social y política, pues la élite rural encabezada principalmente por caciques y grandes hacendados se verá sustituida por una burguesía de carácter nacional que se asentará en los principales núcleos urbanos.

Lo más característico de esta nueva burguesía es que va a reivindicar las nuevas formas de vida ligadas a la defensa de los valores urbanos y su atracción por lo europeo —reflejado, por ejemplo, en la vestimenta, el gusto por la literatura, el teatro, etcétera—, lo cual contrastaba con el modo de vida de la antigua oligarquía tradicional “cuyo poder estaba basado en la propiedad rural y las formas de servidumbre y lealtad derivadas de ella” (Ruiz, 2009, p.43).

Además, esta nueva clase prominente va a empezar a diferenciarse de las otras a partir de la “asimetría del espacio público”¹¹, puesto que ésta empezará a ocupar ciertas posiciones destacadas en la sociedad, erigiéndose sobre las clases subalternas. Sin embargo, lo más relevante es que dichas posiciones no sólo se caracterizan por la ocupación de los principales cargos políticos o a la acumulación de recursos económicos, sino también por un cierto estatus y reconocimiento social, gracias en parte a su pertenencia a distintas instituciones —tanto formales como informales— de renombre, tales como las escuelas y universidades privadas, los clubes sociales —de los que ya hablábamos en el epígrafe anterior, y que se desarrollarán sobre todo a principios de este siglo—, o incluso la afición por deportes como el fútbol, el polo, el tenis y el golf, cuya práctica por parte de las clases medias y bajas era más limitada (Ruiz, 2009).

Otro signo importante que caracterizará los inicios de este nuevo siglo será la discusión por parte de la élite intelectual acerca de la llamada “degeneración de la raza”, que va a ahondar en cuestiones relacionadas con la demografía, la economía o la educación (Villegas, 2005). Tras los primeros años de la década del veinte, el debate acerca de la industrialización y modernización del país, y, por ende, de la necesidad de desarrollar en el país nuevas fuerzas

¹¹ Ruiz (2009, p.48) define esta asimetría como “la diferencia desigual en la posibilidad y capacidad de expresión pública, dados unos lugares dominantes, más visibles que otros, desde donde se ejerce el poder material y simbólico, [esto] limitó en las clases populares la participación dentro de aquel espacio en las luchas por la definición de lo nacional”.

productivas va a cobrar especial interés entre la élite intelectual, que va a preguntarse acerca de cómo conformar un modelo social que respondiese a estas nuevas expectativas.

El consenso entre esta élite versaba en que para alcanzar dicha modernización se requería de una nueva estructura social, con un capital social mucho mejor formado: si se quería diversificar la economía colombiana para no depender del enorme peso de la estructura agraria, sería necesario invertir en la mejora tecnológica y el desarrollo industrial. Como indica Bejarano, “éste era, sin duda, un cuadro económico desalentador, en el que, salvo los impulsos provenientes de las exportaciones de café, no se percibía ningún otro factor que estimulara las transformaciones económicas” (1994, p.191).

Existía una firme creencia de que las características de la población colombiana limitaban la posibilidad de desarrollar este proceso modernizador, bajo la premisa de que la “raza colombiana” sufría ciertas carencias que dificultaban el progreso de la nación. La idea principal era entonces transformar y controlar a la población sin alterar el orden social y político alcanzado, lo cual debía partir de la homogeneización y estandarización del comportamiento de los individuos, pues como indica Ruiz, “en síntesis, el problema consistía en cómo producir obreros eficientes sin trastornar los fundamentos del orden social precedente” (2009, p.95).

A continuación, presentamos de forma breve algunas de las cuestiones que consideramos más importantes en este periodo. No podemos hacer un resumen esquematizado de la historia de Colombia que abarque desde los inicios del siglo XX hasta los años 80, por lo que preferimos rescatar algunos factores señalados por la literatura que parecen haber influido tanto en los cambios en la estructura social del país como en la adaptación de las redes familiares. En este caso, queremos hacer especial hincapié en cuatro elementos: el crecimiento del comercio exterior, el conflicto agrario, la evolución del modelo educativo y el desarrollo del sistema de partidos. En sintonía con lo expuesto por la literatura, creemos que estos cuatro factores influyeron en la estructura social y las relaciones de poder durante gran parte del siglo XX¹².

El primer factor que incidirá en los nuevos cambios en la estructura social es el extraordinario crecimiento del comercio exterior colombiano —gracias en parte al auge cafetalero— que será propulsado por las oligarquías latifundistas tradicionales, pues son éstas las que

¹² No descartamos que haya otros factores que también hayan incidido en menor o mayor medida en la estructura social, por cuestiones de espacio, solamente apuntamos los que consideramos más pertinentes.

controlaban la producción. Esto va a suponer un cambio en la estructura social que paradójicamente pondría en peligro la hegemonía de estas oligarquías. Como veremos a continuación, la progresiva transformación económica va a dar lugar a su vez a una notoria transformación social, que, si bien se comenzó a gestar a finales del siglo XIX, será durante el primer cuarto del siglo XX cuando se manifieste con mayor fuerza¹³.

La ampliación de las actividades comerciales supuso, por un lado, la expansión del sector servicios y de la administración en las ciudades, lo cual fomentó a su vez la aparición de las clases medias urbanas, a contrapelo de un sistema social muy jerarquizado y desigual que, como mencionamos en el epígrafe anterior, tan sólo había empezado a abrirse a finales del siglo XIX a raíz de una tímida apertura comercial en el país; pero por otro lado, también implicó la aparición de nuevos grupos prominentes en la sociedad colombiana que van a competir con las oligarquías tradicionales.

Asimismo, Sevilla Soler menciona que durante estos años será determinante la colonización de las áreas más despobladas en el occidente de Antioquia con fines agrícolas —en este caso, a través de la expansión de la finca cafetalera—, pues a largo plazo terminó beneficiando a la pequeña y mediana propiedad, las cuales se verían como ganadoras frente a las grandes haciendas del país. Así, puesto que la producción cafetera se estructuró en torno a la pequeña y mediana finca, “la menor concentración del ingreso permitió la incorporación al mercado de una parte más amplia de la población, de un sector campesino que en otros países del área permaneció por completo al margen de la economía comercial” (1995, p.1519).

Esta expansión comercial tiene mucho que ver con otra circunstancia fundamental que ha influido en la estructura económica y social del país: la concentración de recursos y la tenencia de la tierra por parte de diversos grupos de latifundistas. De este modo, aunque la estructura agraria cafetalera supuso nuevos beneficios sociales al crear un mercado interno del que se beneficiaban las clases medias y bajas, se produjo también una mayor concentración de recursos por parte de la oligarquía, a partir de la apropiación de tierras baldías, ejidos y terrenos comunales. Durante estos años, la ocupación y explotación de la tierra se va a convertir en motivo suficiente para otorgar títulos de propiedad que, en muchas ocasiones, caerían en manos de los grandes latifundistas y compañías agrícolas.

¹³ Como indica Sevilla Soler (1995), los primeros pasos hacia una economía de exportación tuvieron lugar en Colombia entre los años 1880 y 1914 y se basaron principalmente en la expansión de un solo producto: el café.

Así, en la práctica, el proyecto agroexportador sirvió para articular y agrupar a las élites colombianas y ayudó a constituir su identidad como grupo dominante, pues la intención por parte de este grupo era constituir una identidad nacional que legitimase no sólo la economía agroexportadora, sino también su privilegiada posición como grupo dirigente (Ruiz, 2009). Para autores como König (1994), este “nacionalismo modernizador” impulsado a través del nuevo modelo exportador librecambista de bienes primarios sirvió para convencer a las capas sociales medias y bajas —en especial, a los artesanos, que abogaban por un mayor proteccionismo estatal— de que se lograría un mayor progreso económico y social y que los ciudadanos serían libres e iguales.

En líneas generales, este “nacionalismo modernizador” respaldado a través de prácticas discursivas que interpelaba a toda la población fue sólo una forma de legitimación del modelo, ya que la descentralización del país y las prácticas de exclusión de las clases populares —que vieron como la élite política no articulaba sus demandas— provocaron que los cambios en la estructura social se percibiesen sólo en el largo plazo, pues la reticencia por parte de estos grupos evitó que la movilidad entre clases fuese más sencilla (König, p.1994).

Por otro lado, también debemos apuntar que, a pesar de esta leve apertura, el comercio extranjero no llegó a controlar el comercio como lo hiciera en otros países de la región, en los cuales, primero Estados Unidos, y más tarde, Inglaterra, empezaría a entrar con fuerza en el mercado latinoamericano. La burguesía empresarial complicó la entrada de empresas extranjeras al mercado interno, al tiempo que aumentaba la producción y exportación de café a lo largo del primer tercio del siglo XX, incrementando las finanzas nacionales, regionales y municipales que permitieron desarrollar en el país los primeros núcleos industriales, así como la mejora de las infraestructuras y vías de comunicación; por ejemplo, mediante el impulso de la red ferroviaria, que cobraría especial importancia durante estos años (Ocampo, 1994).

El rápido crecimiento del comercio exterior en los años veinte sentaría las bases del cambio social que se apreciaría mejor una década más tarde, cuando el desarrollo industrial del país y el crecimiento económico auparon los flujos migratorios, provocando a su vez un aumento de la población urbana, así como la transformación del mercado de trabajo, ligado al crecimiento de la propia industria y a la creación de nuevos establecimientos de bienes intermedios. Además, como apunta Bejarano “la creación de un mercado de trabajo alternativo había propiciado la movilización de los trabajadores hasta entonces atados a las haciendas” (1994, p.203).

Ahora bien, como decíamos, un segundo factor que debemos remarcar es el del conflicto agrario por la posesión y tenencia de la tierra, pues éste será el germen de nuevas tensiones entre los grandes propietarios agrícolas y el campesinado en Colombia, y será uno de los factores determinantes en el devenir de la historia del país, sobre todo a partir de la segunda mitad del siglo XX.

Ante la cooptación de numerosas hectáreas agrícolas por parte de pequeños grupos de latifundistas, las movilizaciones de campesinos sin tierras comenzarían a incrementarse con el paso de los años y darán pie a grupos insurgentes que terminarán poniendo contra las cuerdas al Estado colombiano. Las valorizaciones de la tierra debido al auge cafetero sólo recaían en los grandes hacendados, mientras que las masas rurales —que no eran propietarias—, quedaban excluidas de los jugosos beneficios que la tierra daba durante estos años.

En 1926 la Corte Suprema dictaminó una decisión a través de la cual se establecía que la única prueba de propiedad de la tierra debía ser el título original¹⁴. Dicha decisión pretendía frenar la expansión de las grandes haciendas —detentadas por pequeños grupos que habían ocupado desde la Colonia numerosas tierras baldías y las habían constituido con el paso de los años en propiedades privadas—, pero a su vez, alentó a los campesinos a ocupar las tierras a sabiendas de que los hacendados no tenían aquellos títulos de propiedad que se les demandaba.

El epicentro de los primeros conflictos fueron las zonas cafeteras de Cundinamarca y Tolima y, aunque por entonces las demandas no eran tan radicales, sería desde principios de los años treinta cuando los movimientos agrarios ya empezarían a alcanzar más fuerza en estas regiones, gracias en parte al ascenso del liberalismo al poder y al reconocimiento del derecho de sindicalización a partir de la Ley 83 de 1931, así como la concesión de numerosas prestaciones sociales para los trabajadores (Ocampo, 1994).

Tras esto, puesto que las tensiones y episodios de violencia entre las élites rurales y el campesinado se acrecentaron, el gobierno del presidente Alfonso López Pumarejo impulsó la Ley 200 de 1936 durante la etapa de la Revolución en Marcha, que mantenía los derechos de propiedad en manos de los terratenientes y no entraba a discutir los problemas de las relaciones de trabajo y arrendamiento. En definitiva, al tratarse de una ley vaga e imprecisa

¹⁴ Esta obligación de tener que exhibir el título original de propiedad en caso de litigio se denominó “prueba diabólica”, puesto que para muchos propietarios era algo casi imposible de probar.

que no atendía a los problemas del campesinado y que no modificó de manera sustancial la estructura social en el campo, estos años marcarán el inicio del problema de distribución de la tierra en Colombia, iniciándose una oleada de numerosas protestas campesinas (Uribe López, 2009).

Igualmente, aunque durante la etapa de La Violencia se sucedieron numerosas movilizaciones, nunca se llegó a producir una revolución agraria ni se llegaron a formular reformas sociales de peso. La legislación adoptada por el Estado en materia agraria —por ejemplo, en la Ley 135 de 1961, “Sobre Reforma Social Agraria” o más tarde, la Ley 1 de 1968, la cual introduce modificaciones respecto a la primera— no alcanzó a reducir la acumulación de capital y concentración de recursos e intereses que las oligarquías locales habían adquirido en espacios geográficos específicos, lo que conllevará de nuevo a la apropiación de tierras así, como a la consecuente lucha armada por parte del campesinado (Pérez Martínez, 2003).

Las intenciones de Carlos Lleras Restrepo (1966-1970) por revivir la idea de una reforma agraria en el país y terminar así con el conflicto por la tierra fueron sepultadas luego del acuerdo promovido por Misael Pastrana (1970-1974) entre el Frente Nacional y los principales terratenientes, ganaderos y hacendados del país, conocido como el Acuerdo de Chicoral (1973), el cual buscaba hacer frente a la Asociación Nacional de Usuarios Campesinos (ANUC) que había surgido durante el gobierno de dicho mandatario, alejando a los campesinos sin tierras hacia las zonas periféricas y abandonándolos a su suerte. Se trató de una auténtica “contrarreforma” agraria que se convertiría en uno de los ejemplos más evidentes de la época de un pacto entre la oligarquía liberal y la conservadora.

Aunado a estos dos primeros factores, también consideramos que la evolución en el modelo educativo se erige como un tercer elemento de vital importancia para comprender la evolución de la estructura social en Colombia.

Como ya vimos, si a finales del siglo XX el surgimiento de los primeros clubs en el país sería una forma de diferenciar a las clases sociales, desde principios del siglo XX la institucionalización de escuelas exclusivas para la formación de la élite sirvió como un mecanismo similar al de los clubs, que era que ciertos grupos alcanzasen prestigio social y se distanciasen tanto de la antigua oligarquía tradicional como del resto de clases subalternas. El crecimiento urbano y el desarrollo industrial que estaba viviendo la sociedad colombiana

supuso una transformación económica, política y cultural que exigiría ampliar la cobertura educativa (Prieto, 2000).

Sáenz, Saldarriaga y Ospina (1997) han investigado acerca de cómo el proyecto de modernización afectó al modelo educativo. Los autores coinciden en que el sistema educativo buscaba formar el capital humano necesario para el proceso de industrialización que necesitaba el país y por ello se buscó una modificación de los métodos pedagógicos.

Un ejemplo muy claro va a ser el surgimiento de instituciones privadas que van a contar con un marcado carácter elitista, como, por ejemplo, el Gimnasio Moderno fundado en 1914 por Agustín Nieto Caballero. Este colegio bogotano se formó siguiendo el modelo de las escuelas experimentales europeas, con la incorporación de docentes extranjeros y con un objetivo preciso: constituirse en un centro de formación académico, moral y religioso que gozase de reconocido prestigio social en el que se formarían los futuros líderes dirigentes del país.

La facilidad en el acceso a esta institución estaba determinada en buena parte por el origen social y las condiciones económicas del alumnado. Los estudiantes eran seleccionados por el centro a partir de su procedencia, teniendo en cuenta la trayectoria académica y laboral de los padres, dotando a la institución de un carácter mucho más familiar. La mayoría de los egresados de esta institución pertenecían a familias de alta alcurnia de la élite liberal bogotana que tras finalizar sus estudios tenían “mayores posibilidades de participación en la vida pública y de éxito profesional en las actividades privadas, situación que no era la misma para los egresados de los colegios que se crearon para ofrecerle educación secundaria a la naciente clase media” (Prieto, 2000, p.130).

Por el contrario, frente a este tipo de instituciones privadas podemos encontrar otras como los colegios e institutos técnicos de los Salesianos, los cuales se desarrollaron a partir de la última década del siglo XIX y, sobre todo, a principios del XX. Ubicados en zonas donde la población vivía en peores condiciones, la función de estos centros era educar y formar a jóvenes de bajos recursos económicos en áreas relacionadas con las artes manuales —pues como decíamos la intención era generar un nuevo capital social adecuado para asumir las demandas del proceso de industrialización—, además de servir como centros de asistencia social para dichos jóvenes y sus familias (Ruiz, 2009).

En cuarto lugar, dentro del plano político podemos encontrar también algunos vestigios de la rígida estructura social del país, en el que el predominio electoral por parte de los partidos

Liberal y Conservador acapararon durante gran parte del siglo XX el devenir de la historia colombiana.

Como señala González (1993), los partidos Liberal y Conservador han jugado un papel fundamental en la construcción del país. En cuanto a sus características, el autor considera que ambos han sido organizaciones carentes de grandes diferencias ideológicas, programáticas o clasistas y con una adscripción básicamente hereditaria, con fuertes tendencias personalistas y una manifiesta base clientelar y de patronazgo, lo cual ha permitido a sus miembros afianzarse en los puestos de poder local y regional, conformando una auténtica maquinaria burocrática que permite dar un trato preferente a familiares, amigos y seguidores.

Por supuesto, la literatura apunta a una evolución en el sistema de partidos colombiano. Durante el siglo XX, podemos señalar al menos tres etapas muy diferenciadas entre sí que van a incidir en el poder de las élites políticas tradicionales. Estas etapas corresponden al periodo anterior a la creación del Frente Nacional, el momento en el que éste toma el poder, y la etapa posterior al mismo.

A grandes rasgos, desde mediados del siglo XIX, el sistema de partidos en Colombia se ha caracterizado por el caciquismo y el localismo, donde tanto los liberales como los conservadores incorporaban en sus filas a personas cercanas —mayormente familiares y amigos— con la intención de poder controlar localidades o incluso regiones enteras (Peña Contreras, 2007).

Durante estos años, uno de los acontecimientos más notables sería el Gaitanismo, que con un discurso muy contundente vendría a contraponerse a las principales oligarquías que componían los dos partidos; sin embargo, el asesinato de su líder Jorge Eliécer Gaitán¹⁵ en abril de 1948 frustraría las expectativas de un nuevo cambio en la estructura social del país.

La creación del Frente Nacional en 1958 va a suponer un punto de inflexión en el régimen político, ya que será un claro límite a la democracia al volver al sistema de partidos menos competitivo y más excluyente, minimizando el funcionamiento de la oposición partidista,

¹⁵ Como señala Zwerg-Villegas (2012), sería Jorge Eliécer Gaitán quien popularizó el término “oligarquía” durante su candidatura presidencial al referirse a un pequeño grupo reducido, adinerado y educado que tenía influencia tanto en el gobierno como en otras instituciones de poder tales como la Iglesia o las fuerzas armadas, además de ser propietarias de numerosas actividades económicas. Para Gaitán, tanto la oligarquía liberal como la conservadora habían aunado sus fuerzas con el propósito de impedir un cambio efectivo en la estructura social del país que pusiese en peligro su privilegiada posición.

con el Movimiento Revolucionario Liberal (MLR) y la Alianza Nacional Popular (ANAPO) como principales fuerzas opositoras.

En su trabajo, Hoskin y Pinzón (1989) concluyen que, durante la etapa del Frente Nacional, debido al mecanismo de turnismo presidencial y a la paridad en la ocupación de cargos legislativos, la disminución de la fuerza organizacional de ambos partidos llevó a que sus estructuras se debilitasen por la facilidad de acceso a los cargos y las luchas internas por el acceso a los mismos. Además, a partir de ahora las bases para el reclutamiento de nuevos miembros empezarían a regirse por cuestiones clientelares.

Aunque el fin del Frente Nacional marcará una nueva etapa en la vida política colombiana, las prácticas seguidas durante estos años van a dejar una profunda huella en el país. El ejemplo más patente de ello es la aparición de numerosos miembros de las grandes familias ocupando o presentándose a cargos políticos de gran relevancia del país, como la propia Presidencia. Como veremos en el siguiente epígrafe, estos “delfines” van a aparecer cada vez más en la escena política, convirtiéndose en una característica propia de la vida política en Colombia.

Las elecciones de 1974 en Colombia son un caso muy revelador de la perpetuación de las grandes familias colombianas en la vida política del país, ya que los tres candidatos principales —de los partidos Liberal, Conservador y la Alianza Nacional Popular (ANAPO)— a pesar de sus diferencias ideológicas, eran hijos de expresidentes (Alfonso López Michelsen, hijo de López Pumarejo, y Álvaro Gómez Hurtado, hijo de Laureano Gómez) y de un general golpista (María Eugenia Rojas, hija de Gustavo Rojas Pinilla).

II.3. La adaptación de las élites familiares desde los años ochenta hasta la actualidad

En 1983 la revista *Semana* —fundada por Felipe López Caballero, hijo del expresidente Alfonso López Michelsen— dedicaba su portada a los herederos de las grandes familias del país que se perfilaban para dar el salto a la arena política: los nombres de Alfonso López Caballero, Julio César Turbay Quintero, Diego Betancur Álvarez y Andrés Pastrana—todos ellos hijos de expresidentes— resonaban con fuerza para ocupar los cargos públicos más

importantes del país (*Semana*, diciembre de 1983). El artículo, titulado “Los delfines”¹⁶, ponía de manifiesto que la herencia familiar era un poderoso punto de apoyo a la hora de dar el salto a la carrera política.

A partir de entonces, la idea de que el país se había constituido en una auténtica “democracia autoritaria” empezó a resonar con mayor fuerza entre la opinión pública colombiana, que comenzó a asumir que el continuismo político se había convertido en un fenómeno intrínseco de la política del país (Roll, 1999).

Por el contrario, los estudios sobre las élites en Colombia tienden a afirmar que los años ochenta supusieron realmente un punto de quiebre en la transformación de estos grupos: las tesis planteadas por Leal Buitrago (2007), defienden que, desde la década de los ochenta del siglo pasado, se está desarrollando en Colombia un proceso de renovación de las élites políticas, donde la característica principal ha sido —en su opinión— la sustitución de las élites tradicionales de ámbito nacional por las élites regionales.

Para el autor, esta renovación en la estructura social responde al menos a cuatro factores, con los cuales estamos de acuerdo: la apertura económica del país debido al emergente proceso de globalización, la aparición de grupos guerrilleros insurgentes, el auge del narcotráfico y los nuevos cambios en las reglas del juego político (concretamente, la fragmentación del sistema de partidos y la modificación de las normas legales).

A continuación, revisaremos cómo estos factores han podido incidir en el reacomodo y adaptación de las élites familiares y qué cambios cabe destacar dentro de la estructura social respecto a los años anteriores. Finalizaremos este epígrafe comentando algunos de los trabajos más recientes que se han escrito sobre el tema: en este caso, cabe recordar que el estudio empírico de las redes de familia en Colombia ha sido exiguuo y que carece de una falta de investigación empírica objetiva que respalde las hipótesis formuladas por la academia.

En primer lugar, no podríamos entender los fenómenos que acontecieron a partir de la década de los ochenta sin apreciar el cambio que se va a producir durante estos años en toda América Latina en torno a la aparición de un nuevo modelo económico. Así lo reflejan autores como Cárdenas cuando señalan que, desde los inicios de los años ochenta, Colombia

¹⁶ Con este apodo, se define a los descendientes de aquellas familias prominentes que por el simple hecho de pertenecer a las mismas tienen mayor opción de ocupar cargos de relevancia en distintos ámbitos de poder, ya sean políticos, económicos, etcétera. El término “delfín político” se popularizó durante estos años, convirtiéndose en una señal inequívoca de la perpetuación de los miembros de una misma familia en la vida política del país.

comenzará a operar dentro del marco de la globalización, como parte de “un proceso histórico de naturaleza comercial y mercantil consecuencia de cambios como la internacionalización de flujos capitales, la liberalización del mercado, la creación de bloques económicos y la libre movilidad de mano de obra” (2011, p.15).

Atendiendo a la estructura social, la transición hacia un nuevo modelo económico va a traer consigo una recomposición en el bloque de poder hegemónico, pues si bien la adopción de las disposiciones neoliberales del Consenso de Washington permitían a las clases privilegiadas verse beneficiadas de la apertura económica y los tratados bilaterales-multilaterales comerciales, también se ampliará la entrada de nuevos grupos económicos extranjeros en el país, los cuales empezarán a competir con los grupos nacionales, debilitando, por ejemplo, el poder tradicional de la burguesía cafetalera (Estrada, 2005).

A su vez, la entrada de estos nuevos actores va a favorecer que el Estado comience a ceder espacios de poder al permitir el manejo de sus propiedades al capital extranjero, algo inusual durante gran parte del siglo XX, cuando el país se había mostrado muy hermético por temor a la cooptación de espacios de poder por parte de grupos externos (Cárdenas, 2011).

También debemos apuntar otro detalle que creemos que influyó en la estructura social: el tránsito del modelo de Industrialización por Sustitución de Importaciones hacia el nuevo modelo neoliberal también tuvo repercusiones en el crecimiento demográfico, puesto que la consecuente modernización del país hará que la población colombiana pase de los 27,73 millones de habitantes en 1980 a un total de 48,22 millones en 2015; según los datos de la CEPAL¹⁷.

Un segundo factor que debemos tener en cuenta es el surgimiento de grupos armados, los cuales van a hacer frente a las estructuras estatales y supondrán un punto de quiebre en la evolución de las élites del país. Las Fuerzas Armadas Revolucionarias (FARC), el Ejército de Liberación Nacional (ELN) y el Ejército Popular de Liberación (EPL) son posiblemente los tres grupos que más influencia han tenido durante estos años, pues si bien fueron conformados desde mediados de la década de los sesenta, tendrán su máxima expresión desde la década de los ochenta, acrecentando el conflicto interno del país y poniendo contra las cuerdas a los sucesivos gobiernos¹⁸.

¹⁷ Información disponible en: http://estadisticas.cepal.org/sisgen/ConsultaIntegradaFlashProc_HTML.asp (Consultado: 12/04/18).

¹⁸ Igualmente, el Movimiento 19 de abril (M-19), que surgió tras el supuesto fraude electoral de 1970 que dio como vencedor a Misael Pastrana sobre el general Gustavo Rojas Pinilla, tuvo su mayor repercusión durante

El trabajo de Uribe López (2009) señala que, si bien el poder de veto de los terratenientes en los municipios aseguró durante décadas la rigidez de la jerarquía social¹⁹, a partir del año 2000 aumentó la fragmentación de los sistemas locales de partidos debido en parte al escalamiento del conflicto armado a través del aumento de ataques por parte de grupos terroristas en los municipios; cabe señalar que, como indica el propio autor referido, esto es una hipótesis que no ha sido respaldada empíricamente. Tanto la fragmentación a nivel local como el surgimiento de grupos armados sacan a la luz uno de los mayores problemas que ha arrastrado el país con el paso de los años, y es el hecho de que las autoridades gubernamentales hayan sido incapaces de controlar el territorio colombiano.

Como indica Uribe López, “el conflicto armado reconfiguró las élites rurales regionales, en un proceso que comenzó con la compra de tierras por narcotraficantes en zonas como el Magdalena Medio, donde los paramilitares despojaron del control a la guerrilla en los ochenta, y se consolidó con la subordinación de las élites tradicionales a los señores de la guerra” (2009, p.98).

Nos parece oportuno señalar que, si bien el fenómeno de la violencia en Colombia — independientemente del actor o el ámbito del que provenga— ha sido tratado por numerosos autores (Pécaut, 1997; Fals Borda, Guzmán, y Umaña, 2005) que lo han asociado como un rasgo esencial que determina el funcionamiento de la sociedad del país andino, otros como Posada Carbó (2006) en su obra *La nación soñada: violencia, liberalismo y democracia en Colombia*, ponen en entredicho el estereotipo que identifica a Colombia como un país violento, reivindicando las tradiciones civilistas y democráticas del país andino frente aquellas que lo han tildado como criminal (literatura, prensa escrita, medios de comunicación, cine, etcétera) y considerando que las guerras civiles no son una particularidad del país y que ni tan siquiera han sido continuas en el tiempo (han habido más periodos de relativa paz que de guerra); asimismo, cree que el estereotipo de que los colombianos son violentos carece de validez empírica.

los gobiernos de Julio César Turbay (1978-1980) y de Belisario Betancur (1982-1986), causando acciones tales como la toma de la embajada de la República Dominicana o incluso la del Palacio de Justicia, que tras la deliberada respuesta del ejército terminó en una crisis gubernamental tras la muerte de varios civiles.

¹⁹ Para ello, el autor calculó el Número Efectivo de Partidos (NEP) para las elecciones de 2003 y 2007 en 209 municipios escogidos de manera aleatoria, que pasó de 2,44 a 6,7 puntos, lo que revela una mayor fragmentación a nivel local que aumentó considerablemente en este periodo.

En colación al fenómeno de la violencia y el surgimiento de grupos armados, un tercer factor muy ligado a éstos y que debemos tener también en cuenta es el surgimiento y auge del narcotráfico en el país andino.

El comercio de la cocaína encontró en los Estados Unidos un excelente mercado y rápidamente comenzaron las exportaciones en masa, y con ello, la fundación de los primeros cárteles como el de Medellín o el de Cali, tal vez los más célebres y conocidos en estos años. Así, el narcotráfico empezaría a acaparar tierras, propiedades, e incluso, políticos: el crecimiento del narcotráfico se convertirá en una de las claves de la crisis que el régimen político comenzará a vivir a partir de ahora, pues la acelerada descentralización y fragmentación de las operaciones por parte del narcotráfico va a repercutir en el plano social y económico; pero sobre todo, en el campo político, al introducirse en la arena política a través del financiamiento de campañas electorales, desde las de concejales municipales hasta las de presidentes de la República (Camacho, 1996).

Por otra parte, como señala Garcés (2005), la influencia del narcotráfico en Colombia supuso una confrontación entre las élites tradicionales debido a la pérdida de estatus, pues cuando los principales capos de la droga comenzaron a hacerse con millones de hectáreas en tierras, la oligarquía terrateniente se vio forzada a compartir este espacio con los nuevos actores.

A pesar de los intentos por frenar el avance del narcotráfico en el país, éste ya se había insertado en la vida política, y aunque algunos lo miraron con espanto, muchos otros se aprovecharon a través de los sobornos y los pagos en negro que financiaban a sus partidos. En el caso del gobierno conservador de Belisario Betancur (1982-1986) —quien vio en el narcotráfico una auténtica amenaza para el Estado—, se trató de extraditar a los Estados Unidos a los principales capos de la droga, pero estos respondieron con mayor violencia, secuestros y asesinatos de altos cargos, entre ellos, el del Ministro de Justicia, Rodrigo Lara Bonilla.

Esta amalgama de factores (guerrilla, narcotráfico, corrupción política, redes clientelares) continuaron hasta la turbulenta presidencia del liberal César Augusto Gaviria (1990-1994), quien se encontró ante un panorama desolador de la política colombiana, debido en parte a al asesinato del candidato liberal Luis Carlos Galán Sarmiento. A partir de este punto, los cambios llevados a cabo en las normas legales del país, así como la renovación del sistema de partidos se convierten en un cuarto factor que debemos tener en cuenta.

Durante su mandato, Gaviria formalizó la convocatoria de una Asamblea Constituyente, dando lugar a la Constitución de 1991, que marcará un punto de inflexión en la evolución del país y de las élites que lo dirigen. Peña Contreras (2007) alega que la Constitución de 1991 supuso la apertura de un nuevo escenario de expresión gracias a que sectores tradicionalmente excluidos como las comunidades indígenas, los grupos religiosos no católicos y algunos sectores de izquierda participaron del pacto político. En su opinión, a diferencia del pacto de 1958, que fue exclusivamente entre las élites, éste cuenta con un carácter más amplio y nacional²⁰.

En su comienzo, la Asamblea Nacional Constituyente parecía sumamente alentadora en cuanto a que pretendía modernizar la vida política e institucional del país a través del reconocimiento de nuevos derechos individuales, sociales, económicos, culturales y ambientales, así como con la introducción de nuevos órganos de justicia (Fiscalía General de la Nación y la Defensoría del Pueblo), la limitación de los poderes presidenciales el establecimiento de nuevas formas de participación política como el referéndum, la consulta popular o la revocatoria de mandato. Asimismo, la coyuntura en el plano político fue clara. La aparición de nuevas fuerzas sociales, como fue el caso de Alianza Democrática, parecía poner entre las cuerdas al tradicional sistema bipartidista²¹; sin embargo, para Peña Contreras, “estas expectativas se han visto frustradas en la medida que las viejas formas de ejercicio de la política permanecen, la emergencia de movimientos políticos (...) y los bajos niveles de institucionalización se convierten en fuertes obstáculos para la democracia” (2007, p.206).

Junto al proceso constitucional de 1991 hay al menos otro cambio que debemos mencionar y que alude a la reforma política del año 2003, correspondiente al primer gobierno de Álvaro Uribe Vélez (2002-2006), quien se había presentado como un candidato independiente y antipolítico. Medellín y Tarquino (2007) consideran que con esta reforma el *statu quo* de las prácticas electorales no cambió y que una de las causas que favoreció a las grandes familias y élites locales fue la introducción del voto preferente, pues reforzó las prácticas clientelares y el cacicazgo en los territorios, donde cada candidato, para asegurar su propia elección, debía

²⁰ Por el contrario, otros autores como Medellín (2006) consideran que realmente la Constitución de 1991 no supuso un verdadero cambio democrático, ya que sirvió para reproducir el régimen que ha mantenido a la élite colombiana en el ejercicio del poder. Entre sus argumentos, el autor alega que la ampliación de facultades gubernamentales del presidente, como, por ejemplo, la definición de la estructura del ejecutivo no ha hecho más que facilitar el acceso a otros miembros de la red (en especial, familiares y amigos).

²¹ Al mismo tiempo que comenzaban a difuminarse los principales partidos tradicionales comenzaron a emerger durante estos años muchos otros dentro de la escena política, adoptando un cariz más personalista (Peña Contreras, 2007).

de asegurarse un número necesario de votos en su espacio geográfico y por ello se reforzaron las relaciones de clientela con gobiernos regionales o locales.

De este modo, Medellín y Tarquino muestran cómo las elecciones del año 2006 se mantuvo el 70% de la composición del Congreso respecto al mandato anterior de Uribe, puesto que la entrada de nuevos congresistas se vio dificultada al no poder competir con individuos que ya tenían bien amarradas sus clientelas políticas, tenían una mayor experiencia parlamentaria y conocían “los códigos y las convenciones que se manejan en la gestión legislativa y saben cómo convivir en esa cultura” (2007, p.20); repitiéndose las prácticas que en un principio se había permitido erradicar con la reforma, ya que se “terminó por favorecer las lealtades hacia los amigos más cercanos y no las lealtades hacia los partidos políticos” (2007, p.19).

En esta línea, Pardo (2013) considera que el relevo por parte de Juan Manuel Santos respecto del anterior presidente, Álvaro Uribe, presenta más elementos de continuidad que de cambio, a pesar de que algunas políticas llevadas a cabo por el nuevo mandatario —empezando por las negociaciones secretas con las FARC— parecían apuntar a un cambio radical en el Ejecutivo.

La autora piensa que uno de los elementos de continuidad puede apreciarse en la formación del gobierno de Santos, quien incluyó a miembros provenientes de familias que tradicionalmente han estado ligadas al poder político en Colombia, así como a ciertas amistades muy cercanas²². Del mismo modo, al igual que lo fueron otros presidentes, Pardo alega que el propio Santos proviene de una familia tradicionalmente ligada a la vida política y empresarial colombiana.

En su estudio, Pardo (2013) rastrea las interconexiones de cuatro familias: los Santos, los Holguín, los Pumarejo y los Lleras. Se demuestra que entre éstas existen vínculos de parentesco que se remontan a mediados del pasado siglo XX y, lo más relevante, se ha producido una relación de intereses de modo que cuando uno de estos miembros llegaba al poder servía de trampolín para alzar a otro miembro de la familia de la red hacia un puesto importante en el Gobierno.

Ahora bien, una vez repasados los acontecimientos más importantes desde la década de los ochenta hasta la actualidad, cabe señalar algunos estudios complementarios recientes que

²² Aunque existen indicios de que las redes de parentesco entre las élites y su relación con la vida política en el ámbito nacional estuvieron presentes desde la segunda mitad del siglo XIX, el estudio de Echeverri (1996) confirma que la estrategia de incluir a familiares y amigos en la conformación del Gobierno comenzó a hacerse más notorio desde mediados del siglo XX.

pueden dar luz a nuestro tema de investigación. Si bien hemos podido revisar varios trabajos que tocan de manera muy sutil aquello relacionado con estudio de las élites, las familias oligarcas y las redes de poder, los trabajos que presentamos ahora han tratado de hacer un mayor énfasis en este tema.

En relación a las élites económicas, el economista Julio Silva Colmenares ya había señalado que la concentración de riqueza y de tierras en muy pocas manos era un fenómeno intrínseco de la sociedad colombiana. En su trabajo, *Los verdaderos dueños del país: oligarquía y monopolios en Colombia* (1977), el autor defendía que un pequeño número de grupos (entre ocho o diez) — los cuales se identifican con un círculo cerrado de familias colombianas— han controlado la sociedad colombiana desde hace décadas, y si bien el balance de poder entre ellos ha ido cambiando, el fenómeno ha seguido siendo el mismo con el paso de los años.

En una entrevista en 2014²³, Silva Colmenares seguía reconociendo la presencia de estos grupos, alegando que la existencia de oligopolios en el país se debe a un capitalismo tardío, pues la apertura del país al exterior ha sido tímida y lenta. Además, estos grupos empresariales han complicado la entrada de nuevos competidores en el país a pesar de que la apertura comercial vivida a partir de los años ochenta sí ha dado lugar a un proceso de transnacionalización de empresas colombianas hacia el exterior. Colmenares opina que estos grupos se han visto beneficiados por la protección que el Estado les ha brindado en materia legal y política gracias a que estos han financiado las principales campañas electorales de los partidos.

En esta línea, el trabajo de Dávila (2015) demuestra cómo de los 45 presidentes de la República que ha tenido Colombia en el periodo 1850-2010, diez de ellos han sido miembros de seis de las familias empresarias que tienen al menos cien años de presencia dentro del país, lo que demuestra cómo varios grupos han logrado alcanzar un poderoso estatus político y económico a lo largo de los años.

Sin embargo, el autor matiza que, a día de hoy, las familias presidenciales no son las propietarias de las mayores empresas del país²⁴, ya que desde mediados de la década de los setenta han aparecido y se han consolidado nuevos espacios de inversión que responden al

²³ Disponible en: <https://www.hispantv.com/showepisode/entre-lineas/entre-lineas---las-familias-de-la-economia-colombiana/32680> (Consultado 12/03/2018).

²⁴ Nos referimos al Grupo Aval S.A, de Sarmiento Angulo; Valorem, de Santo Domingo; la Organización Ardila Lülle, de Carlos Ardila Lülle y Bavaria, de Augusto López Valencia. En este caso, los propietarios de los grandes grupos económicos no provienen de las grandes familias políticas del país; sin embargo, su actividad en el país ha incidido en los grandes temas nacionales.

fenómeno de la globalización, lo que ha permitido el surgimiento de nuevos grupos proactivos con mayor poder económico y una mayor diversificación en sus inversiones. A su vez, esto ha provocado que las redes familiares tradicionales se hayan tenido que amoldar a dicho proceso y es por ello que a partir de los años 80 éstas han empezado a adquirir un carácter más transnacional.

A pesar de ello, en la actualidad siguen existiendo nexos evidentes entre el empresariado, la política y el Estado, lo cual demuestra la existencia de una élite muy influyente en la vida del país que ha logrado perpetuar una alta concentración de poder económico y político con el paso de los años. Concretamente, Dávila analiza seis familias que cumplen con estos requisitos: los Ospina, López, Santos, Reyes, Restrepo y Samper tienen al menos cien años de figuración en el país y, además, lograron tener al menos a uno de sus miembros en la Jefatura de Estado, manteniendo un gran poder económico y empresarial.

Su conclusión es que, tanto en las familias presidenciales como en los grandes grupos económicos familiares, “las redes sociales (de casamiento, parentesco, escuelas y universidades de élite, profesionales, clubes sociales, identidades regionales, colonias de inmigrantes, etc.) siguen desempeñando un papel crucial” (Dávila, 2015, p.287).

Ahora bien, en el plano político, debemos destacar el trabajo en versión digital de Caballero (2017) llamado *Historia de Colombia y sus oligarquías (1498-2017)*. En él, el autor esgrime un repaso de la historia de Colombia desde la etapa colonial hasta nuestros días, recalcando los momentos más importantes en la vida política, económica y social del país para así desentrañar las causas que han conformado la identidad del pueblo colombiano. Se trata de una mirada subjetiva —aunque muy bien documentada— de la historia colombiana, la cual el autor aborda desde un punto de vista humorístico-satírico, con fines a la divulgación, logrando una lectura amena y sencilla, a pesar de la complejidad del tema.

Entre sus ideas, Caballero apunta que la persistencia de las mismas familias en los puestos de poder a lo largo de los años es un factor inherente de la política del país y, aunque no ocurre de igual forma en el poder económico, las relaciones entre ambos mundos son más que evidentes: aunque el autor recalca que no son las mismas familias las que han persistido en el poder político desde la Independencia hasta la actualidad —e insiste en que tanto los presidentes como otras figuras de especial relevancia no provienen de una élite monolítica—, admite que las formas se han repetido a lo largo de los años; es decir, que ese “espíritu” de que sean varias familias las que se mantengan en el poder —a pesar de que éstas se adaptan

a los cambios de la sociedad, se fusionen con otras familias, o finalmente, terminen siendo sustituidas por otras—, es un fenómeno intrínseco de la sociedad colombiana.

En la presentación de su libro, Antonio Caballero compartió algunas ideas con el historiador y periodista colombiano Jorge Orlando Melo, apuntando otra cuestión que nos parece muy relevante: algunas de estas familias son propietarias de los medios de comunicación más importantes, y, de hecho, desde las últimas décadas varios de sus miembros han dedicado su vida a otros oficios tales como el periodismo y no tanto al ámbito empresarial o político como en el pasado²⁵.

Por otro lado, en su obra *La transgresión moral de las élites y el sometimiento de los estados. Cooptación o democracia* Revéz (2016) habla de la corrupción, captura y cooptación del Estado por parte de pequeños grupos familiares que se han traspasado el poder a lo largo de los años. Entre sus argumentos, el autor destaca cómo distintos mecanismos de corrupción²⁶ habrían servido para que las élites hayan conseguido controlar el Estado en su beneficio, desde el surgimiento de las políticas neoliberales hasta nuestros días.

Además, Revéz indica que existe evidencia notoria acerca de que en los últimos veinte años varios hijos de ex presidentes han sido candidatos a ocupar el mismo cargo o, al menos, se han alzado en puestos relevantes como ministros, congresistas o senadores. En su opinión, lo relevante es que estos candidatos parten con ventaja al haber heredado un apellido que les hace ser reconocidos por la sociedad, así como una clientela política que les asegura el apoyo necesario para triunfar. El autor también señala que estos vínculos familiares no se orientan solamente hacia la vida política, sino que algunos de ellos también tienen relación con grandes empresas del país; cuestión que también comparten otros autores, como acabamos de ver.

Por último, aunque no es menos usual en la literatura, también existen opiniones contrarias a la perpetuación de las élites familiares como la de Bushnell, quien considera que “la imagen de Colombia como país controlado desde sus inicios por una reducida oligarquía o élite es bastante exagerada, aunque se acepta corrientemente incluso en el medio colombiano” (1996, p.385).

²⁵ Disponible en: <https://www.youtube.com/watch?v=C2TGuvV3UPU> (Consultado 10/04/2018).

²⁶ Revéz (2016) alude a siete tipos de corrupción presentes en el poder político y económico que ha facilitado a las élites la captura y cooptación del Estado. De este modo, la corrupción estaría presente en el sistema político, la justicia, el narcotráfico, la contratación público privada, la contratación privada transnacional, el sector de la salud y en la manipulación de la información privilegiada.

En su opinión, el autor considera que a pesar de que Colombia es un país eminentemente conservador y temeroso de lo nuevo, los grupos dominantes han variado en los últimos cincuenta años y se han mostrado muy abiertos, tanto en el gobierno como en el sector privado; sin embargo, para él la clave estaría en que su posición nunca ha sido desafiada, es decir, que al no haberse producido revueltas sociales que hayan cuestionado su posición, la oligarquía ha podido mantenerse en el poder con relativa tranquilidad durante el paso de los años.

III. DISEÑO DE INVESTIGACIÓN Y METODOLOGÍA

Una vez expuestas nuestras hipótesis de trabajo, definidos los conceptos que consideramos más importantes y hecho un repaso de la literatura que mejor se aproxima a nuestro tema de estudio, presentamos a continuación nuestra metodología de trabajo. Como bien indica Langué (1993), en los últimos años la historiografía ha comenzado a servirse cada vez más de métodos de trabajo tales como la prosopografía y la investigación a través de genealogías sociales, las cuales se basan en el rastreo de biografías colectivas que delatan la construcción de redes de sociabilidad y sus formas en determinadas sociedades. Es por ello que creemos conveniente hacer uso de dicha metodología para tratar de dar respuesta a nuestro problema de investigación.

Por una parte, debemos señalar que el método prosopográfico se basa en identificar a un grupo de individuos para después recopilar información acerca de sus datos personales, estatuto social, intereses económicos, actividades administrativas o políticas, así como las estructuras de parentesco y relaciones personales que mantienen entre ellos. Sin embargo, si bien los datos recogidos pertenecen a individuos particulares, lo relevante del estudio no son estos, sino el propio grupo que conforman, su funcionamiento, evolución y adaptación a los cambios.

A pesar de que la aplicación de esta herramienta ha sido comúnmente empleada a la hora de estudiar élites —pues son más fácilmente identificables que otros grupos sociales (Villa, 1994)—, Balmori Voss y Wortman ya habían señalado la dificultad de trabajar con la familia como unidad de análisis, debido a que en el análisis histórico las familias no funcionan bien como unidades básicas de trabajo, pues “no se prestan al acostumbrado estudio biográfico, ni al más reciente análisis estructural o de grupo, sus actividades se ubican en algún punto intermedio entre la acción individual y la acción colectiva” (1994, p.13).

Teniendo esto en cuenta, vamos a analizar el desarrollo y la adaptación de las élites familiares durante los últimos años a través del estudio de individuos concretos: no analizamos la familia como un “todo”²⁷, sino que la fragmentamos para después hacer una síntesis más adecuada de su funcionamiento. Por otro lado, si bien es cierto que los resultados parten de

²⁷ Una cuestión señalada por la literatura (Carasa, 1994), es precisamente que este método se limita a estudiar el grupo como un todo, lo cual hace olvidar que los actores que lo conforman actúan simultáneamente en varias esferas, saliendo de ese círculo cerrado que estudia la prosopografía. Por ello, comúnmente este tipo de estudios se completa con los análisis de redes sociales.

individuos concretos que desarrollan su actuación utilizando la familia como punto de referencia, también es cierto que estos actúan a razón de intereses personales, entablando vínculos con otros actores que se encuentran alejados del círculo familiar y de la red a la que pertenecen.

Ahora bien, uno de los problemas fundamentales de la prosopografía es saber cuáles son los actores sociales que debemos analizar (Carasa, 1994). A este respecto, Langue (1993) indica que para el estudio de las élites familiares suelen emplearse criterios como el nivel de riqueza, el ámbito de actuación (nivel nacional), la inscripción de los miembros a una estructura de larga duración que demuestre la preservación del estatuto social —normalmente, abarcando al menos tres generaciones—, así como la ocupación de distintos cargos de poder, ya sea en el ámbito político o económico.

Por su parte, el estudio de las redes sociales es una herramienta de investigación que ha comenzado a ser muy utilizada en las últimas décadas, y que, si bien ha sido comúnmente empleada en la Sociología y la Antropología, tiene todavía pocas aplicaciones en la Historia (Imízcoz, 2009). El análisis de redes estudia las estructuras relacionales que surgen entre un grupo de individuos cuando estos interactúan por motivos de parentesco, amistad, patronazgo, vecindad, etcétera²⁸.

Este tipo de estudios, aplicados frecuentemente a las élites, parten de la observación de las relaciones efectivas entre actores sociales individuales para así reconstruir sus agrupaciones, pudiendo vislumbrar cuáles son las dinámicas económicas, sociales, políticas y culturales que producen con su actuar (Imízcoz, 2009). Sin embargo, hay una cuestión que se debe de tener en cuenta: la elección de estos individuos se inicia a partir de la investigación de relaciones concretas entre las unidades de análisis; es decir: la elección de los casos no se basa en el hecho de que compartan determinados atributos, como la profesión, el género, o el nivel de estudios (Degenne y Forsé, 1994).

El análisis de redes sugiere entonces el método inductivo, pues se evita atribuir las acciones de los individuos a categorías predeterminadas por el propio investigador y, más bien, las categorías se construyen en el curso del análisis. Sin embargo, esto no está reñido con el análisis clasificatorio a través de atributos, puesto que está demostrado que personas que

²⁸ Como indica Sanz Menéndez, “los elementos básicos que definen una red son esencialmente dos: los actores que establecen las relaciones entre sí, y estas relaciones; los primeros son representados por puntos en la red o nodos y los segundos por líneas” (2003, p.25).

comparten un determinado nivel económico, de estatus o de poder tienden a relacionarse y a tejer redes entre sí (Degenne y Forse, 1994).

Por decirlo de algún modo, si bien el método prosopográfico se queda anclado al estudio del grupo como tal, el análisis de redes intenta ir más allá, analizando los vínculos que establecen los miembros de un grupo con los de otro. Puesto que el análisis de redes busca los vínculos existentes entre las unidades de estudio, nos parece pertinente evaluar en primer lugar cuáles son las características de lo que nosotros hemos llamado en este trabajo “élites familiares”; entonces, mediante el método prosopográfico veremos las características de estas familias como grupos cerrados para ver cuáles son los patrones comunes que se repiten, mientras que a través del análisis de redes veremos qué relaciones existen entre estos miembros. Creemos que ambos métodos pueden reforzar nuestro trabajo, ya que así podemos conocer de primera mano tanto los atributos compartidos por los miembros de la red como las relaciones entre los mismos.

Nuestra selección de casos se ha basado en el rastreo tanto de las grandes familias que son identificadas por la literatura, los medios de comunicación y la opinión pública, como de las élites familiares que gozan de gran poder en el país y que están presentes en las estructuras estatales. En cuanto a la literatura, nos basamos en las mismas referencias bibliográficas que hemos empleado en este trabajo; en cuanto a los medios de comunicación, hemos revisado algunas noticias periodísticas que han tratado el tema (en especial los principales periódicos del país, como *El Espectador* y *El Tiempo*); y en relación a la opinión pública, decidimos repasar algunos blogs y artículos de opinión en línea para ver qué familias eran las más referenciadas. Creemos que la selección de las unidades de análisis es pertinente, ya que hemos evitado escoger nuestros casos de estudio a través de las variables dependientes, que, en este caso, serían los atributos que nosotros queremos cotejar a continuación para ver qué rasgos comunes comparten estas familias.

Nuestro análisis nos indica que existen al menos siete familias que son nombradas de forma permanente por la literatura, los medios de comunicación y la opinión pública como élites familiares: los Ospina, los Lleras, los López, los Pastrana, los Gaviria, los Uribe y los Santos (ver Anexo 1). Igualmente, aunque con menor frecuencia, existen otros apellidos que también son nombrados ocasionalmente por estas fuentes: Samper, Restrepo, Galán, Holguín, Peñalosa, Rojas, Lara, Valencia, Caro, Mosquera, Gómez y Caballero. Nosotros trabajaremos solamente con las familias que consideramos que tienen un mayor peso en la vida política y económica del país, pues nuestro objetivo parte del análisis de las principales

élites familiares²⁹. Creemos que el resto de familias podrían tener un papel secundario y orbitarían en torno a las primeras, sin embargo, creemos que su análisis y relación con éstas debería ser incluido en un trabajo posterior que abarque unos objetivos más amplios que los que nosotros nos hemos planteado.

Ahora bien, como sabemos, uno de los problemas a la hora de estudiar élites es conocer qué fuentes de información podremos utilizar. Puesto que vamos a trabajar con fuentes secundarias, nos parece pertinente señalar de dónde vamos a extraer la información que utilizaremos para el estudio de las élites familiares:

- Literatura revisada durante este trabajo y citada al final del mismo.
- Páginas web que recogen los árboles genealógicos de las familias en Colombia³⁰.
- Artículos de prensa de periódicos nacionales como *El Tiempo*, *El Espectador*, *Semana* o *La República*; de ámbito regional, como *El Colombiano*, y periódicos en línea, como *Las2orillas*.
- Proyecto Elites Parlamentarias Latinoamericanas (PELA), del Instituto de Iberoamérica, Universidad de Salamanca³¹.
- Fuentes proporcionadas por la plataforma Actuemos (movimiento social que denuncia la perpetuación de las élites familiares en Colombia y con el que hemos podido contactar)³².

Ahora bien, el estudio prosopográfico de las élites familiares clasificará a los miembros que hayan tenido incidencia en la vida política, económica y social del país desde los años ochenta hasta la actualidad, tratando de abarcar al menos tres generaciones, con base en las siguientes categorías:

- Campo de actividad u ocupación principal.

²⁹ Como vimos en la discusión conceptual, la literatura tiende a diferenciar entre familias primarias y secundarias, distinguiendo así dos niveles de análisis. Nuestro trabajo se ocupará de estudiar sólo a aquellas familias dominantes situadas en la cúspide del poder, sin olvidar la existencia de otros grandes grupos familiares que orbitarían entre éstas estableciendo distintos tipos de relaciones.

³⁰ Conocemos tres páginas que han trabajado estas cronologías: <http://www.genealogiacolombiana.com/> (recoge información sobre presidentes de la República, personajes ilustres y grandes empresarios); <https://es.geneanet.org/> (biblioteca que recopila árboles genealógicos de distintas familias reconocidas en la vida de Colombia) y <http://www.genealogiasdecolombia.co/Default.aspx> (también incluye información sobre personajes relevantes de la vida política, económica y social de Colombia y las genealogías de algunos apellidos concretos).

³¹ La base de datos del proyecto Elites Parlamentarias Latinoamericanas (PELA), dirigido por Manuel Alcántara desde 1994 hasta la actualidad, recoge las actitudes, opiniones y valores de los diputados en América Latina a lo largo de estos años. Desde esta base podemos ver los nombres de los diputados colombianos y comprobar si existen o no lazos de parentesco respecto a los miembros de las élites familiares que estudiamos.

³² Asimismo, el equipo “Actuemos” nos ha permitido el uso de algunos mapas de poder que contienen información relevante sobre algunas de estas familias y su actividad a través de la estrategia de redes de parentesco. Parte de su información está disponible en: <https://davidracerom.wordpress.com/>

- Educación y nivel de estudios (p. ej. *alma máter*, formación en el extranjero, etcétera).
- Lugar de residencia.
- Relación matrimonial (cónyuge).
- Descendencia (número de hijos/as).
- Relación con la política estatal y el aparato gubernamental.
- Relación con la economía y/o el mundo empresarial.

IV. ANÁLISIS DE LAS ÉLITES FAMILIARES A TRAVÉS DE LA PROSOPOGRAFÍA Y EL ESTUDIO DE REDES

IV.1. Análisis prosopográfico por familias

Para llevar a cabo el análisis prosopográfico hemos rastreado y recopilado la información biográfica de un total de 213 individuos: 51 miembros de los Ospina; 32 de los Lleras; 21 de los López; 25 de los Pastrana; 34 de los Gaviria; 13 de los Uribe y 37 de los Santos. Como mencionábamos, cada miembro ha sido clasificado en función de siete categorías: campo de actividad, nivel educativo, lugar de residencia, relación matrimonial, número de hijos, relación con la política y relación con la economía y/o el mundo empresarial³³.

La dificultad para acceder a las fuentes y recopilar información bibliográfica de algunos de los miembros —bien porque no han sido considerados como relevantes por las fuentes empleadas, o bien porque, aun siéndolo, las fuentes no reúnen toda la información necesaria que pretendíamos recabar—, así como el alto número de familiares comprendidos en las tres generaciones estudiadas, ha limitado la exhaustividad del trabajo. Para tratar de acotar el número de casos de estudio hemos decidido rastrear a los miembros familiares a través de la rama genealógica del último miembro de la familia que haya alcanzado la Presidencia³⁴, siendo esta una característica coincidente en las siete familias estudiadas. Además, para concretar aún más, sólo hemos seguido las líneas genealógicas a través de los varones —a pesar de que en el análisis tenemos en cuenta tanto a hombres como mujeres—, ya que de esta manera los descendientes conservan el apellido con el paso de las generaciones.

A pesar de todo, creemos que la investigación realizada y la recopilación de datos ha sido suficiente para poner de manifiesto algunas características de las élites familiares en Colombia y para explicar cómo se han adaptado las redes familiares a partir de los años ochenta hasta la actualidad. De forma somera analizamos también cómo los factores previamente mencionados han podido afectar a este proceso, tratando de contestar así a las dos primeras hipótesis formuladas.

³³ Si bien en la categoría “campo de actividad” señalamos la ocupación del miembro seleccionado de manera más abstracta, como por ejemplo indicando si es “político” o “empresario”, en las categorías “relación con la política” y “relación con el mundo empresarial” concretamos mejor la ocupación que desempeña apuntando si es “diputado”, “senador”, “director periódico”, etcétera.

³⁴ Si bien algunas familias sólo han tenido un miembro que ha logrado alcanzar la Presidencia, otras como los Ospina han tenido a tres miembros en este cargo a lo largo de la historia colombiana. Nosotros hemos decidido rastrear los individuos a partir de la rama genealógica del último miembro que ha desempeñado esta labor para concretar mejor el análisis de nuestra investigación.

En líneas generales, los miembros de la primera generación son personas nacidas a partir de la década de los años veinte y cuya actividad ha logrado desarrollarse durante gran parte del siglo XX hasta aproximadamente finales de los años ochenta y primeros de los noventa. La segunda generación es la más importante, ya que la mayoría de estos miembros, nacidos a mediados del siglo pasado, han tenido una gran incidencia a partir de la década de los ochenta y han experimentado de lleno los cambios contextuales que comentábamos. Por último, la tercera generación comprende a miembros nacidos aproximadamente a partir de la década de los ochenta que recientemente han comenzado a tener un peso en la vida política y económica del país; es a partir de esta generación donde mejor comienzan a apreciarse algunos cambios en la adaptación de las élites familiares.

1. Los Ospina

La primera de estas familias de abolengo estudiadas ha sido los Ospina (ver Anexo 2), cuyos orígenes se remontan a principios del siglo XVIII, siendo posiblemente una de las familias más antiguas y con mayor tradición en el país, al haber situado a lo largo de su historia a tres presidentes en la Casa de Nariño: Mariano Ospina Rodríguez (1857-1861), Pedro Nel Ospina (1922-1926) y Mariano Ospina Pérez (1946-1950) (Ramírez, 1996). Si bien pareciera que sus componentes se han asentado históricamente en el departamento de Cundinamarca y en el Distrito Capital de Bogotá, —de hecho, parte de los miembros que hemos analizado son oriundos de Santa Fe de Bogotá—, algunos miembros de las últimas generaciones que hemos podido rastrear han tendido a situar su residencia familiar en el departamento de Antioquia, y más concretamente, en Medellín.

La primera generación —tomando como punto de partida a los hijos del expresidente Mariano Ospina Pérez, Director General de la Federación Nacional de Cafeteros de 1930 a 1934 y presidente de la República de 1946 a 1950— se caracteriza por conformarse de individuos ligados a la vida política y periodística, con una orientación palpable hacia los negocios empresariales. Por ejemplo, algunos miembros como Mariano Ospina Hernández, quien desempeñaría varios cargos políticos como el de concejal, diputado y senador, e incluso el de embajador de Colombia en Alemania Federal, dirigió también algunas empresas relacionadas con el mundo del periodismo, como la Editorial El Globo S.A. (Castillo, 2018). Igualmente, su hermano Rodrigo Ospina Hernández destacó por ser el director y gerente del diario *La República*, primer medio periodístico especializado en información económica y financiera, con una importante tirada a nivel nacional.

Un dato muy interesante es que la formación académica de la mayoría de estos miembros se realizó en Estados Unidos, para después emprender el grueso de su actividad en Colombia. Por el contrario, encontramos que varios miembros de la segunda generación, a pesar de haberse formado en el país, tuvieron que instalarse en el exterior por problemas ligados al auge del narcotráfico: en el caso de la rama de los Ospina Baraya, los hijos del ya citado Mariano Ospina Hernández, se vieron obligados a emigrar al exterior y controlar desde allí sus negocios, como ocurrió con Juan Diego Ospina, quien tuvo que ser acogido por el programa de protección de testigos de justicia de los Estados Unidos tras las amenazas de muerte por parte del conocido capo de la droga Pablo Escobar Gaviria (Semana, 2006). Igualmente, se han detectado vínculos por parte de otros miembros de la familia con el narcotráfico: en la rama de los Ospina Álvarez, Juan Carlos Ospina Álvarez estuvo ligado íntimamente al Cartel de Medellín (El Herald, 2014).

Encontramos también algunos apuntes interesantes entre otros miembros de la segunda generación, ya que algunos destacaron en otras ramas alejadas de la vida política y económica y se inclinaron por el periodismo, la escritura y el arte (El Tiempo, 2004). Por ejemplo, en el caso de María Clara Ospina Hernández o Berta Olga Ospina Duque (hijas de Mariano Ospina Hernández y Fernando Ospina Hernández, respectivamente), ambas se distinguieron como reconocidas escritoras, aunque ciertamente, la primera también compaginó esta función con la vida política, llegando a ejercer el cargo de cónsul en Miami. Igualmente, también encontramos a otros descendientes que han continuado estrechamente ligados a la política, como Ángela Ospina de Nicholls, candidata al Senado por el Partido Conservador.

Desafortunadamente, en lo referente a los miembros de la tercera generación, muchos de ellos nacidos entre los años ochenta y noventa, apenas hemos encontrado información relevante que demuestre si han existido cambios importantes o no respecto a la generación anterior. No encontramos indicios de que sus miembros ocupen en la actualidad posiciones relevantes de poder en el ámbito político y económico, al menos, a nivel nacional.

2. Los Lleras

En segundo lugar, la familia Lleras (ver Anexo 3), de origen santafereño, ha contado históricamente con miembros destacados en la literatura, el arte, la ciencia, la economía, la medicina, la política y la economía. Una vez analizados los miembros de las últimas tres generaciones, podemos comprobar que estos comparten características similares en cuanto

al nivel de estudios, el tipo de actividad y su relación con el Estado. Además, cabe remarcar que el propio estudio prosopográfico revela importantes conexiones de parentela y clientelares con otra de las familias estudiadas: los Ospina.

En la primera generación, encontramos personajes como Carlos Alberto Lleras Restrepo, quien, tras ocupar diversos cargos políticos como el de Ministro de Hacienda, durante el mandato presidencial de Eduardo Santos Montejó (1938-194), y el de senador por Bogotá en dos ocasiones (1942-1949 y 1958-1966), ejercería la Presidencia de Colombia durante el periodo 1966-1970, repitiendo la misma dinámica de las élites familiares que hemos analizado: al menos, un miembro de la familia ha ocupado la Presidencia del país en las últimas tres generaciones. Al igual que otras figuras notables, desde temprana edad, Carlos Alberto Lleras Restrepo estuvo ligado al ámbito empresarial. Entre sus actividades, dirigió la rectoría del conocido Gimnasio Moderno, el tradicional colegio privado en el que se han educado y formado desde principios del siglo XX la élite bogotana.

En esta línea, otra figura relevante fue su hermana Isabel Lleras Restrepo, quien destacó como poetisa, publicando varias obras de reconocido prestigio (Ardila y Vizcaíno, 1998); además, continuó con la senda de los matrimonios entre élites familiares al casarse con el economista e historiador antioqueño Luis Ospina Vásquez, hijo del expresidente Pedro Nel Ospina Vásquez (1922-1926).

En la segunda generación, la ocupación de cargos de poder a nivel estatal sigue siendo patente. Carlos Lleras de la Fuente, hijo del expresidente Carlos Alberto Lleras Restrepo, destacó en las letras siendo director del periódico *El Espectador*, así como en la política, llegando a ser embajador de Colombia en Washington y precandidato a la Presidencia de la República por el Partido Liberal para las elecciones de 1994, que finalmente ganaría Ernesto Samper Pizano.

En la misma rama genealógica, Fernando Lleras de la Fuente se distanció del mundo político y empresarial —a pesar de haberse formado en la Facultad de Economía de la Universidad de Harvard y de haber iniciado posteriormente la carrera diplomática— para explotar su vena artística, destacando en la escritura, la composición musical, la pintura y el periodismo.

Otros miembros como Roberto Lleras Pérez, hijo de Enrique Lleras Restrepo han dedicado su vida al ámbito académico, pues éste se especializó en el área de la antropología, contando a sus espaldas con numerosas publicaciones e investigaciones además de haber sido docente

en diversas instituciones como la Universidad de los Andes, la Universidad Nacional y la Universidad Externado de Colombia.

En la tercera generación el apellido Lleras parece haberse vuelto aún más habitual en el ámbito político y económico. Clemencia Lleras de la Fuente, casada con el abogado y empresario Germán Vargas Espinosa tuvo dos hijos, el primero, Germán Vargas Lleras, que es el actual vicepresidente del Gobierno de Juan Manuel Santos Calderón y candidato a la Presidencia del Gobierno para las próximas elecciones de 2018, y el segundo, José Antonio Vargas Lleras, abogado y empresario, presidente de la compañía eléctrica *Codensa*, que en el ámbito político ha desempeñado cargos como el de embajador de Colombia ante la Unión Europea de Bruselas y el de Secretario General de la Presidencia durante el gobierno del ya citado Ernesto Samper Pizano.

En otra línea genealógica, encontramos a Carlos Lleras Figueroa, hijo de Carlos Lleras de la Fuente, reputado arquitecto bogotano y director general de la empresa arquitectónica Exacta Proyecto Total S.A. Sus hermanas son reconocidas en diversas áreas: Catalina Lleras Figueroa es la Secretaria General de la Universidad del Rosario (universidad privada afincada en Bogotá); Ana María Lleras Figueroa es coordinadora del Programa Mujeres Cafeteras de la Gerencia Técnica de la Federación Nacional de Cafeteros; y Cristina Lleras Figueroa ha destacado en el área artística, dirigiendo diversos proyectos sobre arte contemporáneo y ocupando la dirección del Museo Nacional de la Memoria en Bogotá.

3. Los López

En tercer lugar, debemos ocuparnos también de analizar la evolución de la familia López (ver Anexo 4) en las últimas décadas. Si bien desde sus inicios esta familia ha estado compuesta por artesanos y comerciantes de café, su evolución a lo largo del siglo XX los convertiría en una familia de renombre ligada a la política y la banca, proporcionando algunas de las figuras más eminentes que ha tenido el país en las últimas décadas (Alarcón, 2015b).

Como otras élites familiares, ha tenido al menos en la historia a un miembro de la familia como presidente. En su caso, la presidencia ha sido ocupada por dos miembros: Alfonso López Pumarejo (1934-1938) y su hijo Alfonso López Michelsen (1974-1978). Éste último es uno de los miembros más representativos de la primera generación, debido en parte a su importancia en la vida política del país, pues ha ocupado puestos como diputado (1960-1962) y senador por Bogotá (1962-1967), gobernador del departamento de Cesar (1967-1968),

ministro de Relaciones Exteriores (1968-1970) y finalmente, presidente de Colombia, cargo que ostentó tras las elecciones de 1974, y en las que curiosamente compitió con otros dos hijos de expresidentes: Álvaro Gómez Hurtado y María Eugenia Rojas. Además, en el ámbito económico, se dedicó como abogado a representar a los empresarios colombianos que mantenían acciones en la empresa holandesa *Hadel*, lo que más tarde generaría las acusaciones de que se había beneficiado de algunas transacciones económicas de esta empresa (Palacios Mejía, 2015).

En esta línea, también destacan otros miembros familiares como Pedro López Michelsen, quien se desempeñó tanto en la vida política (embajador de Colombia en Dinamarca) como en la económica (director del departamento de crédito del Banco de Colombia).

En la segunda generación, podemos encontrar también a otras figuras que han tenido una importancia relevante en el país y que se han convertido en miembros destacados, como es el caso de los descendientes de Alfonso López Michelsen. Por ejemplo, Alfonso López Caballero ocupó varios cargos a nivel político, desempeñándose como diputado (1986-1990), senador (1990), ministro de Interior (1998) y de Agricultura (1992-1993) durante los gobiernos de Ernesto Samper y César Gaviria, respectivamente; además de haber sido embajador en Francia, Canadá y Reino Unido. Su hermano, Felipe López Caballero es un reputado empresario y periodista colombiano, fundador de la conocida revista *Semana*, que actualmente está dirigida por Alejandro Santos Rubino, el hijo de Enrique Santos Calderón.

En otra de las ramas destaca Clara Eugenia López Obregón, hija de Álvaro López Holguín, que además desempeñar el cargo de alcaldesa de Bogotá sería designada por Juan Manuel Santos como ministra de Trabajo durante su gobierno, lo cual denota, como hemos visto en otros casos, un hecho importante: la estructura en red de estas familias permite que ciertos miembros puedan elevar a posiciones preeminentes a otros individuos de familias pertenecientes a la red, que más tarde actuarán del mismo, como si se tratase de una devolución de favores entre éstas, dando lugar a una relación abiertamente clientelar.

Igualmente, la conexión entre la política y el mundo de la banca ha seguido presente en esta segunda generación, lo cual se puede apreciar en otros miembros como María Mercedes Cuéllar López, hija de María Mercedes López Michelsen, graduada en economía por la Universidad de los Andes y magíster en Desarrollo Económico por la Universidad de Boston, quien fue la presidenta de la Asociación Bancaria y de Entidades Financieras de Colombia (Asobancaria) desde el año 2006 hasta el 2015. Además, ocupó la vicepresidencia de

Hacienda durante el gobierno de Belisario Betancur (1982-1986), asumió la dirección de la Planeación Nacional con Virgilio Barco (1986-1990) y, finalmente, desempeñó durante un año el cargo de ministra de Desarrollo Económico durante el mandato de César Gaviria (1990-1994).

En la tercera generación se aprecia cierta continuidad en cuanto al tipo de ocupación de los miembros y su peso en la vida política, económica y social del país. Tal es el caso de María López Castaño, hija de Felipe López Caballero, que ha continuado por la senda del periodismo y actualmente tiene un peso importante en la Fundación Semana, trabajando con comunidades situadas en zonas de posconflicto que se vieron perjudicadas por la violencia paramilitar.

4. Los Pastrana

La familia Pastrana (ver Anexo 5) también ha logrado tener un alto reconocimiento por parte de la sociedad y los medios de comunicación al haber influido fuertemente en la vida política y económica del país durante las últimas décadas. Si bien los primeros miembros reconocidos provienen del departamento de Huila, los descendientes más cercanos a nuestros días se han asentado en Bogotá, o han ejercido cargos de representación nacional en el exterior (embajadas y consulados).

Si nos remontamos a la primera generación, encontramos a miembros como Misael Pastrana Borrero, abogado por la Pontificia Universidad Javeriana, quien detentaría la presidencia del país durante el periodo 1970-1974 por el Partido Conservador. Antes, ocupó los ministerios de Fomento y de Hacienda durante el mandato de Alberto Lleras Camargo y posteriormente, el de Gobierno, con Carlos Lleras Restrepo, fruto del acuerdo del Frente Nacional. Su hermano mayor, Hernando Pastrana Borrero, fue embajador de Colombia en Argentina, donde desarrolló gran parte de su actividad.

Los descendientes de los Pastrana Borrero, que conformarían la segunda generación, han continuado una senda similar. El hijo del expresidente, Misael Pastrana Borrero, siguió el camino de su padre, formándose primero como abogado (Universidad del Rosario) y tras ocupar otros cargos políticos (alcalde de Bogotá y senador por Bogotá), terminaría ocupando la Presidencia durante el periodo 1998-2002. Como otros tantos, su ligazón a la vida periodística y de los medios de comunicación lo llevó a ser el fundador de la revista *Guión*, en la que manifestó su clara posición conservadora como columnista, y de la programadora

televisiva *Datos y Mensajes*, empresa de comunicaciones que se mantuvo durante 22 años en antena. Su oposición al narcotráfico, en un momento en el que la tensión entre los grandes capos de la droga, la guerrilla y el Gobierno había alcanzado puntos álgidos, propició su secuestro por parte del Cártel de Medellín cuando era candidato a la alcaldía de Bogotá.

Por otro lado, Juan Carlos Pastrana Arango, hermano del expresidente Andrés Pastrana, se consagró en el área periodística y empresarial ejerciendo el cargo de director del periódico *La Prensa* —desde el que se ejerció una férrea oposición al Partido Liberal. Estuvo casado con Cayetana Valencia Laserna, hermana de la senadora Paloma Valencia Laserna y nieta del expresidente Guillermo León Valencia, componentes de otra de las familias también señalada como parte de la élite por los medios de comunicación y la opinión pública (Semana, 2015). Por su parte, el otro hermano, Jaime Pastrana Arango, destacó como médico cirujano especializado en ginecología y obstetricia, además de ocupar el decanato de la Facultad de Medicina de la Universidad del Rosario.

Igualmente, los hijos de Hernando Pastrana Borrero también desempeñaron posiciones de poder privilegiadas. Su hijo Jorge Pastrana Gómez desempeñó el cargo de primer secretario en la embajada de Uruguay, mientras que Gustavo Enrique Pastrana Gómez ocupó un puesto como vicecónsul en el mismo país. Por otro lado, sus hijas María Victoria y Marta Eugenia Pastrana Gómez destacaron en el campo de la medicina.

Por último, los descendientes más recientes de la familia Pastrana, que componen la tercera generación de nuestro estudio han continuado por el mismo camino que las generaciones anteriores, aunque se han mantenido más discretos que sus coetáneos de otras familias. En cuanto a los hijos del expresidente Andrés Pastrana Arango, su único hijo varón, Santiago Pastrana Puyana —casado con la bisnieta del expresidente Mariano Ospina Pérez, Sabina Nicholls Ospina— se ha dedicado al sector privado y en la actualidad es militante del Partido Conservador; mientras que su hija mayor, Laura Pastrana Puyana, es una empresaria relacionada con el mundo de la moda, casada con el también empresario de origen israelí Josef Menahem.

5. Los Gaviria

En quinto lugar, el análisis prosopográfico que hemos realizado en torno a la familia Gaviria (ver Anexo 6) apunta a que tiene al menos una nota dominante que la hace distinguirse de las anteriores: si bien las fuentes genealógicas consultadas apuntan que el origen de sus

primeros miembros se remonta a mediados del siglo XVII, los individuos más notables de esta familia han comenzado a destacar en la escena política y económica en las últimas décadas; es decir, que no cuentan con una trayectoria tan laureada como, por ejemplo, la de los López o la de los Ospina. Sin embargo, la literatura, las fuentes periodísticas y la opinión pública coinciden en señalar que sí se trata de una auténtica élite familiar, tal y como se ha conceptualizado en este trabajo, y por eso decidimos incluirla.

La primera generación estudiada, que tendría sus orígenes durante las primeras décadas del siglo XX, no muestra la existencia de un número significativo de miembros destacados y reconocidos en áreas como la política, la economía, el periodismo, la medicina, la cultura, etcétera —que es donde tienden a resaltar los miembros de las otras familias analizadas. En el caso de Byron Gaviria Londoño, padre del expresidente César Augusto Gaviria Trujillo —que mencionaremos a continuación— fue un cafetero del departamento de Risaralda. Su hermano, Milton Gaviria Londoño, ocupó la alcaldía de la ciudad de Manizales, capital del departamento de Caldas; sin embargo, el resto de hermanos por esta rama genealógica no alcanzó ningún cargo prominente ni son reconocidos por las fuentes consultadas.

En la segunda generación, como decíamos, el miembro más reconocido ha sido sin duda César Augusto Gaviria Trujillo, quien, tras ocupar diversos cargos políticos como diputado, presidente de la Cámara de Representantes (1983-1984), o los Ministerios de Hacienda y de Gobierno durante el mandato de Virgilio Barco Vargas (1986-1990), ocuparía la Presidencia del país durante los años 1990-1994, sucediendo al candidato Luis Carlos Galán, otra de las víctimas que el narcotráfico se cobró durante estos años. Como otros tantos, estuvo ligado al ámbito periodístico, trabajó como columnista de *El Tiempo* y fue el director del periódico *La Tarde*.

La guerrilla y el narcotráfico golpearon con dureza tanto a su gobierno como a su familia, e incluso los efectos de la violencia en Colombia continuaron afectándole una vez hubo cesado de su cargo. Su hermano, el arquitecto Juan Carlos Gaviria, fue secuestrado en 1996 por un grupo narcoterrorista conocido como Jorge Eliecer Gaitán (JEGA), que copiaba el nombre del famoso candidato presidencial asesinado en 1949. Su hermana Liliana Gaviria Trujillo fue víctima mortal de las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (FARC) en 2006, debido a un tiroteo cuando intentaron secuestrarla. Por último, uno de sus primos, Fortunato Gaviria Botero, hijo de Milton Gaviria Londoño, que desempeñó el cargo de gobernador del departamento de Caldas y fue viceministro de Educación, también fue asesinado, hecho que se relacionó con el Cártel de Medellín (*El Tiempo*, 1991).

En la tercera generación, uno de los miembros más reconocidos es Simón Gaviria Muñoz, hijo del expresidente César Augusto Gaviria Trujillo, formado como economista en Estados Unidos (Universidad de Pensilvania y de Harvard), quien fue miembro de la Cámara de Representantes de 2006 a 2014 por Bogotá y Director Nacional de Planeación del gobierno de Juan Manuel Santos desde el 2014 hasta el 2017. Asimismo, su hermana, María Paz Gaviria Muñoz, historiadora del arte por la Universidad de Columbia, directora de la Feria Internacional de Arte de Bogotá, *ArtBo*, está casada con David Alejandro Barguil, miembro de la Cámara de Representantes por el departamento de Córdoba y expresidente del Partido Conservador.

6. Los Uribe

En sexto lugar, la familia Uribe (ver Anexo 7) tiene una diferencia fundamental con el resto de las familias aquí tratadas, ya que se considera que no forma parte de las élites tradicionales asentadas en las grandes ciudades capitales del país (en especial, Bogotá), sino que se trata de una élite familiar de ámbito regional que, a pesar de ostentar el poder en un área concreta a lo largo de las décadas, ha dado el salto al ámbito nacional con la llegada de Álvaro Uribe Vélez, quien ha supuesto un punto de quiebre en la lógica presidencial anterior (Sánchez Pedraza, 2014).

Como ocurrió con el análisis de la familia Gaviria, no encontramos miembros notables en la primera generación estudiada, a pesar de que las fuentes consultadas han considerado a esta familia como una de las de mayor importancia en el país en la actualidad. Como decíamos, el análisis apunta a que más bien se trata de una élite familiar que tradicionalmente ha estado ligada al ámbito regional, y que sólo en los últimos años ha dado un paso adelante hacia la esfera nacional: un claro ejemplo es que el padre del expresidente Álvaro Uribe Vélez, Alberto Uribe Sierra, fue un importante hacendado y ganadero antioqueño asesinado por las FARC en su hacienda de San Roque (Semana, 2015).

Es a partir de la segunda generación cuando se va a producir un cambio importante, tanto en el rumbo familiar como en la escena política nacional. La llegada al poder presidencial de Álvaro Uribe Vélez en el año 2002 —anteriormente alcalde de Medellín (1982), senador (1986-1994) y gobernador de Antioquía (1995-1997)—, fue gracias a una base de apoyo distinta a la de los anteriores gobiernos, compuesta por empresarios regionales y ganaderos,

lo cual va a suponer la ruptura del tradicional sistema bipartidista, y dará origen a una política más personalista que se antepone a los partidos políticos (Alvarado, 2018).

El gobierno de Álvaro Uribe Vélez ejerció una firme oposición tanto a los grupos guerrilleros como al narcotráfico a través de su conocida política de seguridad democrática, que inmiscuía a la población en la lucha, frente a la violencia que venía asolando al país desde hacía décadas. Esta política viene a reforzar la idea de que, desde los años ochenta, los gobiernos han oscilado en las formas de enfrentarse al conflicto armado, pasando de la negociación y pacificación de los grupos guerrilleros, en los tiempos de Pastrana, a la represión constante durante el mandato de Uribe y, de nuevo, la vuelta a las negociaciones durante los gobiernos de Juan Manuel Santos (Pachón, 2009). A nuestro juicio, estos bandazos en el rumbo de las políticas son un ejemplo claro de la fragmentación de las élites y de cómo tanto el narcotráfico como el terrorismo han marcado un punto de quiebre en el control del poder por parte de las élites familiares.

Tras este *impasse*, en relación al resto de familiares de esta generación, no encontramos ningún miembro con proyección a nivel nacional o que haya estado relacionado con la vida política, a excepción de Juan Gonzalo Mesa Uribe, primo del expresidente y director del partido Centro Democrático en Estados Unidos. Los hermanos Jaime y Santiago Uribe Vélez han estado alejados de la vida política y ambos mancharon la imagen familiar al haberse demostrado que mantenían estrechos vínculos con narcotraficantes (Laverde, 2013). Por otro lado, su hermanastro, Camilo Uribe Uribe, es un importante abogado y corredor de seguros casado con María Fátima Díaz Granados, perteneciente a una familia política oligárquica conservadora de Santa Marta, y sobrina de Sergio Díaz-Granados Guida, actual Ministro de Comercio, Industria y Turismo de Colombia.

En la tercera generación, cabe resaltar que los miembros más reconocidos son precisamente los hijos de Álvaro Uribe Vélez. Tomás Uribe Moreno, ingeniero químico por la Universidad de los Andes, y Jerónimo Uribe Moreno, economista por la misma universidad, han destacado en el mundo de los negocios, contando con varias sociedades a sus espaldas, aunque alejados del panorama político (Palacios Mejía, 2015).

7. Los Santos

Por último, la familia Santos (ver Anexo 8) es una familia de origen santandereano y boyacense, que en las últimas décadas se ha asentado principalmente en Bogotá, y que ha estado ligada, con notable influencia, a la política y al periodismo del país desde al menos principios del siglo XX (El Espectador, junio de 2010). La conjugación entre la vida política y la tenencia de los principales medios de comunicación del país (principalmente, los medios periodísticos), puede percibirse desde la primera generación analizada, a través de miembros como Enrique Santos Castillo (1917-2001) y su hermano Hernando Santos Castillo (1922-1999), abogados y periodistas que ocuparon la dirección y redacción del conocido periódico *El Tiempo*, herencia de su tío Eduardo Santos Montejó, quien fue Presidente de la República durante el periodo 1938-1942 y quien murió sin descendencia, pues su única hija falleció a temprana edad.

En cuanto a la segunda generación, podemos percibir cómo los hijos han seguido por esta misma senda; por ejemplo, Juan Manuel Santos, quien comenzó su vida pública a los 24 años en la Federación Nacional de Cafeteros, continuó la vía de otros miembros de la familia al alcanzar la Presidencia del Estado; su primo, Francisco Santos Calderón, ostentó la Vicepresidencia desde 2002 hasta 2010 de la mano de Álvaro Uribe Vélez. Igualmente, los hermanos del actual presidente —Enrique, Luis Fernando y Felipe— han estado muy ligados al periodismo: Enrique Santos Calderón es un periodista de reconocido prestigio que ostentó la dirección de *El Tiempo* de 1999 a 2009, y que ya a mediados de los años setenta había adquirido gran reconocimiento tras la fundación de la revista *Alternativa* junto a otros intelectuales de la talla de Gabriel García Márquez, Antonio Caballero u Orlando Fals Borda.

Igualmente, en la tercera generación hemos podido comprobar como los descendientes siguen ocupando posiciones relevantes de poder en el país. El nombre más sonado puede ser posiblemente el de Alejandro Santos Rubino, hijo del periodista Enrique Santos Calderón, que es el actual director de la *Revista Semana*, una de las más influyentes en materia política y económica de Colombia. Por otro lado, Gabriel Santos García, hijo del exvicepresidente Francisco Santos Calderón figuró en las listas a la Cámara de Representantes por Bogotá (2018) por el partido Centro Democrático.

Sin embargo, también pueden percibirse algunos cambios respecto a la segunda generación, ya que, por ejemplo, los descendientes de la dinastía de la familia Santos han tomado otras sendas apartadas de la vida política y el periodismo. En el caso de los hijos del actual presidente, Martín, María Antonia y Esteban, éstos se han formado en abogacía, neurociencia

y el estudio de las políticas públicas y la historia, respectivamente. Una de sus características es que su formación comienza en colegios y universidades privadas capitalinas, como el Colegio Anglo Colombiano y la Universidad de los Andes, pero es completada en el extranjero.

A priori, cabe destacar que no se trata de una familia que sea poseedora de grandes grupos empresariales, al margen de los periódicos *El Tiempo* —en el que han trabajado un total de 19 miembros de la familia— o la *Revista Semana*. De hecho, en la actualidad la familia no controla totalmente la dirección de *El Tiempo*, pues en el año 2007 se produciría la venta del 55% de las acciones a el Grupo Planeta (Semana, julio de 2007), cuya dirección ha sido ocupada desde el año 2009 por el periodista y empresario Roberto Pombo, casado con Juana Santos Calderón, una de las hermanas del exvicepresidente Francisco Santos Calderón y redactor de la revista *Alternativa*, fundada, como mencionábamos previamente, por el periodista Enrique Santos Calderón.

IV.2. Análisis de redes familiares

El análisis de redes familiares nos ha servido para ver qué tipo de vínculos existen entre las unidades de análisis con las que hemos podido trabajar y ha servido también para complementar el estudio prosopográfico, pudiendo ver de este modo cómo ha sido la adaptación de las redes familiares en el ejercicio del poder desde los años ochenta hasta la actualidad. Éste revela la existencia de vínculos de parentela y clientelismo a nivel político, entendido a través del otorgamiento de cargos políticos y la consecuente devolución de favores.

Ahora bien, debido a la dificultad de encontrar toda la información requerida para ello, no hemos podido reflejar otros tantos vínculos entre actores que hubiesen sido de especial importancia para nuestro estudio, pues, aunque hemos reflejado varias de las asociaciones de parentesco entre estas familias y la ocupación de cargos políticos, sería interesante ver otras cuestiones, tales como la devolución de favores por vínculos de amistad y las relaciones de negocios entre las unidades de análisis.

Además de reflejar algunas de las relaciones entre las élites familiares que hemos estudiado, hemos incluido los nexos de éstas con otras familias que las fuentes consultadas habían situado en un segundo plano —como los Holguín, los Samper, los Peñalosa o los Turbay—

, pero que a nuestro juicio sirven para vislumbrar mejor el complejo sistema de redes que estas familias mantienen entre sí. A continuación, mostramos algunos datos que nos parecen relevantes y que, sin ser exhaustivos, nos ayudan a completar nuestro estudio (ver Figura 1).

Comenzando por la familia Ospina —situada en el margen derecho del esquema— encontramos un nexo interesante entre esta familia y los Pastrana, a través de la bisnieta del expresidente Mariano Ospina Pérez (1946-1950), Sabina Nicholls Ospina —quien también fuera consejera presidencial de Programas Especiales de Álvaro Uribe—, casada con Santiago Pastrana Puyana, hijo del también expresidente Andrés Pastrana Arango (1998-2002), lo que emparenta a estas dos familias de abolengo. Igualmente, el sobrino de Santiago Pastrana Puyana, Juan Carlos Pastrana Arango, está casado con Cayetana Valencia Laserna, hermana de la conocida senadora Paloma Valencia; ambas, hijas de otro expresidente, Guillermo León Valencia. El hermano de ambas, Pedro Agustín Valencia Laserna, fue miembro de la Dirección Nacional de Inteligencia en el Gobierno de Juan Manuel Santos Calderón y candidato a la Alcaldía de Popayán en 2011 (El Pueblo Cali, 2014).

Por otro lado, también podemos observar cómo los Ospina mantienen lazos de parentela con la familia Lleras a través de Luis Ospina Vásquez, hijo del expresidente Pedro Nel Ospina (1922-1926), quien se casó en segundas nupcias con Isabel Lleras Restrepo, hermana del también expresidente Carlos Alberto Lleras Restrepo (1966-1970).

Al igual que otras familias, los Lleras han tejido relaciones con el mundo empresarial y político. Clemencia Lleras de la Fuente, hija del citado Carlos Alberto Lleras Restrepo, está casada con el abogado y empresario Germán Vargas Espinosa, y fruto de esta relación nace Germán Vargas Lleras, vicepresidente de Juan Manuel Santos Calderón (2014-2017) y actual candidato a la Presidencia del Gobierno.

En esta línea, un nexo interesante que podemos señalar es el los Lleras y los Peñalosa, familia que consideramos tiene una relevancia secundaria en el país. Enrique Peñalosa Camargo, es el padre del actual alcalde de Bogotá, Enrique Peñalosa Londoño, y a su vez, fue ministro de Agricultura de Carlos Alberto Lleras Restrepo, aunque durante sólo un año (1968-1969), pues tras su mala gestión al frente del Ministerio —donde benefició sólo a los grandes latifundistas— y tras incurrir en un delito de tráfico de influencias, se vio obligado a renunciar al cargo (Olarte, 2016).

La familia Gaviria también demuestra tener nexos con otras familias en el ámbito político. Por un lado, la hija del expresidente César Augusto Gaviria Trujillo; María Paz Gaviria

Muñoz, está casada con David Alejandro Barquil, diputado por el departamento de Córdoba y expresidente del Partido Conservador. Por otro lado, su hijo Simón Gaviria Muñoz es el actual Director Nacional de Planeación del gobierno de Juan Manuel Santos.

Por su parte, la familia Samper mantiene varios nexos con otras familias presidenciales. Partiendo de la figura de Ernesto Samper Pizano, quien fue el antecesor del presidente César Augusto Gaviria Trujillo durante los años 1994-1998, y más tarde se convirtió en ministro de Desarrollo Económico durante el mandato del propio Gaviria. Su hijo, Miguel Samper Strouss es el actual director de la Agencia Nacional de Tierras del gobierno de Juan Manuel Santos, la cual regula la legalización, repartición y los conflictos que puedan surgir en la tenencia de la tierra por parte del campesinado (Semana, 2018).

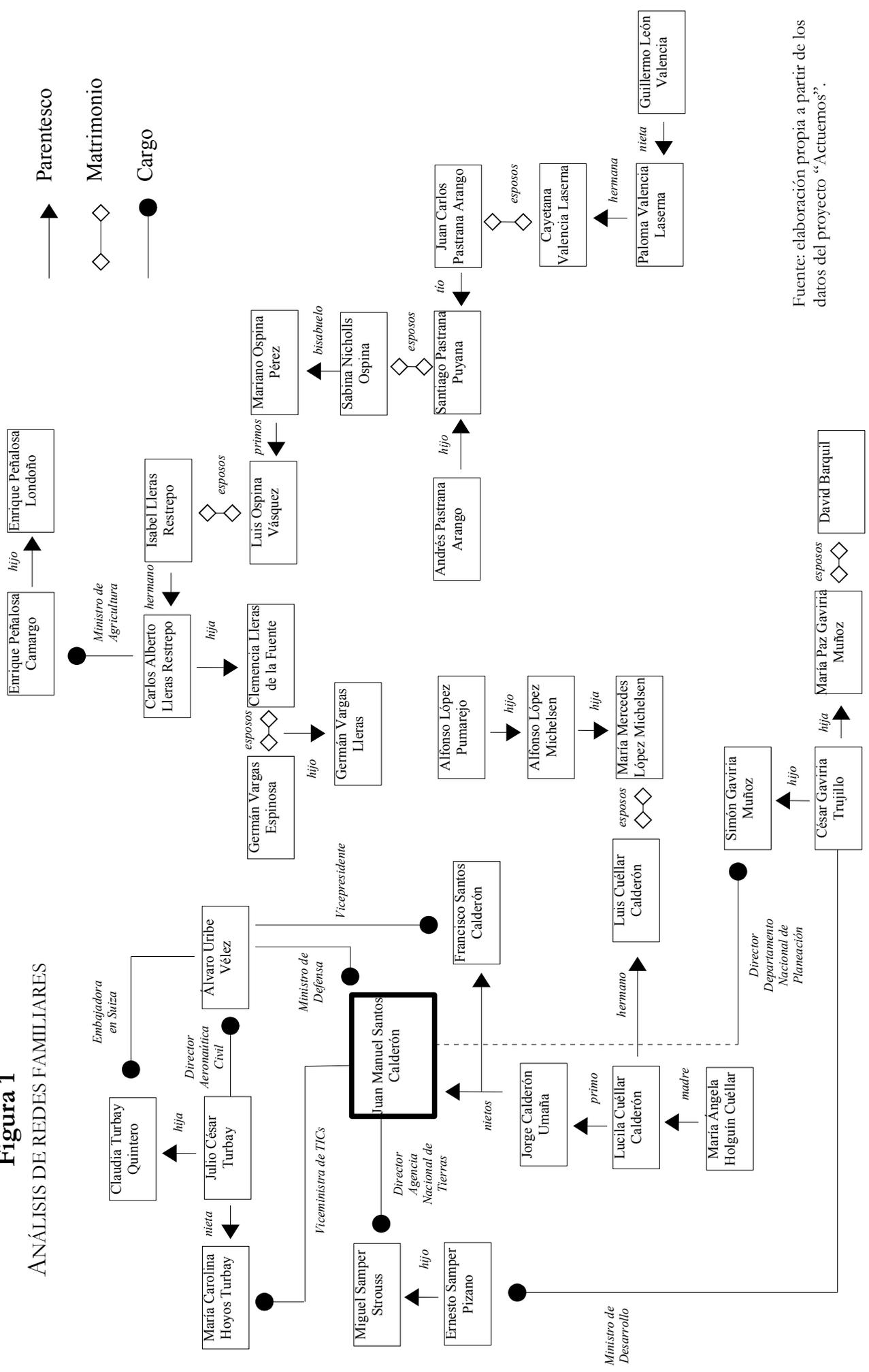
La familia Holguín, citada a menudo por la literatura como una familia con cierto peso político, también mantiene estrechas relaciones con otras élites familiares. María Ángela Holguín es hija de Lucila Cuéllar Calderón, prima de Jorge Calderón Umaña, que es el abuelo materno del actual presidente Juan Manuel Santos y del exvicepresidente Francisco Santos Calderón. De hecho, María Ángela Holguín es en la actualidad la ministra de Relaciones Exteriores del gobierno de Juan Manuel Santos. Por otro lado, su tío, Luis Cuéllar Calderón, se casó con María Mercedes López Michelsen, hija del expresidente Alfonso López Michelsen y nieta del también expresidente Alfonso López Pumarejo.

Para finalizar, también cabe señalar las relaciones entre las familias Uribe, Santos y Turbay, representadas en las dos últimas décadas por un miembro de su familia en la Presidencia del Gobierno. El actual presidente, Juan Manuel Santos, fue ministro de defensa durante el segundo gobierno de Álvaro Uribe Vélez (2006-2009), y éste mismo fue quien apoyó su candidatura presidencial.

En esta línea, Álvaro Uribe Vélez fue el Director de Aeronáutica Civil (1980-1982) durante el gobierno de Julio César Turbay (1978-1982), y más tarde, el mismo Uribe situaría a su hija, Claudia Turbay Quintero, como embajadora de Colombia en Suiza, devolviendo así el favor al expresidente. Por otro lado, la nieta de Julio César Turbay, María Carolina Hoyos Turbay, fue nombrada por Juan Manuel Santos como viceministra de TICs (Tecnologías de la Información y de las Comunicaciones).

Figura 1

ANÁLISIS DE REDES FAMILIARES



Fuente: elaboración propia a partir de los datos del proyecto "Actuemos".

V. RESULTADOS DE LA INVESTIGACIÓN

Podemos sacar en claro algunas conclusiones acerca de las élites familiares en Colombia, lo cual respondería a nuestras inquietudes iniciales acerca de cómo son, cómo se han adaptado desde la época de los ochenta hasta la actualidad y cómo han influido algunos factores en los cambios y continuidades que estas presentan. Las siete familias rastreadas —que, según lo expuesto en la literatura, los medios de comunicación y la opinión pública, hemos considerado las más relevantes del país—, tienden a compartir algunos rasgos comunes. El estudio de las élites familiares como estructuras de larga duración también demuestra que éstas experimentan cambios y se amoldan a las circunstancias y al devenir de la historia, y que, aunque guarden entre sí características similares, no se las puede considerar realmente como grupos homogéneos y cerrados.

En primer lugar, si atendemos al tipo de ocupación y al campo de actividad en el que se desenvuelven, hemos podido comprobar cómo estas familias han establecido desde hace décadas un fuerte nexo entre la política, el mundo empresarial y el periodismo, lo cual les ha permitido ocupar posiciones relevantes de poder a lo largo de los años. Por el contrario, los miembros de la tercera generación han comenzado a seguir una senda diferente, desmarcándose del camino de sus antecesores y desarrollando su actividad en áreas ligadas al espacio académico, científico y cultural. A pesar de que otros descendientes sí han decidido seguir ligados al ámbito político y económico, el número de casos encontrados nos permite afirmar que su presencia en estos cargos ha comenzado a mermar.

En el ámbito económico, si bien la literatura ha coincidido en afirmar la existencia de relaciones entre miembros de estas familias con los dueños de empresas y sociedades del país (Dávila, 2015), también es cierto que a día de hoy éstas no son propietarias de ninguno de los grandes grupos económicos. A pesar de ello, es indiscutible la existencia del control, por parte de estas élites familiares, de los medios de comunicación más importantes del país: hasta bien entrado el siglo XXI, la familia Santos ha controlado la dirección y redacción del periódico *El Tiempo*; la *Revista Semana*, fundada por Felipe López Caballero, está dirigido en la actualidad por Alejandro Santos Rubino; mientras que el diario *La República* es controlado por la familia Ospina.

En el ámbito político, la ocupación de altos cargos por parte de miembros de la familia a lo largo de los años ha quedado también retratada. Parece más que notorio que el caudal político y económico del país, sumado a la devolución de favores que se hacen estas familias entre sí

—a través del otorgamiento recíproco de cargos entre miembros de distintas familias de la red—, impulsan a los nuevos miembros a importantes posiciones de representación nacional en instituciones como la Cámara de Representantes, el Senado, los Ministerios, Embajadas, Consulados, etcétera.

Como hemos podido apreciar, en la actualidad, miembros de estas familias están presentes en importantes cargos relacionados con el poder Ejecutivo y otros cargos de representación política. Sin embargo, también es cierto que tras revisar los nombres de los diputados de las dos últimas legislaturas en la base de datos del proyecto de Elites Parlamentarias Latinoamericanas (PELA), se revela que el número de miembros que pertenecen a las familias estudiadas y que operan dentro de esta institución es poco significativo, lo cual demuestra a nuestro juicio que existe una renovación de la clase política y que la afirmación de que unas pocas familias controlan toda la política colombiana es un planteamiento que debería matizarse, como detallaremos más adelante.

En segundo lugar, respecto al nivel educativo, el análisis nos demostró que estas familias están compuestas por miembros formados en instituciones privadas y reconocidas del país (Universidad Javeriana, Universidad de los Andes, Universidad del Rosario) y que en muchas ocasiones han completado su formación en el extranjero. En esta línea, debemos enfatizar que no sólo se trata de una élite que ocupa espacios de poder en el ámbito político y económico, sino que además se trata de una élite cultural e ilustrada, puesto que muchos de sus miembros son personas con una alta cualificación que han destacado en diversas áreas a lo largo de la historia³⁵.

En tercer lugar, encontramos algunas pautas comunes en torno al lugar de residencia que también apuntan a un cambio en la adaptación de las redes familiares. Si tradicionalmente estas familias se han caracterizado por estar asentadas en las grandes ciudades del país, como Bogotá o Medellín, desde los años ochenta hasta la actualidad puede percibirse como muchos de sus miembros se han instalado en el extranjero —en el caso de la familia Ospina, las amenazas por parte del narcotráfico fueron un factor determinante para que algunos de sus miembros abandonasen el país—, especialmente, en Estados Unidos, desde donde siguen controlando sus actividades en el país. Además, como ya mencionamos, presidencia de

³⁵ Como nota de interés, los datos que pudimos consultar del Proyecto de Elites Parlamentarias (PELA) del Instituto de Iberoamérica revelan que la élite política en Colombia es de las mejores preparadas de toda la región en cuanto a estudios y formación se refiere. Durante el actual mandato del presidente Juan Manuel Santos, el 31,1% de los diputados que conformaban la Cámara de Representantes tenía al menos un título universitario o grado superior, mientras que un 62,2% había logrado incluso un título de posgrado.

Álvaro Uribe Vélez va a suponer un cambio en esta dinámica, ya que marca la llegada al poder de una élite regional en el ámbito nacional³⁶.

Ahora bien, la bibliografía empleada en este trabajo nos permite hacernos una idea acerca de por qué estas familias han conseguido sobrevivir a las eventualidades de la historia sin que su privilegiada posición se viese amenazada.

Las élites familiares han conseguido mantenerse sin oposición gracias a que construyeron una férrea estructura de poder con el paso de los años a partir de su institucionalización — como, por ejemplo, a través de la ocupación de puestos elevados dentro de los partidos políticos; que ellos mismos fundaron—, al mismo tiempo que operaban en un Estado débil, desmembrado y endémicamente desigual. El aparato de poder sobre el que se ha asentado el Estado hasta al menos la década de los ochenta ha sido diseñado por las élites en su beneficio personal y desde él han conseguido legitimarse; aunque éste está lleno de disfuncionalidades que han impedido una evolución del sistema democrático: falta de competencia partidista, exclusión social, violencia política, etcétera.

A nuestro juicio, el siglo XX para Colombia adolece de grandes episodios que hayan podido haber alterado las estructuras estatales y haber desvirtuado la privilegiada posición de estas élites familiares, como ocurrió en otros países del entorno. A diferencia de otros países, no existió un auténtico proceso revolucionario que consiguiese revertir dicha situación ni tampoco llegaron a prosperar —hasta al menos finales del siglo XX— movimientos u organizaciones que alterasen el *statu quo*, pues estos consiguieron ser anulados y controlados por las élites.

La etapa de La Violencia a mediados del siglo pasado no muestra discontinuidades en el modelo hegemónico preponderante. Igualmente, tampoco existe una sublevación por parte de las Fuerzas Armadas que haya modificado el poder de la estructura oligárquica en el país: en nuestra opinión, ni siquiera el efímero gobierno de Gustavo Rojas Pinilla consiguió alterar la primacía de las élites familiares, que tras este episodio aprendieron a fortalecer su esquema de dominación mediante la creación del Frente Nacional.

Igualmente, en el ámbito político no apreciamos cambios considerables: Colombia ha manido un sistema bipartidista cerrado dominado por dos grandes partidos políticos que se

³⁶ En esta línea, Leal Buitrago (2007) ya había anticipado que desde la década de los ochenta del siglo pasado se venía produciendo un relevo de las élites políticas en el que las élites regionales estaban empezando a sustituir a las élites tradicionales de ámbito nacional. ¿Regional dos veces?

han alternado en el poder con el paso de los años, sin que se diese la oportunidad a nuevos grupos con ideas renovadas. Tampoco llegó al poder un líder carismático que se opusiera al régimen establecido, pues, por ejemplo, el asesinato de Jorge Eliécer Gaitán —quien podía haber supuesto un punto de quiebre en la historia del país—, quedó finalmente en un intento frustrado tras su asesinato.

Pese a esto, como expusimos anteriormente, la literatura respaldó nuestra hipótesis de que a partir de los años ochenta existen al menos cuatro factores que apuntan a un cambio sustantivo en la adaptación de estas familias a los devenires de la historia.

La apertura económica del país ha provocado que las élites dejen de operar en un coto cerrado, al empezar a entrar nuevas empresas que comenzaron a competir con aquellas de ámbito nacional pertenecientes a los grandes grupos de poder. Además, la privatización en algunos sectores va a chocar con el tradicional hermetismo que el país había mantenido durante gran parte del siglo XX; de este modo, las mayores empresas no están a día de hoy en manos de las élites políticas, que empiezan a perder poder en este sentido; por ejemplo, la venta de acciones por parte de la familia Santos al grupo Planeta y la consecuente pérdida del control del periódico *El Tiempo*, uno de los más importantes del país, da cuenta de ello.

Tanto la guerrilla como el narcotráfico han conseguido poner en jaque a los Gobiernos de las últimas décadas y apuntan a un debilitamiento de las élites en cuanto a que éstas no han conseguido controlar el territorio, han vacilado en las medidas acerca de cómo hacer frente a estos grupos y no han elaborado una auténtica política a nivel nacional para evitar el desarrollo del caciquismo local por parte de grupos paramilitares. Por otro lado, el proceso de paz iniciado por Juan Manuel Santos en su segundo gobierno y la posibilidad de que miembros de las FARC entren en la escena política, nos parece un ejemplo claro de la renovación de las élites en esta esfera.

En materia política también hay varios hechos que nos incitan a pensar que el panorama ha cambiado. Como decíamos antes, la llegada de Álvaro Uribe Vélez va a suponer un punto de quiebre en el sistema de partidos, ya que representa una política mucho más personalista en la que los partidos tradicionales (Liberal y Conservador), que ya habían comenzado a perder fuerza una vez terminado el Frente Nacional, empiezan a mostrar una palpable fragmentación partidista en el país acrecentada por los nuevos cambios legales tras la Constitución de 1991: la elección popular de alcaldes refuerza el proceso de descentralización del país y dificulta el control estatal de las élites políticas.

Sin embargo, a pesar de que éstas parecen haber perdido poder respecto a los dos periodos que hemos analizado anteriormente (desde la Colonia hasta inicios del siglo XX y desde aquí hasta los años ochenta), el estudio de las redes familiares hace presagiar que todavía quedan rescoldos del sistema hegemónico oligárquico y que, a día de hoy, todavía existen miembros importantes de dichas familias que se encuentran en posiciones privilegiadas de poder a nivel estatal, los cuales ejercen una influencia significativa en el ámbito político y económico.

CONCLUSIONES

El estudio en torno a las élites en Colombia y su manejo del poder a través de las redes familiares —entendidas como estructuras de larga duración—, refleja cómo desde la Colonia se ha perpetuado en el país un sistema estrictamente oligárquico en el que un pequeño grupo de familias ha controlado todas las esferas de la vida colombiana. Con el paso de los años, algunas de estas familias oligarcas han conseguido adaptarse a los cambios, muchas otras han desaparecido y, en distintos momentos de la historia, se han visto obligadas a fusionarse con otras familias, ya fuesen autóctonas o foráneas pero prominentes, con el fin de entrar a competir con los grupos tradicionales; sin embargo, lo relevante de este proceso es ver cómo el mismo sistema de reproducción social se ha perpetuado con el tiempo sin parangón, de modo que, si bien las redes familiares han evolucionado, las formas han continuado repitiéndose con el paso del tiempo.

Con este trabajo no pretendimos demostrar que las élites en Colombia son estrictamente élites familiares, pero es innegable que las alianzas de familia que se producen entre estos grupos privilegiados han conseguido controlar sin trabas posiciones de poder trascendentes hasta, al menos, los años ochenta del siglo pasado: ese momento supone un punto de inflexión en la evolución de las élites familiares y sus redes de poder debido en parte a ciertos cambios externos que van a frenar su hegemonía, de modo que las élites tradicionales van a perder fuerza a comparación con los otros periodos estudiados.

Ahora bien, si los cambios acontecidos en las últimas décadas apuntan a un quiebre en el tradicional modelo oligarca, nuestro estudio revela que aún quedan rescoldos del mismo presentes en el sistema colombiano. El tímido proceso de renovación en las élites políticas y la apropiación de los grandes grupos económicos por parte de individuos que no provienen de grupos familiares tradicionales no ha supuesto la desaparición de las élites familiares y sus redes. A día de hoy, los descendientes de estas familias conservan un caudal político, un estatus y cierto reconocimiento social que les ha permitido seguir ocupando cargos importantes de poder, cuya actuación repercute a nivel estatal.

Asimismo, el análisis de las élites familiares colombianas revela cambios en su comportamiento y adaptación al contexto actual, relativos al tipo de ocupación y lugar de residencia, así como a su relación con el aparato estatal y el mundo empresarial. Si bien la literatura apunta además a un relevo de las élites regionales por aquellas familias que tradicionalmente han influido en el poder estatal, tal vez el caso de la familia Uribe sea el

ejemplo perfecto de cómo otras familias están empezando a construir un caudal político y económico, ganándose un puesto en la esfera nacional y rompiendo con el modelo que se ha perpetuado en el país casi desde sus orígenes.

Cabe apuntar ahora algunas cuestiones que podrían ayudar a reforzar nuestro estudio. Como ya habíamos señalado, uno de los principales obstáculos que hemos tenido que asumir en nuestro trabajo es el escaso desarrollo de lo que se ha denominado “historia del tiempo presente” en Colombia. A pesar de que podemos encontrar diversos trabajos que han trabajado de cerca el conflicto armado y la violencia —debido en parte a la contemporaneidad y relevancia del tema—, la literatura consolidada respecto a esta área de investigación adolece de fuentes documentadas, trabajo de campo, y, en definitiva, de estudios empíricos contrastados; al contrario que en otros países como Argentina, Chile o Perú en los que el ciclo de la violencia quedó cerrado hace tiempo. Por tanto, la falta de bibliografía en el área que nos concierne para el caso colombiano ha supuesto un importante reto a la hora de abordar nuestra pregunta de investigación. Igualmente, y en esta línea, estamos de acuerdo con la opinión del historiador Antonio Caballero, quien en su reciente trabajo *Historia de Colombia y sus oligarquías (1498-2017)* denuncia cómo las oligarquías del país se han encargado de ocultar la historia y de contarla a través de sus propias palabras (Caballero, 2017).

Asimismo, la ampliación en el número de casos de estudio (individuos familiares) y un mayor rastreo de la biografía de los miembros de la tercera generación nos hubiera permitido conocer mejor cómo se han adaptado estas familias en las últimas décadas; sin embargo, como ya decimos, la información recabada de algunos miembros de estas familias ha sido costosa y escasa.

Ahora bien, a nuestro juicio, consideramos que este trabajo abre una veta de estudio muy interesante que necesita ser abordada. A priori, se nos ocurre que éste podría completarse llevando a cabo un análisis de las familias secundarias que nosotros no hemos rastreado y que en nuestro análisis de redes sociales han demostrado mantener una estrecha relación con las familias primarias. Por supuesto, este trabajo requeriría mayores esfuerzos, pues supondría una investigación mucho más extensa que aborde con complejidad el estudio de las relaciones entre un mayor número de casos y su adaptación a los cambios contextuales de las últimas décadas.

Anexo 1

FAMILIAS COLOMBIANAS QUE FORMAN PARTE DE LA ÉLITE SEGÚN LA LITERATURA, LOS MEDIOS DE COMUNICACIÓN Y LA OPINIÓN PÚBLICA

Apellido familiar	Fuente: Periódico	Fuente: Literatura	Fuente: Opinión pública
Ospina	Oppenheimer (1999); Cosoy (2017); Semana (1983); Alvarado (2018); Novoa (2014); Alarcón (2015 ^a); El Tiempo (2004); Olarte (2015)	Peña Contreras (2007); Dávila (2015); Estrada (2005); Bushnell (2004); Safford y Palacios (2002); Serrano (2016)	El Político (2016); Olarte (2015); Sastre (2016)
Lleras	Cosoy (2017); Ospina (2016); Semana (1983); Semana (1983); Alvarado (2018); Alarcón (2015 ^a); El Universal (2013); Camacho (2002)	Pardo (2013); Uribe López (2009); Estrada (2005); Bushnell (2004)	El Político (2016); Olarte (2015); Sastre (2016); Ospina (2016)
López	Paullier (2011); Oppenheimer (1999); Cosoy (2017); Ospina (2016); Semana (1983); Alarcón (2015 ^a); Alarcón (2015b); El Universal (2013); Camacho (2002); Olarte (2015)	Peña Contreras (2007); Pardo (2013); Dávila (2015); Uribe López (2009); Estrada (2005); Bushnell (2004); Safford y Palacios (2002); Serrano (2016)	El Político (2016); Olarte (2015); Sastre (2016); Ospina (2016)
Pastrana	Paullier (2011); Oppenheimer (1999); Cosoy (2017); Ospina (2016); Semana (1983); Alvarado (2018); Alarcón (2015 ^a); Palacios Mejía (2005); Olarte (2015)	Peña Contreras (2007); Uribe López (2009); Bushnell (2004)	El Político (2016); Olarte (2015); Ospina (2016)
Gaviria	Cosoy (2017); Novoa (2014); Palacios Mejía (2005)	Peña Contreras (2007); Estrada (2005); Bushnell (2004); Serrano (2016); Sastre (2016)	El Político (2016)
Uribe	Cosoy (2017); Ospina (2016); Alvarado (2018); Novoa (2014); Palacios Mejía (2005); Olarte (2015)	Pardo (2013); Estrada (2005)	Sastre (2016); Ospina (2016)
Santos	Paullier (2011); Oppenheimer (1999); Cosoy (2017); Ospina (2016); Alvarado (2018); Novoa (2014); Alarcón (2015 ^a); El Universal (2013); El Espectador (2010); Palacios Mejía (2005); Olarte (2015)	Pardo (2013); Dávila (2015); Serrano (2016)	El Político (2016); Olarte (2015); Sastre (2016); Ospina (2016)

Fuente: elaboración propia a partir de las referencias citadas.

Anexo 2

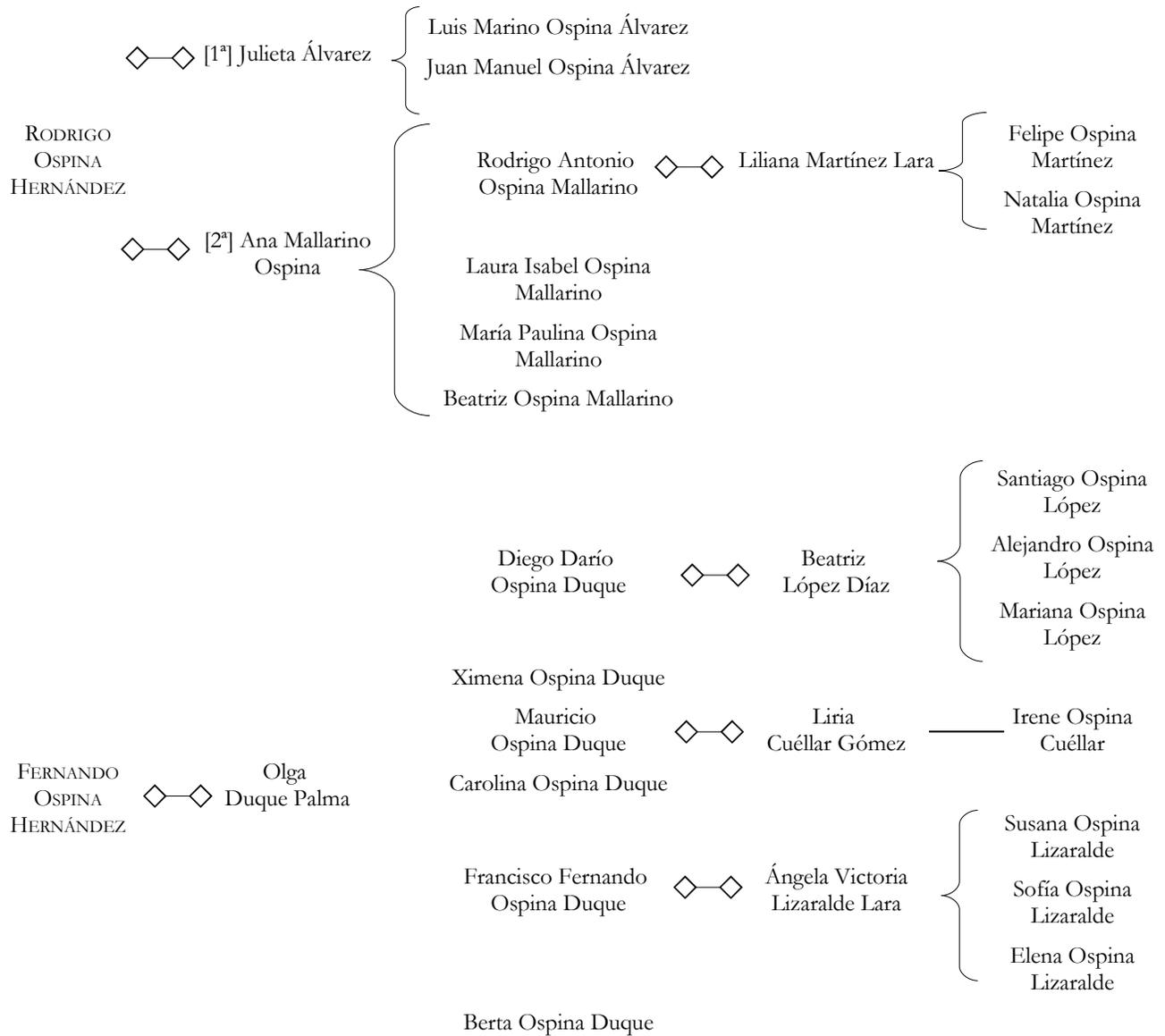
FAMILIA OSPINA

Hijos de Mariano Ospina Pérez y María Berta Carolina Hernández Fernández

*Primera
generación*

*Segunda
generación*

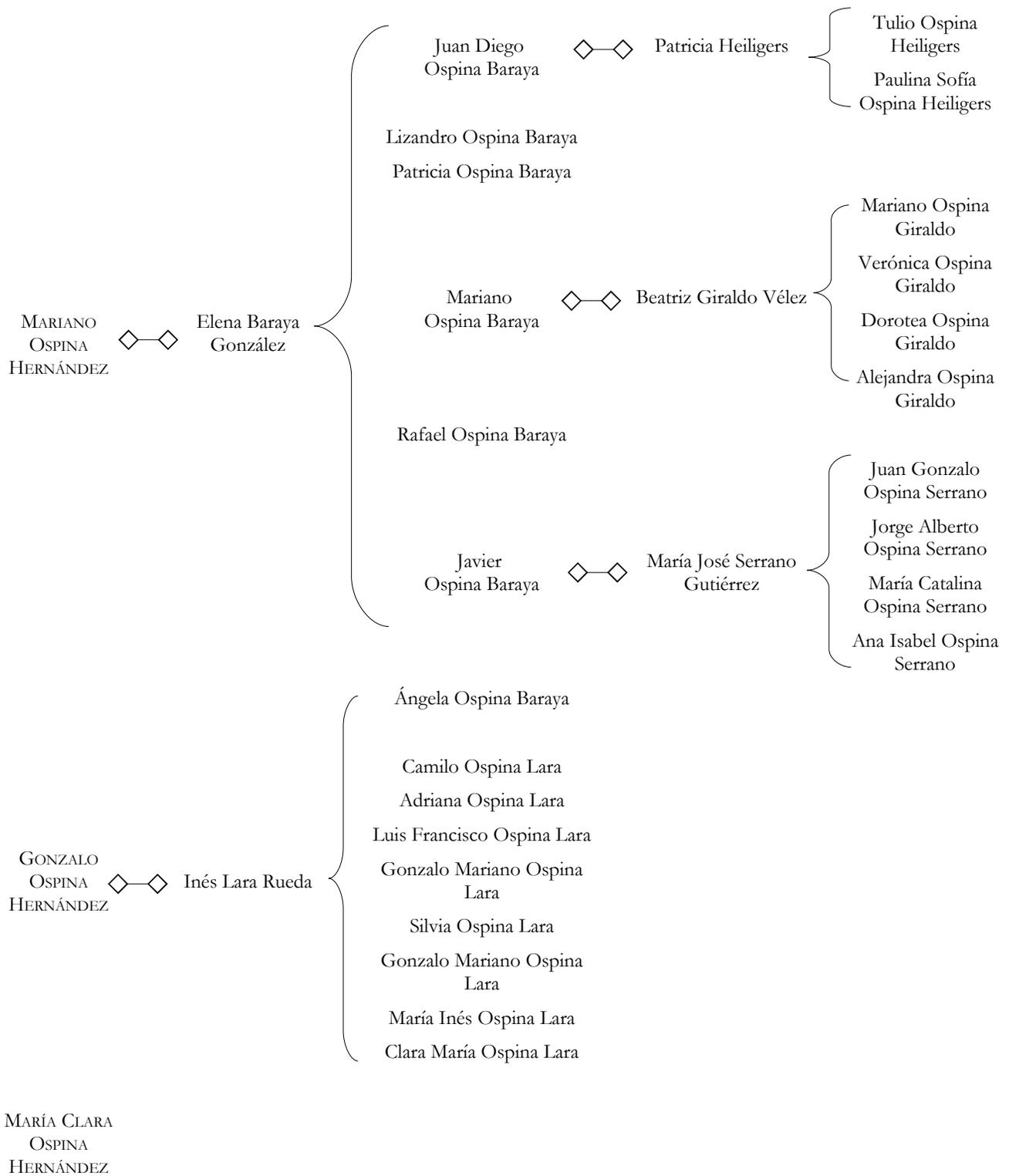
*Tercera
generación*



Primera generación

Segunda generación

Tercera generación



Anexo 3

FAMILIA LLERAS

Hijos de Federico Lleras Acosta y Amalia Restrepo Briceño

Primera generación

ISABEL LLERAS
RESTREPO

ELENA LLERAS
RESTREPO

Segunda generación

CARLOS
ALBERTO
LLERAS
RESTREPO

◇—◇
Cecilia de la Fuente
Cortés

Carlos
Lleras de la Fuente

◇—◇

Clemencia Figueroa
Serrano

Clemencia Lleras de la
Fuente

Fernando
Lleras de la Fuente

◇—◇

Elena Salazar Vilá

María Inés Lleras de la
Fuente

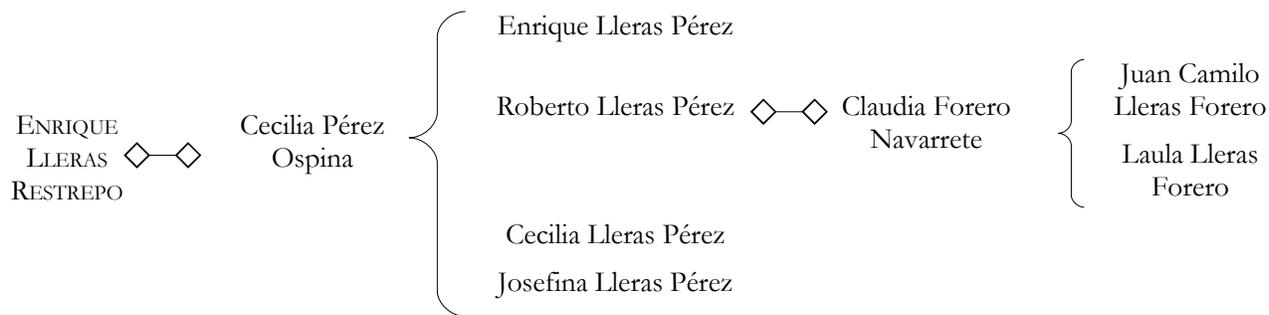
Tercera generación

Carlos Lleras
Figueroa
Catalina Lleras
Figueroa
Ana María Lleras
Figueroa
Cristina Lleras
Figueroa

Alejandro Lleras
Salazar
Mauricio Lleras
Salazar
Adriana Lleras
Salazar

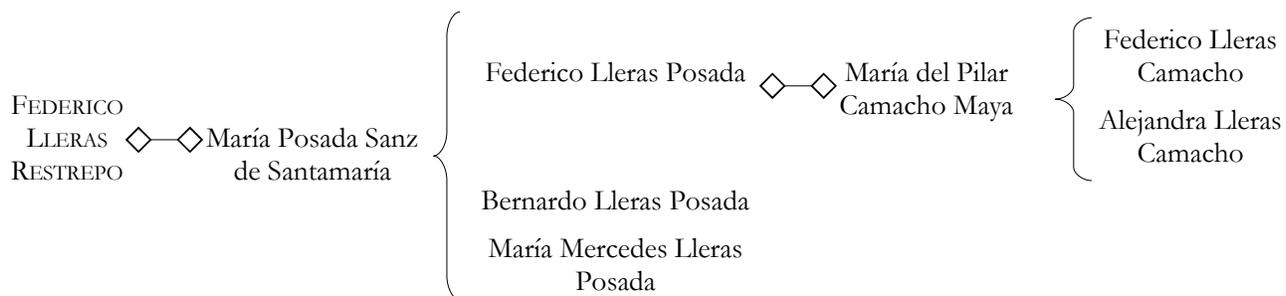
ELVIRA LLERAS
RESTREPO

AMALIA
LLERAS
RESTREPO



INÉS LLERAS RESTREPO

ANA LLERAS RESTREPO



MARÍA ANTONIA LLERAS RESTREPO

Anexo 4

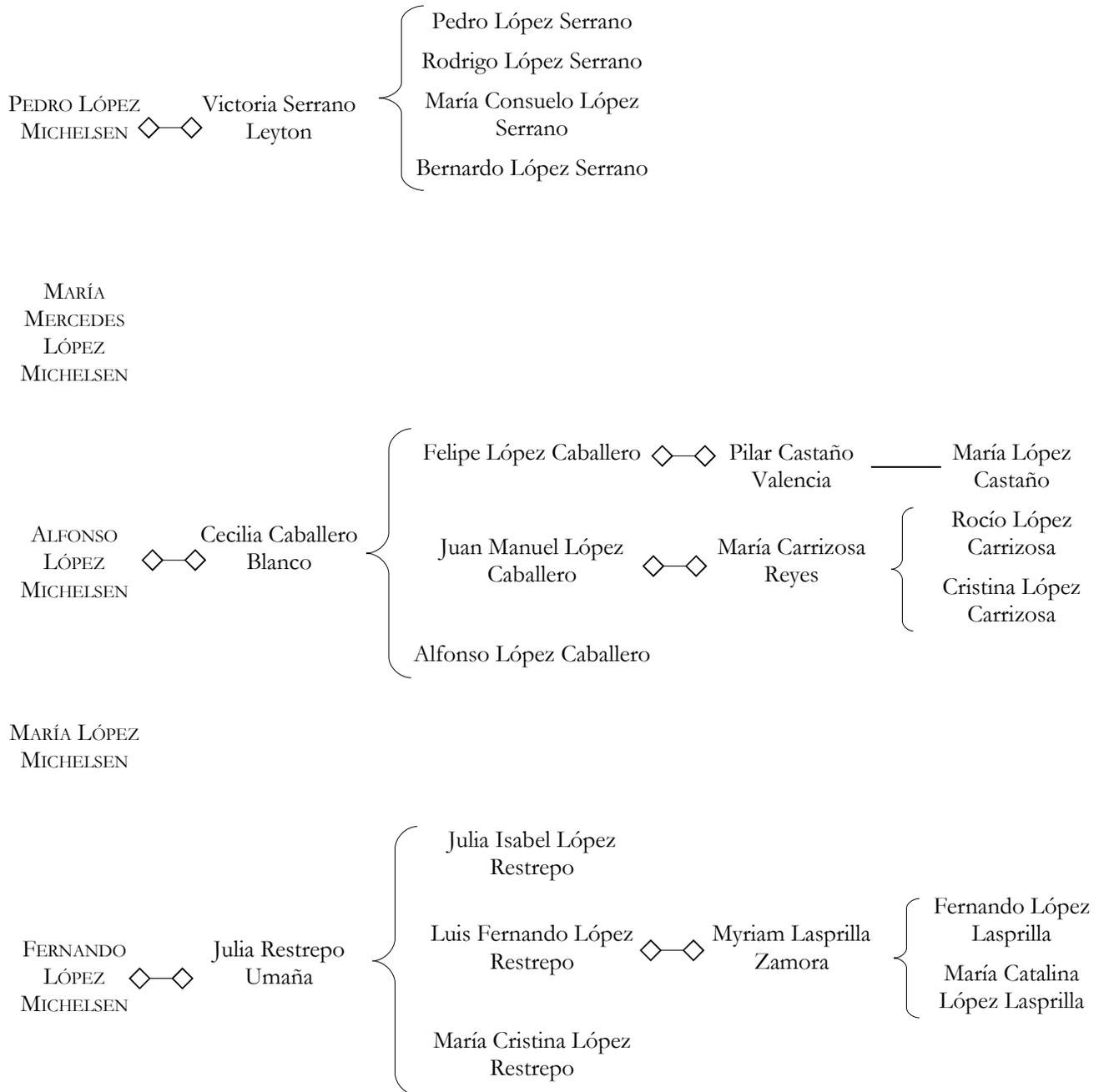
FAMILIA LÓPEZ

Hijos de Alfonso López Pumarejo y María Michelsen Lonbana

*Primera
generación*

*Segunda
generación*

*Tercera
generación*



Anexo 5

FAMILIA PASTRANA

Hijos de Misael Pastrana Pastrana y Elisa Borrero Perdomo

Primera generación

ELISA
PASTRANA
BORRERO

HERNANDO
PASTRANA
BORRERO

Ana María
Gómez Pradilla

Segunda generación

Jorge Pastrana Gómez

Gustavo Enrique
Pastrana Gómez



María Inés
Badaraco

María Victoria
Pastrana Gómez

Marta Eugenia
Pastrana Gómez

Nora Cristina Pastrana
Gómez

Tercera generación

Nicolás Pastrana
Badaraco

Francisco Pastrana
Badaraco

Sebastián Pastrana
Badaraco

Benjamín Pastrana
Badaraco

Estefanía Pastrana
Badaraco

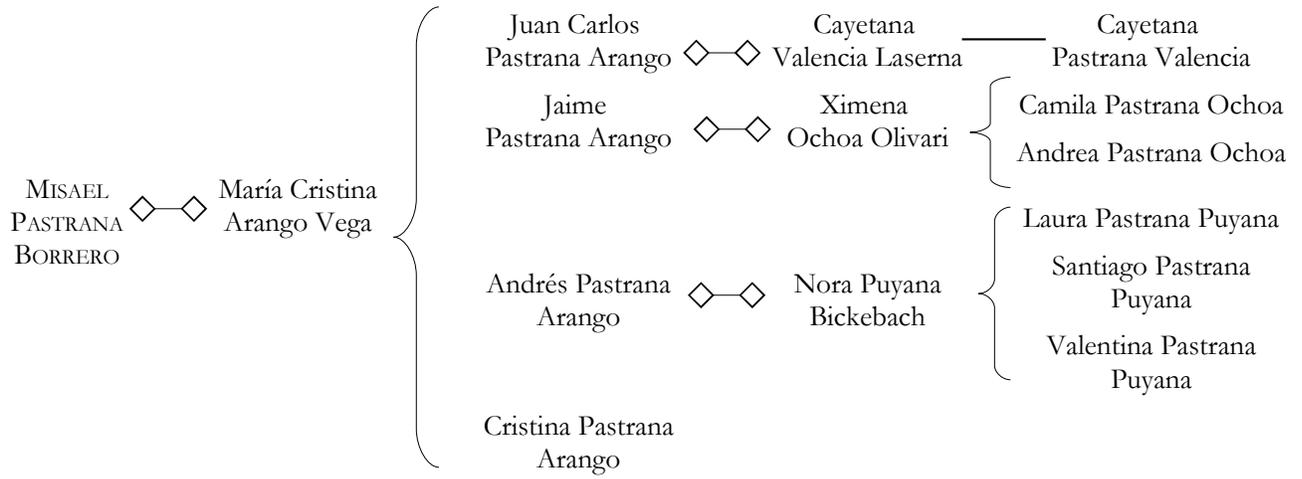
INÉS
PASTRANA
BORRERO

IRMA
PASTRANA
BORRERO

Primera generación

Segunda generación

Tercera generación



Anexo 6

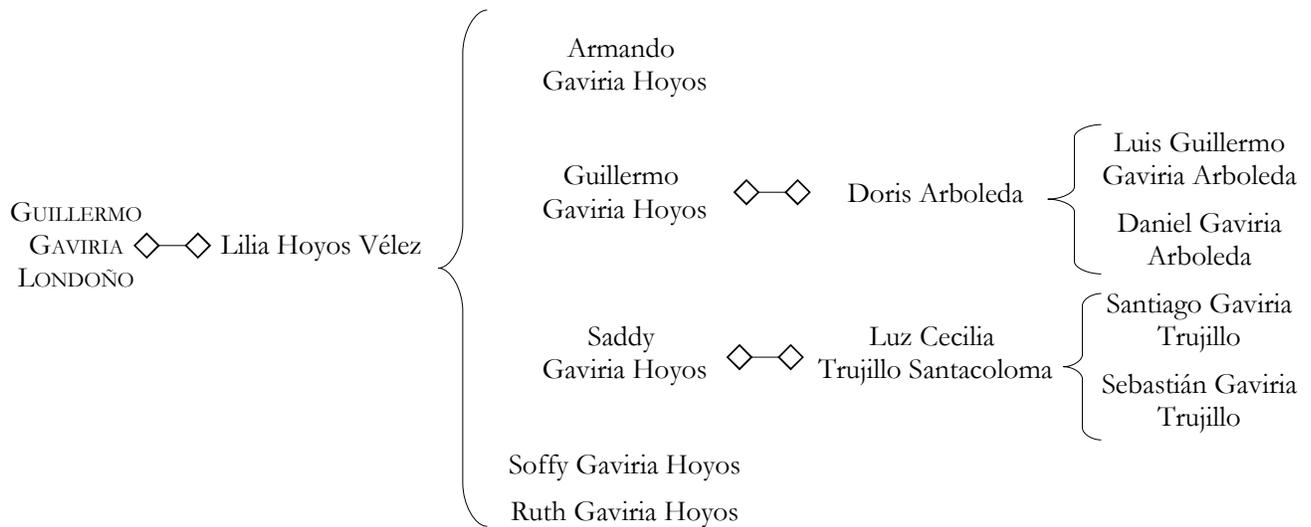
FAMILIA GAVIRIA

Hijos de Fortunato Gaviria Jaramillo y Sofía Londoño Londoño

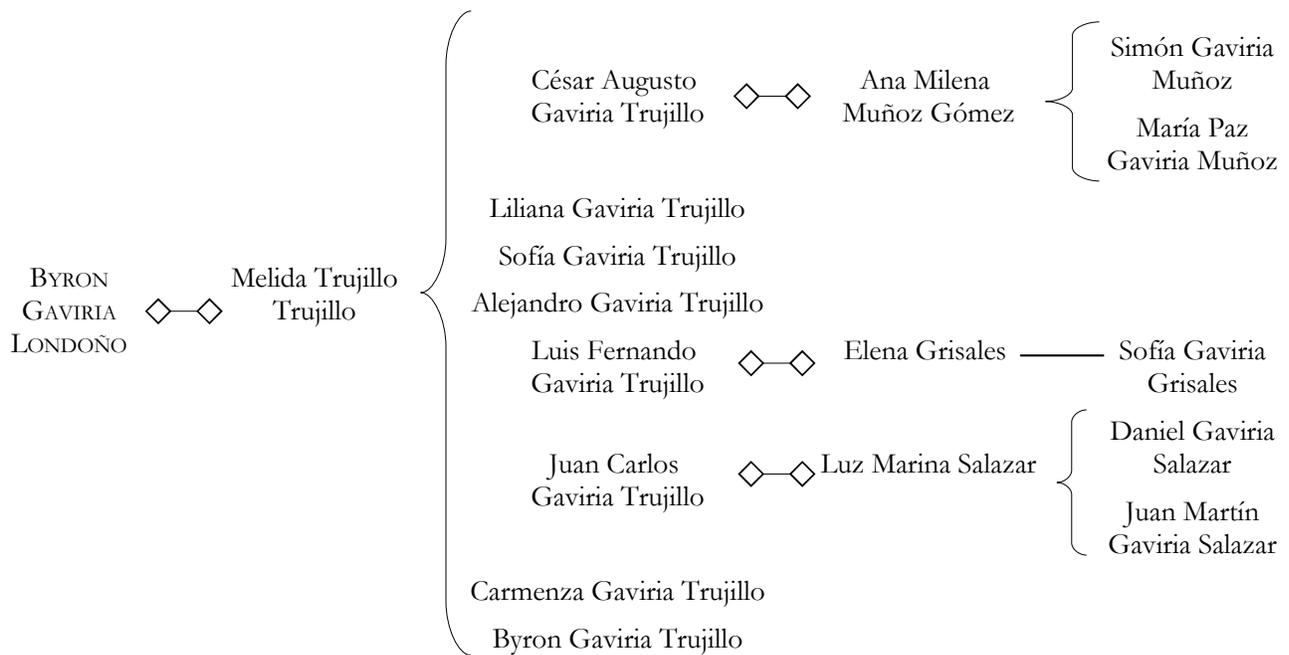
Primera generación

Segunda generación

Tercera generación



ETHEL GAVIRIA LONDOÑO



Primera generación

MILTON
GAVIRIA
LONDOÑO



Fabiola Botero
Botero

Segunda generación

Fortunato
Gaviria Botero



Adriana Gutiérrez
Jaramillo

Adriana Gaviria Botero
María del Pilar Gaviria
Botero
Beatriz Gaviria Botero

Tercera generación

Camilo Gaviria
Gutiérrez
Milton Mateo
Gaviria
Gutiérrez
Pamela Gaviria
Gutiérrez

MINERVA
GAVIRIA
LONDOÑO

Anexo 7

FAMILIA URIBE

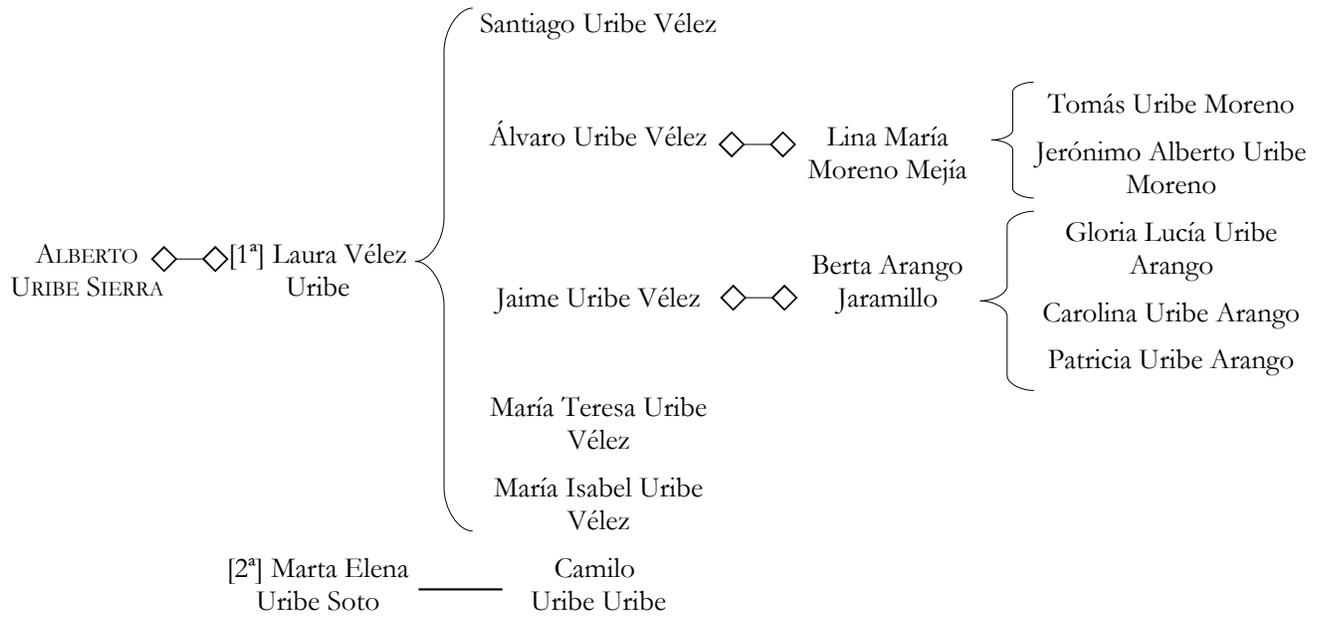
Hijos de Luis Elías Uribe González y Cecilia Sierra Velázquez

*Primera
generación*

*Segunda
generación*

Tercera generación

MARÍA ELENA
URIBE SIERRA



Anexo 8

FAMILIA SANTOS

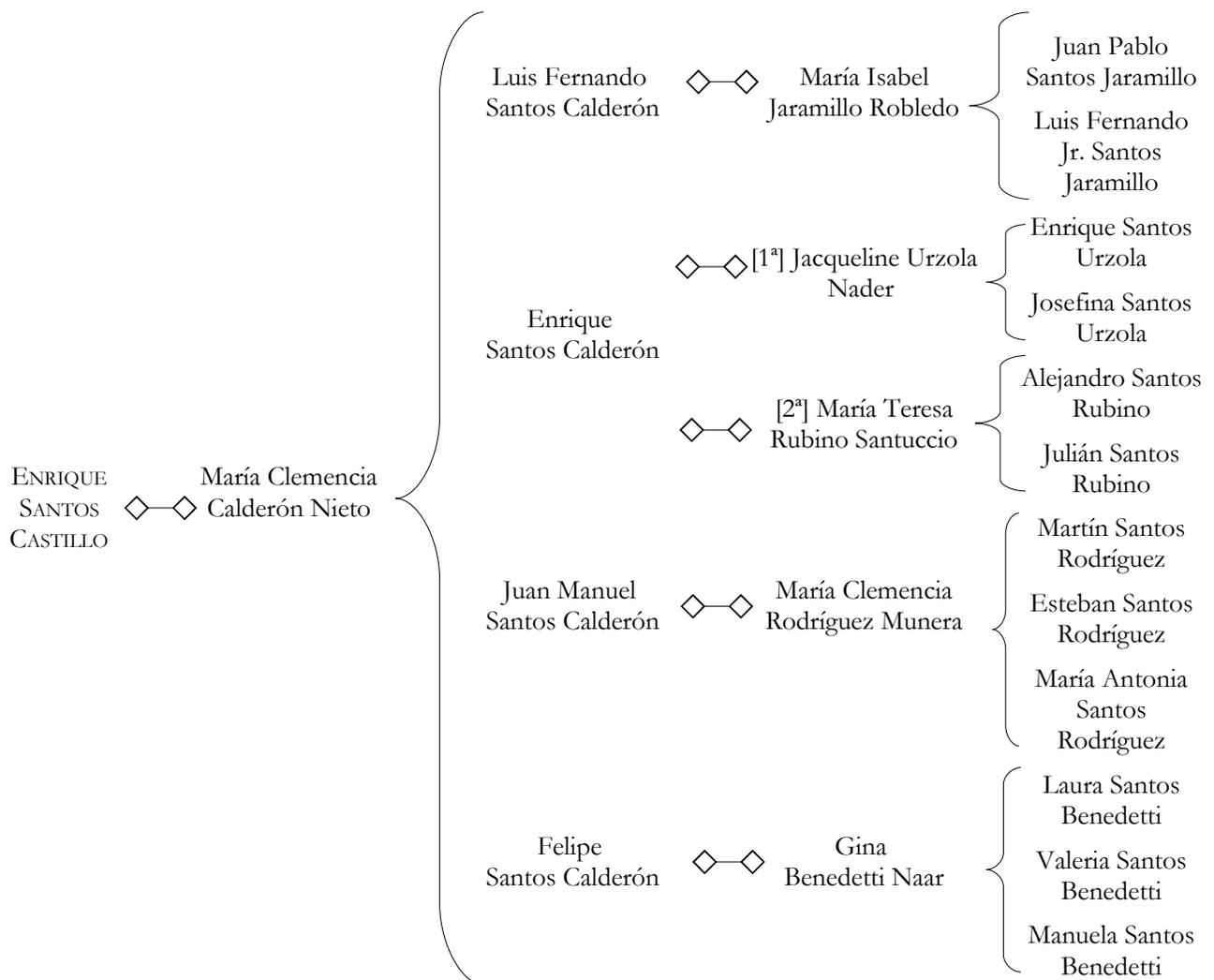
Hijos de Enrique Santos Montejo y Noemy Castillo Montejo

*Primera
generación*

BEATRIZ
SANTOS
CASTILLO

*Segunda
generación*

*Tercera
generación*

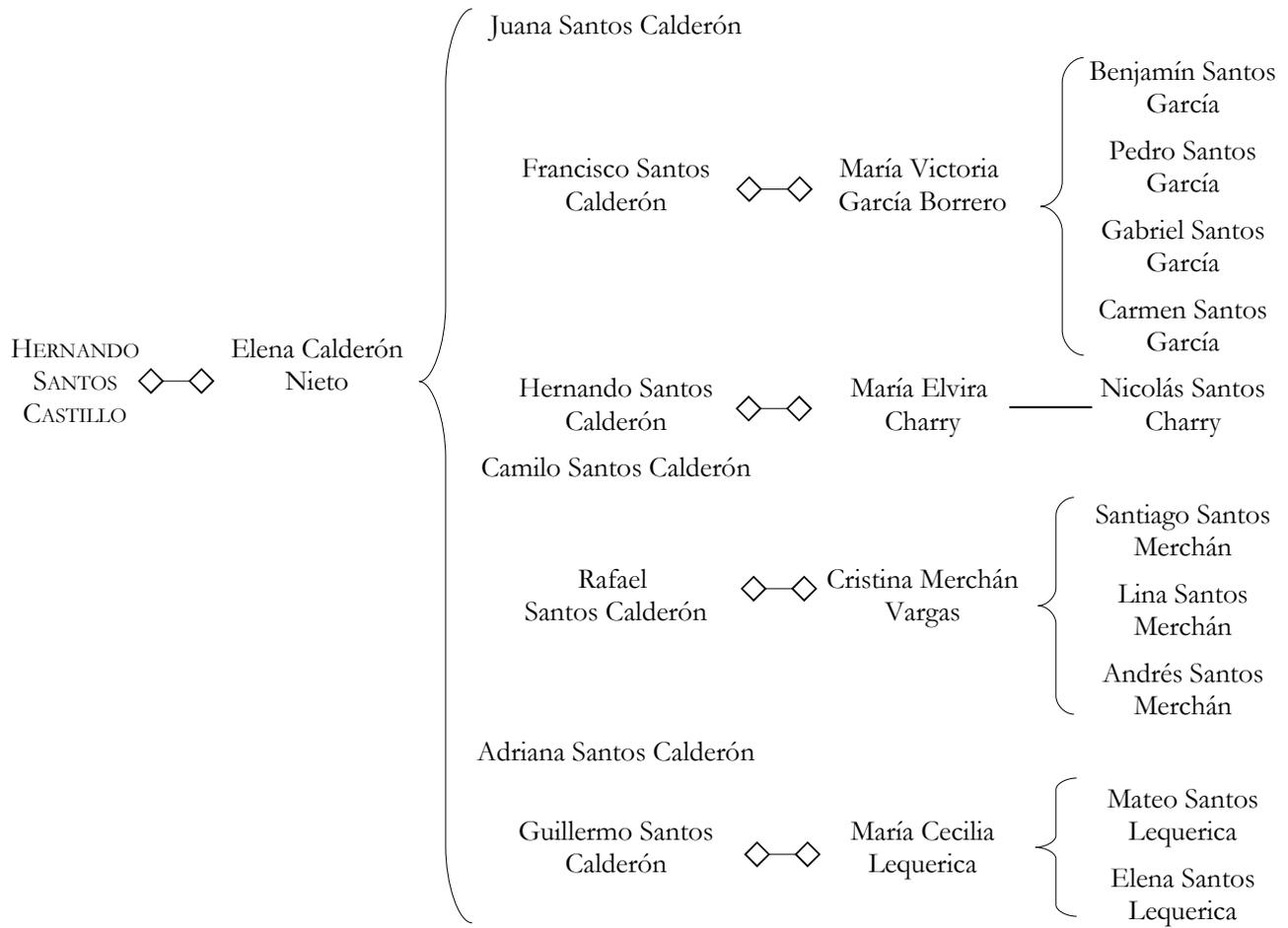


CECILIA
SANTOS
CASTILLO

*Primera
generación*

*Segunda
generación*

*Tercera
generación*



Bibliografía

- Ardila, H. M. y Vizcaíno, I. (2008). *Hombres y mujeres en las letras colombianas*. Bogotá: Magisterio.
- Balmori, D., Voss, S.F., y Wortman, M. (1990). *Las alianzas de familia y la formación del país en América*. México D.F.: Fondo de Cultura Económica.
- Barragán, D. M., León, E. F., y Torres, F. E. (2011). Relaciones entre contabilidad y redes familiares en Colombia durante la segunda mitad del siglo XIX. En *Cuadernos de Contabilidad*, 12(31), pp.585-599.
- Bejarano, J. A. (1994). Capítulo V: El despegue cafetero (1900-1928). En J. A. Ocampo (Comp.), *Historia económica de Colombia, cuarta edición*, pp.173-208. Santafé de Bogotá: Tercer Mundo.
- Blacha, L. E. (2005). ¿Élite o clase política? Algunas precisiones terminológicas. En *Theomai*, 12, pp.2-15.
- Burguière, A. (1976). Introduction. En R. Foster y O. Ranum (Eds), *Family and Society: Selection from the Annales, Economies, Societies, Civilizations*. Baltimore: John Hopkins University Press.
- Bushnell, D. (2004). *Colombia, una nación a pesar de sí misma: de los tiempos precolombinos a nuestros días*. Bogotá: Planeta Colombiana.
- Camacho, A. (1996). Narcotráfico, coyuntura y crisis: sugerencias para un debate. En F. Leal Buitrago (Ed.), *Tras las huellas de la crisis política*, pp.129-151. Bogotá: TM Editores.
- Carasa, P. (1994). La recuperación de la historia política y la prosopografía. En P. Carasa (Ed.), *Élites: prosopografía contemporánea*, pp.41-51. Valladolid: Universidad de Valladolid.
- Cárdenas, M. E. (2011). Hegemonía en Colombia: caracterización y alternativas frente al poder global. En *Utopía y Praxis Latinoamericana*, (53), pp.13-26.
- Casaús, M. E. (1994). La pervivencia de las redes familiares en la configuración de la élite de poder centroamericana. El caso de la familia Díaz Durán. En *Anuario de Estudios Centroamericanos*, 20(2), pp.41-69.
- Castillo, C. (1967). Élite y desarrollo en Colombia. En *Revista Mexicana de Sociología*, 29(4), pp.871-893.
- Castro Carvajal, B. (2012). Población y sociedad. En E. Posada Carbó (Ed.), *Colombia, la construcción nacional, Tomo II*, pp. 183-236. Madrid: Fundación Mapfre, Santillana.
- Cruz, J. (1989). Las élites iberoamericanas a finales del siglo XVIII. Sobre modelos y procesos comparados. En *Cuadernos de Historia Moderna*, (10), pp.195-213.
- Dávila, C. (2015). Familias empresarias y política. Dinastías presidenciales en Colombia (1850-2010). En P. Fernández y A. Lluch (Eds.), *Familias empresarias y grandes empresas familiares en América Latina y España, una visión de largo plazo*, pp.263-288. Bilbao: Fundación BBVA.
- Degenne, A. y Forsé, M. (1994). *Les réseaux sociaux*. Paris: Armand Colin.
- Echeverri, A. (1987). *Élites y proceso político en Colombia (1950-1978): una democracia principesca y endogámica, régimen político colombiano en los últimos treinta años*. Bogotá: Fundación Universitaria Autónoma de Colombia.

- Estrada, J. (2005). Élités intelectuales y producción de política económica en Colombia. En J. Estrada (Coord.), *Intelectuales, tecnócratas y reformas neoliberales en América Latina*, pp.259-320. Bogotá: Universidad Nacional.
- Fals Borda, O., Guzmán, G. y Umaña, E. (2005 [1962]). *La violencia en Colombia: estudio de un proceso social*. Bogotá: Taurus.
- Fernández Villa, A. (2005). Clientelismo y guerra civil en Cartagena. Sobre las estrategias políticas de la élite cartagenera, 1885-1895. En *Memorias, Revista Digital de Historia y Arqueología desde el Caribe*, 2(2), s/p.
- Fracapani Ríos, E. B. (2016). Familia, Oro y Poder: Las tramas del parentesco. San Juan (1790-1815). En *Historia y Memoria*, (12), pp.157-184.
- Garcés, L. (2005). Colombia: the link between drugs and terror. En *Journal of Drug Issues*, 35(1), pp.83-106.
- Gechem, C. E. (2009). Los partidos políticos en Colombia: entre la realidad y la ficción. En *Revista Derecho del Estado*, (23), pp.131-146.
- González, F. (1993). Tradición y modernidad en la política colombiana. En O. Delgado (Ed.), *Modernidad, democracia y partidos políticos*, pp.15-68.
- Hoskin, G. y Pinzón, P. (1989). Los partidos políticos colombianos y la crisis coyuntural. En P. Vásquez de Urrutía (Ed.), *La Democracia en blanco y negro: Colombia en los años ochenta*, pp.199-226. Bogotá: Edición Uniandes.
- Imízcoz, J. M. (2009). Las redes sociales de las élites. Conceptos, fuentes y aplicaciones. En Soria, E., Bravo, J. J. y Delgado, J. M. (Eds.), *Las élites en la época moderna: La Monarquía Española, Vol. I*, pp.77-111. Córdoba: Universidad de Córdoba.
- Jaramillo, J. (1995). Etapas y sentido de la historia de Colombia. En J. Orlando Melo (Ed.), *Colombia hoy. Perspectivas hacia el siglo XXI*, pp.25-56. Bogotá: Tercer Mundo Editores.
- Kicza, J. E. (1982). The great families of Mexico: elite maintenance and business practices in late Colonial Mexico City. En *The Hispanic American Historical Review*, 62(3), pp.429-457.
- König, H. J. (1994). *En el camino hacia la nación: nacionalismo en el proceso de formación del Estado y de la Nación de la Nueva Granada*. Bogotá: Banco de la República.
- Langue, F. (1993). Las élites en América española, actitudes y mentalidades. En *Boletín americanista*, (42), pp.123-139.
- Lasso, M. (2010). Población y sociedad. En E. Posada Carbó (Ed.), *Colombia, crisis imperial e independencia, Tomo I*, pp.199-248. Madrid: Fundación Mapfre, Santillana.
- Leal Buitrago, F. (2007). Siete tesis sobre el relevo de las élites políticas. En *Colombia Internacional*, (66), pp.196-199.
- López Michelsen, A. (1953). *Los elegidos*. México: Editorial Guaranía.
- Medellín, P. (2006). *El presidente sitiado. Ingovernabilidad y erosión del poder presidencial en Colombia*. Bogotá: Planeta.

- Medellín, P. y Tarquino, J. C. (2007). Elecciones parlamentarias 2006: primeros rasgos del cambio en la política. En R. Losada y P. Muñoz Yi (Coord.), *Las elecciones de 2006 en Colombia: una mirada desde la reforma política del 2003*, pp.11-44. Bogotá: Pontificia Universidad Javeriana.
- Melo, J. O. (1991). Algunas consideraciones globales sobre modernidad y modernización. En F. Viviescas y P. Geraldo (Coord.), *Colombia: el despertar de la modernidad*, pp.225-247. Bogotá: Foro Nacional por Colombia.
- Mesa, D. (1980). La vida política después de Panamá. En *Manual de Historia de Colombia, tomo III*, pp.83-178. Bogotá: Instituto Colombiano de Cultura.
- Mills, C. W. (1957). *La élite del poder*. México D.F.: Fondo de Cultura Económica.
- Mosca, G. (1984). *La clase política*. México D.F.: Fondo de Cultura Económica.
- Ocampo, J. A. (1994). Capítulo VI: Crisis mundial y cambio estructural (1929-1945). En J. A. Ocampo (Comp.), *Historia económica de Colombia, cuarta edición*, pp.209-242. Santafé de Bogotá: Tercer Mundo.
- Pachón, M. (2009). Colombia 2008: éxitos, peligros y desaciertos de la política de seguridad democrática de la administración Uribe. En *Revista de ciencia política (Santiago)*, 29(2), pp.327-352.
- Pachón, X. (2007). La familia en Colombia a lo largo del siglo XX. En Y. Puyana y M.H. Ramírez (Eds.), *Familias, cambios y estrategias*, pp.145-159. Bogotá: Universidad Nacional.
- Palacios, M. (1980). La fragmentación regional de las clases dominantes en Colombia: una perspectiva histórica. En *Revista Mexicana de Sociología*, 42(4), pp.1663-1689.
- Pardo, L. (2013). Las alianzas políticas en el gobierno de la unidad nacional. Cambios en las alianzas partidarias del bloque hegemónico colombiano del siglo XXI. En *Cuadernos del Gescal*, 1(1), pp.79-95.
- Pareto, V. (1979). *The rise and fall of the elites*. New York: Arno.
- Pécaut, D. (1997). Presente, pasado y futuro de la violencia. En *Desarrollo Económico*, 36(144), pp.891-930.
- _____. (2006). *Crónica de cuatro décadas de política colombiana*. Bogotá: Norma.
- Peña Contreras, S. L. (2007). Sistema político y democracia en Colombia. Redes de inclusión en los años sesenta y noventa. Una aproximación desde la teoría de los sistemas. En *Diálogos de Saberes*, (26), pp.191-230.
- Pérez Martínez, M. E. (2003). La conformación territorial en Colombia: entre el conflicto, el desarrollo y el destierro. En *Cuadernos de Desarrollo Rural*, (51), pp.61-90.
- Posada Carbó, E. (2006). *La nación soñada: violencia, liberalismo y democracia en Colombia*. Bogotá: Norma.
- Prieto, V. M. (2000). *El Gimnasio Moderno y la Formación de la Élite Liberal Bogotana*. Santa Fe de Bogotá: Universidad Pedagógica Nacional.
- Rama, G. W. (1970). Educación universitaria y movilidad social. Reclutamiento de élites en Colombia. En *Revista Mexicana de Sociología*, 32(4), pp.861-891.

- Ramírez, J. E. (1996). La construcción del poder económico: la familia Ospina, 1850-1960. En *Revista Innovar Journal*, (8), pp.133-155.
- Revéz, E. (2016). *La transgresión moral de las élites y el sometimiento de los estados. Cooptación o democracia*. Bogotá: Academia Colombiana de Ciencias Económicas.
- Ríos, F. (2016). Familia, Oro y Poder: las tramas del parentesco. San Juan (1790-1815). En *Historia y Memoria*, (12), pp.157-184.
- Rojas, C. (2001). *Civilización y violencia. La búsqueda de la identidad en la Colombia del siglo XIX*. Bogotá: Editorial Norma.
- Roll, D. (1999). *Inestabilidad y continuismo en la dinámica del cambio político en Colombia: perspectiva de la reforma política en Colombia desde 1930 hasta 1991*. Santafé de Bogotá: ICFES.
- Ruiz, J. H. (2010). *La política del sport: Elites y deporte en la construcción de la nación colombiana, 1903-1925*. Bogotá: Javegraf.
- Saether, S. A. (2005). *Identidades e independencia en Santa Marta y Riobacha, 1750-1850*. Bogotá: Instituto Colombiano de Antropología e Historia.
- Sáenz, J., Saldarriaga, O. y Ospina, A. (1997). *Mirar la infancia: pedagogía moral y modernidad en Colombia: 1903-1946, volumen 1*. Medellín: Ediciones Foro Nacional por Colombia.
- Sáenz, J. D. (2010). Configuración de una élite política en Cali: 1958-1998. En *Revista CS*, (4), pp.147-176.
- Safford, F. y Palacios, M. (2002). *Colombia: país fragmentado, sociedad dividida*. Bogotá: Norma.
- Sanz Menéndez, L. (2003). Análisis de Redes Sociales: o como representar las estructuras sociales subyacentes. En *Apuntes de Ciencia y Tecnología*, 7, pp.21-29.
- Serrano, E. (2016). *¿Por qué fracasa Colombia? Delirios de una nación que se desconoce a sí misma*. Bogotá: Editorial Planeta Colombiana.
- Sevilla Soler, R. (1995). Cambio social en Colombia: Antioquia 1900-1930. En M. Alcántara (Coord.), *IV Encuentro de Latinoamericanistas Españoles*, pp.1513-1532. Salamanca: Universidad de Salamanca.
- Silva Colmenares, J. (1977). Los verdaderos dueños del país: oligarquía y monopolios en Colombia. Bogotá: Editorial Suramérica.
- Solano, S. P., Flórez Bolívar, R. A. y Malkún, W. (2010). Ganaderos y comerciantes: el manejo del poder político en el Estado Soberano de Bolívar (Colombia). En *Historia y Sociedad*, (18), pp.15-42.
- Uriarte, E. (1997). El análisis de las élites políticas en las democracias. En *Revista de Estudios Políticos*, (97), pp.249-275.
- Uribe López, M. (2009). El veto de las élites rurales a la redistribución de la tierra en Colombia. En *Revista de Economía Institucional*, 11(21), pp.93-106.
- Uribe Urán, V. M. (2010). La cultura. En E. Posada Carbó (Ed.), *Colombia, crisis imperial e independencia, Tomo I*, pp.249-288. Madrid: Fundación Mapfre, Santillana.

Villa, J. (1994). Clases y elites en la investigación. Algunas reflexiones teóricas y metodológicas. En P. Carasa (Ed.), *Elites: prosopografía contemporánea*, pp.11-24. Valladolid: Universidad de Valladolid.

Villegas, A. A. (2005). Raza y nación en el pensamiento de Luis López de Mesa: Colombia, 1920-1940. En *Estudios Políticos*, (26), pp.209-232.

Zwerg-Villegas, A. M. (2012). La oligarquía y el establecimiento como constructos históricos sociológicos. En *Aposta, Revista de Ciencias Sociales*, (55), pp.1-17.

Referencias web

Alarcón, O. (2015a, 9 de febrero). Familias presidenciales. *El Espectador*. Recuperado de: <https://www.elespectador.com/opinion/familias-presidenciales-columna-543071> (Consultado 02/02/2018).

_____. (2015b, 27 de abril). Los López y la historia. *El Espectador*. Recuperado de: <https://www.elespectador.com/opinion/los-lopez-y-la-historia-columna-557419> (Consultado 25/04/2018).

Alvarado, S. (2018, 19 de marzo). Las dinastías del poder en Colombia de cara al 2018. *The New York Times (Es)*. Recuperado de: <https://www.nytimes.com/es/2018/03/19/las-dinastias-del-poder-en-colombia-de-cara-al-2018/> (Consultado 20/03/2018).

Caballero, A. (2017). *Historia de Colombia y sus oligarquías, 1498-2017*. Disponible en: <http://bibliotecanacional.gov.co/es-co/proyectos-digitales/historia-de-colombia/libro/index.html> (Consultado 03/03/2018).

Camacho, N. (2002, 12 de mayo). Dinastías divididas por el voto. *El Tiempo*. Recuperado de: <http://www.eltiempo.com/archivo/documento/MAM-1336904> (Consultado 18/04/2018)

Cosoy, N. (2017, 5 de octubre). ¿Una “nobleza criolla? Cuán profundo es el elitismo en Colombia y qué implica para el país. *BBC Mundo*. Recuperado de: <http://www.bbc.com/mundo/noticias-america-latina-41329392> (Consultado 02/02/2018).

El Espectador. (2010, 26 de junio). *La dinastía de los Santos*. Recuperado de: <https://www.elespectador.com/impreso/articuloimpreso-210505-dinastia-de-los-santos> (Consultado 23/04/2018).

El Heraldo. (2014, 31 de agosto). *Cartel de Medellín: una red de 2000 sicarios de la que no queda nada*. Recuperado de: <https://www.elheraldo.co/nacional/cartel-de-medellin-una-red-de-2000-sicarios-de-la-que-no-queda-nada-164647> (Consultado 23/04/2018).

El Político. (2016, 30 de octubre). *Las “dinastías hereditarias” que gobiernan Colombia*. Recuperado de: <http://elpolitico.com/las-dinastias-hereditarias-que-gobiernan-colombia/> (Consultado 17/04/2018).

El Pueblo Cali. (2014, 24 de marzo). *Los Valencia, un clan antiguo y poderoso*. Recuperado de: <http://elpueblo.com.co/los-valencia-un-clan-antiguo-y-poderoso/> (Consultado 27/04/2018).

El Tiempo. (1991, 17 de febrero). *Asesinado primo del presidente Gaviria*. Recuperado de: <http://www.eltiempo.com/archivo/documento/MAM-27352> (Consultado 24/05/2018).

- _____. (2004, 26 de noviembre). *Encuentro de la familia Ospina*. Recuperado de: <http://www.eltiempo.com/archivo/documento/MAM-1504827> (Consultado 23/04/2018)
- El Universal (2013, 13 de octubre). *El árbol de los herederos del poder político en Colombia*. Recuperado de: <http://www.eluniversal.com.co/politica/el-arbol-de-los-herederos-del-poder-politico-en-colombia-138223> (Consultado 16/04/2018).
- Laverde, J. D. (2013, 5 de noviembre). “Pedro Bonito” conoció a Jaime Uribe Vélez. *El Espectador*. Recuperado de: <https://www.elespectador.com/noticias/judicial/pedro-bonito-conocio-jaime-uribe-velez-articulo-456778> (Consultado 26/04/2018).
- Novoa, A. (2014, 13 de marzo). Colombia: poder político, elecciones y democracia “hereditaria”. *Caja de Herramientas*. Recuperado de: <http://viva.org.co/cajavirtual/svc0390/articulo02.html> (Consultado 19/04/2018).
- Palacios Mejía, D. (2005, 1 de febrero). ¿Ser hijo de un presidente abre puertas en Colombia? *El Colombiano*. Recuperado de: <http://www.elcolombiano.com/colombia/ser-hijo-de-un-presidente-abre-puertas-en-colombia-DM1196243> (Consultado 26/04/2018).
- Paullier, J. (2011, 31 de mayo). Todo en familia: las “dinastías políticas” de América Latina. *BBC Mundo*. Recuperado de: http://www.bbc.com/mundo/noticias/2011/05/110530_peru_elecciones_america_latina_dinastias_politicas_jp.shtml (Consultado 18/04/2018).
- Olarte, F. A. (2015, 22 de junio). Las familias que más daño le han hecho a Colombia. *Las2Orillas*. Recuperado de: <https://www.las2orillas.co/las-familias-mas-dano-le-han-hecho-colombia/> (Consultado 17/04/18).
- _____. (2016, 2 de junio). ¿El papá de Peñalosa ayudó a arruinar el campo colombiano? *Las2Orillas*. Recuperado de: <https://www.las2orillas.co/el-papa-de-penalosa-ayudo-a-arruinar-el-campo-colombiano/> (Consultado 27/04/2018).
- Oppenheimer, A. (1999, 8 de agosto). El secreto mejor guardado del país. *El Tiempo*. Recuperado de: <http://www.eltiempo.com/archivo/documento/MAM-911118> (Consultado 17/04/2018).
- Ospina, W. (2016, 15 de octubre). Ellos. *El Espectador*. Recuperado de: <https://www.elespectador.com/opinion/opinion/ellos-columna-660574> (Consultado 16/04/2018).
- Sánchez Pedraza, M. A. (2014, 6 de agosto). Economista, casado y mayor de 40 años, el ADN de los mandatarios colombianos. *La República*. Recuperado de: <https://www.larepublica.co/economia/economista-casado-y-mayor-de-40-anos-el-adn-de-los-mandatarios-colombianos-2154271> (Consultado 24/04/2018).
- Sastre, A. (2016, 8 de agosto). Colombia S.A., negocio de familia. *Blogs El Espectador*. Recuperado de: <http://blogs.elespectador.com/economia/el-mal-economista/colombia-s-a-negocio-de-familia> (Consultado 20/04/18).
- Semana. (1983, 19 de diciembre). *Los delfines*. Recuperado de: <http://www.semana.com/nacion/articulo/los-delfines/4451-3> (Consultado 06/03/2018).

- _____. (2006, 13 de mayo). *La familia Ospina Baraya*. Recuperado de: <https://www.semana.com/nacion/recuadro/la-familia-ospina-baraya/129004-3> (Consultado 23/05/2018).
- _____. (2007, 28 de julio). *Cómo fue el negocio*. Recuperado de: <https://www.semana.com/nacion/articulo/como-negocio/87317-3> (Consultado 23/04/2018).
- _____. (2014, 18 de septiembre). El estremecedor relato de la muerte del papá de Uribe. Recuperado de: <https://www.semana.com/nacion/articulo/el-estremecedor-relato-de-la-muerte-del-papa-de-uribe/403223-3> Consultado 26/04/2018).
- _____. (2015, 28 de noviembre). Vladdo y Juan Carlos Pastrana se pelean por Uribe. Recuperado de: <https://www.semana.com/nacion/articulo/la-pelea-entre-el-caricaturista-vladdo-juan-carlos-pastrana-por-uribe/451491-3> (Consultado 25/04/2018).
- _____. (2018, 22 de febrero). Agencia Nacional de Tierras denuncia amenazas contra sus funcionarios. Recuperado de: <https://www.semana.com/nacion/articulo/amenazas-contra-funcionarios-de-la-agencia-nacional-de-tierras/557958> (Consultado 27/05/2018).